

HISTORIAS MÁGICAS DE LOS DIOSES SUMERIOS

MITOLOGÍA PECULIAR
SUMERIA

R. BENITO VIDAL

CRÓNICA MALDITA DE UN REY QUE QUISO SER CÍNICO

La reforma social que llevó a cabo el rey Urukagina en el reino de Lagash, considerada la primera que tuvo lugar en la Historia Universal, duró poco tiempo y no fue capaz de detener la ruina y destrucción del pueblo sumerio. Fuerzas potentes, y consideradas extrañas hasta entonces, iban a penetrar de lleno en el escenario del país de Sumer fuerzas que iban a resultar definitivas y determinantes para hundir a la antigua civilización en la oscuridad y en el olvido. Con ellas iba a llegar al preeminente país de los dioses, y en el que tuviera lugar la creación del hombre, una avalancha de circunstancias promovidas por verdaderos héroes y genios de la política que iban a ser trascendentales para su desaparición, por lo menos como primera potencia en el concierto mundial de las civilizaciones.

"Los semitas con la rígida jerarquía social, propia de los pastores nómadas, eran demasiado fuertes. El antiguo orden sumerio se desmoronó bajo sus puños, y los beduinos supieron aprovecharse de las disidencias entre las ciudades. La lucha entre Lagash y Umma duró generaciones y las relaciones entre las demás ciudades seguramente no eran más amistosas."

Sumer, ante aquellas avalanchas hostiles de gran empuje bélico, se revolvió en una última y desesperada lucha por conservar sus tradiciones, su territorio y su preponderancia en medio de los pueblos, sus esclavos sino sus colonias, que le rodeaban.

Por una parte el propio rey Urukagina, como se ha visto con su reforma social, intentó evitar la catástrofe sumergiendo a su país en una serie de restauraciones internas, que, por otra parte, sirvieron de poco.

Por otra parte, el rey de Umma, su adversario más enconado, Lugalzaggisi, hombre de un carácter fuerte y odioso, convencido plenamente de que detentaba el poder en su país bajo la gran protección y el capricho del primero de los dioses terrenales, Enlil, primogénito de Anu y director general de toda la gran obra de ingeniería que se debía realizar en la Tierra por voluntad del padre de los dioses, trató de salvar a Sumer imponiendo sobre todo el país su voluntad férrea y, solamente por la veleidad de ir en contra de su odiado enemigo el rey de Lagash, optó por aplicar la solución

contraria a la que aquel escogió, es decir que decidió realizar el último esfuerzo de salvamento de los sumerios por la vía de aplicar la fuerza y la tiranía con toda su contundencia para tener metidos a todos en su puño y con ello su fuerza y su valor, auxiliándose por todos aquellos medios más modernos que hallara a su alcance.

Lugalzaggisi —el soberano no puramente sumerio sino ostentando unas ciertas marcas semítico-akadias características y que le acreditaban como levemente extranjero y reconocido por su brillante y privilegiada inteligencia y arrojo en sus conductas— supo adivinar los siniestros planes que proyectaban los invasores y adelantárseles en sus propósitos. Se empeñó en vencer a los beduinos semíticos con sus mismas armas y, tras llegar a conseguirlo en cruentas y largas batallas, fundó sobre las tierras sumerias el primer imperio conocido en la historia universal, que era precisamente lo que pretendían los pueblos invasores que, presumiendo la debilidad del *país de los dioses*, desearon mermarles todo el poder y edificar para ellos, y a su costa, un auténtico imperio en el que Sumer fuese un país sometido.

Los beduinos al final de la historia serían los que saldrían victoriosos, llegando a instaurar su poderío conforme a sus deseos. La culpa de ello la tuvo la rivalidad que existía entre los mandatarios de las ciudades de Lagash y Umma, Urukagina y Lugalzaggisi, porque, realizando los dos sendos esfuerzos titánicos para salvar la civilización, resultaron sus denuedos descoordinados y enfrentados, con lo que se contrarrestaron y favorecieron al intruso Akad.

En su autodesignio como todopoderoso señor que debía detener la invasión, Lugalzaggisi no tuvo ninguna clase de prejuicio ni consideración en su ascenso para alcanzar la supremacía personal. Obró con la mayor crueldad y perversión para conseguirlo, por lo que le reprochaban sus subditos, diciendo entre ellos:

—¡Es más desalmado y atroz que el dios de la *Estela del Buitre*!

Lo decían así porque en ella se representaba a un indómito ser dotado de una gran porra y una red como instrumentos de represión popular.

A Lugalzaggisi cuando entraba en pelea no le frenaba nada, se convertía en un ser descomunal, sin entrañas, que todo lo arrollaba a su paso, con baño o sin baño de sangre. Si se trataba de hombres enemigos era lo primero, si se trataba de monumentos y casas las incendiaba y las asolaba, dejando su camino limpio, en barbecho,

pero sin derramamiento de sangre.

Decían de él sus propios soldados, cuando, al calor de las hogueras, descansaban de sus sangrientos ataques, porque en el fragor de la lucha se mimetizaban en verdaderos tigres y leones con ansias de matar y de sorber sangre:

—¡No se contiene ni siquiera ante los templos! Los destruye y los incendia. Abate las estatuas sagradas, se mofa de ellas...

—... y saquea y mata a todo lo vivo que está a su alcance.

La primera víctima que sufrió sus furias desatadas fue, como cabría esperar, la ciudad de Lagash. Por eso uno de sus dioses, plañendo, le sentenció con palabras condenatorias que salieron de su boca, entre las que se lamentaba y lanzábale una insidiosa maldición que sería, al final de su tiempo, la que iba a llevar a toda Sumeria a la ruina y la desolación. Éstas fueron sus palabras:

"Del campo de trigo de *Ninguirsu*

se han llevado todo cuanto encontraron.

La gente de Umma que devastó Lagash

ha perpetrado un pecado contra *Ninguirsu*.

Perderá (Lugalzaggisi) la potencia

que le fue dada.

No hay pecado del rey Urukagina.

Mas Lugalzaggisi,

rey de Umma,

¡que su diosa lleve este pecado en su cabeza!"

Pero el desalmado soberano de Umma no hizo caso de la maldición divina y continuó su devastadora andadura en busca de las otras ciudades sumerias, a las que aplicar su rigor y sus métodos de desolación y conquista. Su marcha era triunfal y su imperio iba siendo poco a poco edificado con el sometimiento de todos aquellos pueblos por los que pasaba y subyugaba a su tiránica autoridad. Pensaba

quizá con razón el rey de Umma, Lugalzaggisi, que la última oportunidad que tenía el país sumerio era la disciplina y la dureza en sus movimientos y acciones, porque consideraba que ya se habían alcanzado demasiadas cotas de corrupción y relajamiento en las costumbres de los ciudadanos que habitaban aquellas ciudades que un día, como divinas que eran, fueron ejemplo de moralidad y adoración de los buenos usos. Por eso los dioses le daban la razón y refrendaban su poder, llegando incluso el propio rey de Nippur, Enlil, a enviarle a su papa para comunicarle que...

—... la propia dignidad de Enlil, el primogénito de Anu, el de los ojos brillantes, que desde *supuesto de mando* donde reside el *Vínculo Cielo-Tierra* te confirma como el único rey y salvador de nuestro país de Sumer. Que la fuerza de tu brazo y de tu inteligencia, te desea Enlil y te agradece, luchen junto a su robusto bastión.

Lugalzaggisi no pudo más que susurrar:

—Proviene del propio *Dur-An-Ki*.

Era el sumerio "vínculo cielo-tierra" lo que él pronunciaba.

Las hazañas del nuevo emperador corrieron, con temor y también con admiración, por todo su territorio, en boca de los poetas, en boca de los recitadores en plaza pública, en forma de inscripciones que se hacían en los vasos sagrados y otros objetos del culto.

**"... cuando Enlil,
el rey de los países,
confío el reino a Lugalzaggisi,
cuando subyugó los países
y los conquistó
desde oriente hasta poniente,
le allanó los caminos desde el mar Inferior,
por el Éufrates y el Tigris,
hasta el mar Superior.
Hizo que los países vivieran en seguridad,**

**irrigó la tierra
con aguas de la alegría.
En los santuarios de Sumer
le nombraron rey de los países
en Uruk, primer sacerdote.
Él hizo reinar la alegría en Uruk,
en Ur elevó como un toro
la cabeza hacia el cielo,
irrigó Larsa
con aguas de la alegría,
elevó el poder sublime a Umma,
la ciudad amada del dios..."**

Todo ello ordenó decir de sí mismo con el más grande cinismo. Toda aquella loa no era cierta. Lo único cierto era la tiranía y el caudillismo con que trataba a sus subditos y los pueblos sometidos. Aquella historia feliz que corría por los mercados públicos, por las tabernas, y que también se recitaba en las mesas de los poderosos, en los templos, etc., era todo mentira. Sólo se trataba de la más soez propaganda política; alabanzas, encomios y enaltecimientos que después de inventados él mismo se los creía y los mostraba en público.

Por temor, los reyes de Sumer que fueron sometidos se inclinaron sumisos ante él, el emperador, pero en sus corazones guardaban los enconos y los rencores para cuando llegara el día de la dulce venganza. El estado de ánimo de todos ellos y de todo el pueblo, después de las sangrientas batallas en las que fueron vencidos cuando no muertos, no podía ser más pesimista y agorero. Aquellos, con su realeza, que en algunos provenía de la más pura y distinguida ralea divina, tenían que ahogarla, se veían obligados a no pregonarla porque los guerreros de Lugalzaggisi *proliferaban como la mala hierba*.

El emperador vivía en medio de toda aquella nobleza sometida y humillada que poseía mayor dignidad que él mismo y lo tenía que hacer completamente aislado, porque el orgullo de aquellos lo condenaron a la soledad, a quedar abandonado en su grandeza.

Lugalzaggisi se quedó solo en Uruk, ciudad que había elegido como capital de su imperio, y su soledad, quizá receloso con su situación y con la conducta de las realezas sojuzgadas,

le inspiraba unos sentimientos místicos y religiosos que le llevaron a orar, empeñado en conservar y conducir a buen puerto sus obsesivas determinaciones. Rezaba:

**"¡Que los dioses no alteren
el feliz destino que me reservaban!
¡Que siga siendo el pastor,
el primero entre todos!"**

Su oración era como un mal presagio que le corroía sus entrañas.

Lugalzaggisi, a pesar de sus continuos rezos y súplicas a los dioses, no consiguió borrar el pecado que había cometido contra *Ninguirsu* de Lagash y su venganza no tardó en llegar.

*"Cuando el poder, la gloria y el imperio mundial (de Lugalzaggisi) se habían convertido en metas deseables, se puso a la cabeza de Asia Occidental un pueblo que como pocos estaba capacitado para ello. Eran los beduinos semíticos que, desde siglos, se habían infiltrado en Sumer. Entre ellos surgió un hombre, una insigne personalidad que cumplió lo que el heredero sumerio de Lugalzaggisi había esbozado; fundó el **imperio de las cuatro partes del mundo.**"*

Apareció este hombre en condiciones muy peculiares. Nació de una *novia de dios*, una sacerdotisa del templo que en principio no podía tener hijos, por lo que se supuso que su padre fue un dios y por tanto su origen era divino. Su madre, para sofocar el escándalo en el que se sumió, dejó al recién nacido abandonado sobre las aguas del Éufrates dentro de una canastilla de junco calafateada con brea para que no se hundiera en ellas. En su navegación llegó el bebé junto a la

huerta de un campesino, propiedad que era bañada por las mismas y frescas aguas del río con las que regaba sus verduras. El hortelano encontró al muchacho, lo llevó a su casa y en ella lo crió y le enseñó su propio oficio de agricultor, con el cual el muchacho convivió y creció. Una mujer se acercó un día hasta aquellas huertas prósperas y feraces y al contemplar la belleza del muchacho divino se enamoró de él. Se trataba nada menos que de la diosa *Istar*, que debió detectar en aquel jovenzuelo su sangre procedente de dioses y no pudo resistirse a él. De inmediato se lo llevó con ella y lo hizo soberano de las *cabezas negras*, de aquel pueblo que se llamaría Akad.

Hasta alcanzar aquella soberanía, el muchacho, que actuaba bajo la protección de la diosa del amor y la voluptuosidad, entró como funcionario en la corte del último rey de la ciudad de Kish, Ur-Zababa; reino tolerado por el propio Lugalzaggisi.

El joven protegido de *Istar* llegó un momento en que, seguramente acicateado por las presiones de la diosa, se introdujo en el trono del soberano a quien servía y, por el valor de su sangre y de su fortaleza, destituyó y se instauró en su trono como único propietario.

El emperador, que un día fuese tan cínico como para tratar de engañar a los dioses, no estuvo de acuerdo con aquel súbito cambio y convocó a todas sus legiones de guerreros para encaminarse hacia la ciudad de Kish, con el fin de destronar al intruso y hacerle pagar cara su osadía. Pero la suerte de Lugalzaggisi cambió rotundamente y el muchacho de origen divino, resuelto y arrojado, le derrotó vergonzosamente, tanto que acopió el valor necesario para dirigirse triunfalmente contra la ciudad de Uruk, rindiéndola sin condiciones. Luego apresó al emperador impío y blasfemo, lo encerró en una jaula como si se tratara de una fiera rabiosa y la expuso en la plaza pública para que la plebe se desfogara con él de tanta humillación, agravios y ofensas que de él habían recibido. Se lo echó al pueblo sin entrañas para que dieran rienda suelta a sus más bajos y crueles instintos.

El soberano de Kish dejó atrás su victoria y continuó su campaña por todo Sumer, llegando hasta el golfo Pérsico —*el mar Inferior*—, donde, como símbolo del nuevo poder constituido, lavó en sus azules aguas sus armas.

Éste fue Sargón...

... con la afrenta de la humillación de todo el país de Sumer, la

malición de *Ninguirsu* cayó sobre el rey cínico, a quien desplazó despiadadamente y sin escrúpulos por "un revolucionario..., un águila salida del nido de la paloma sumeria".

EL DIOS RESPONDE A LAS IMPRECACIONES DEL REY ARQUITECTO

Fue en la ciudad de Ur donde vivió y compiló toda su sabiduría el rey Urnammu; toda su sabiduría y también toda su humanidad y consideración social hacia el pueblo. Este señor, que existió sobre las tierras de Sumer y Acad trescientos años antes que el propio Hammurabi, a quien se le atribuyó toda la magnificencia de su legislación y ordenamiento civil, hasta el punto de considerarlo como el principio de una revolución social en aquellos territorios, fue el verdadero artífice del primer régimen u ordenamiento de leyes que existió en el Medio Oriente para preceptuar la vida de los sumerios y su relación entre ellos, con el fin de poner límites a las conductas civiles y religiosas de todos sus habitantes.

Urnammu —predecesor de gran legislador que enriquecería su sociedad con un código de suma importancia trescientos años después, fue un hombre que, como es natural, desconocía la cruel "ley del talión", que impuso el primero como de gran novedad y de superior justicia— legisló en su tiempo una reglamentación de mayor humanidad y justicia que, al pasar de los tiempos y debido a la gran cantidad de guerras y pugnas que se desarrollaban con tanta frecuencia entre tribus y pueblos, quedó perdido en la oscuridad de la historia. Pero fue precisamente él, Urnammu, para vergüenza del que le sucedió tres siglos después, quien sustituyó los crueles castigos por multas, desterrando la venganza y los odios de sus comportamientos de justiciero como se debía por su condición de rey o primer mandatario, aunque fuera impuesto por los dioses de la ciudad que gobernaba.

Si un hombre corta a otro un pie con un instrumento, pagará diez monedas de plata. Si un hombre rompe a otro los huesos con un arma, pagará una mina de plata. Si un hombre corta a otro la nariz con un instrumento, *gesphu*, pagará dos terceras partes de una mina de plata.

En mandatos como éste se basaba el código de Urnammu, siendo este rey quien inició un largo periodo de restauración en el cual todos los demás señores nobles, así como los subditos de Sumeria, estaban hartos de soportar tantas guerras y sacrificios, siendo él quien dirigió todos sus esfuerzos a construir en vez de destruir; a construir templos, con en el gran beneplácito de su

pueblo.

Esta costumbre nada bélica y que hacía vivir a los sumerios una época de misticismo y encandilamiento por las cuestiones religiosas, y sobre todo de paz, fue introduciéndose hasta los más recónditos lugares del país, de modo y manera que todos los reyes de las ciudades divinas, en las que estaban bajo el amparo de un dios perteneciente a la Morada Celestial, comenzaron a edificar torres-templos para cobijarlos dignamente.

Uno de los más destacados constructores de templos fue el rey de Lagash, Gudea, el gran señor que disponía de abundantísima mano de obra, que él con su comportamiento y decretos había multiplicado a partir de los treinta y seis mil hombres que poseyera esta ciudad en tiempos de su inmediato predecesor, Urukagina, y que él había convertido, por mor de la paz y el bienestar que conllevó su reinado, en doscientos mil.

Bien abonado le dejó el terreno Urukagina a su sucesor, Gudea. Porque el primero, el justo y piadoso rey de Lagash, aparece en la historia universal como el primero, auténtico y el más eficiente reformador social. Reaccionó contra la codicia de los sacerdotes y favoreció con sus edictos y represiones al pueblo llano oprimido y sin derechos. Nada más ocupar el trono de Lagash, se dio cuenta de la gran injusticia que reinaba en su pueblo, puesto que vio cómo un *"sacerdote de un poblado se apoderó de los árboles que había en el huerto de la madre de un pobre y confiscó sus frutas"*, así como se enteró de que *"para enterrar a un muerto, el sacerdote de un poblado exigía siete urnas de cerveza como bebida, cuatrocientos veinte panes como alimento, un vestido, una sillita y una cama para sí"*, y se percató de que desde las fronteras del país donde residía el dios Ninurta hasta el mar había vigilantes y existía el vasallaje. Por eso...

... cuando Ninurta... confió el reino de Lagash a Urukagina, y cuando instauró su poder entre tres mil seiscientos hombres, Urukagina restableció las antiguas disposiciones y la palabra pronunciada por su rey (dios) —Ninurta— moraba en su país... En la casa y en el campo del soberano hizo reinar a Ninurta, el Señor. En el gineceo y en el campo del harén hizo reinar a Baba (la esposa de Ninurta), la Señora... Desde las fronteras de la región de Ninurta hasta el mar no quedaban vigilantes. Para enterrar a un muerto, el sacerdote se contentaba con tres urnas de cerveza como bebida, con ochenta panes como alimento, una cama y una sillita para sí... Ningún sacerdote de ningún pueblo penetraba en el huerto de la

madre de un pobre. Si un súbdito del rey tiene un buen burro, y su superior le dice: Te lo quiero comprar, aquél debe contestar: Paga un buen precio. Si la casa de un rico se halla al lado de la de un súbdito del rey, y si el rico le dice: Quiero comprarla, aquél debe contestar: Paga un buen precio...

Él habló y libertó a los hijos de Lagash de la sequía, del robo, del asesinato... Hizo imperar la libertad. El huérfano y la viuda no fueron maltratados por el poderoso. Con Ninurta, Urukagina concluyó este pacto...

Con este predecesor no es de extrañar que la ciudad fuera purificándose socialmente, convirtiéndose en un campo abonado para que reinara en ella la cordialidad, la justicia y la paz, lo que debió influir decisivamente a la llegada de muchísima gente de otras localidades, trasformándose la propia ciudad de Lagash en un centro de superpoblación que alcanzó a guardar en su seno a más de doscientas mil almas, que convivían en un limitado espacio.

Lagash se convirtió en un verdadero laberinto de calles, callejuelas y pasadizos estrechos y sinuosos, por los que escasamente podía pasar un burro con su carga sin apenas rozar los desnudos muros de las casas. La ciudad hervía con el ajetreo y con los empujones de la gente que salía a la calle a realizar sus labores cotidianas y sus menesteres de relación social, era un trepidante hormiguero que casi no dejaba vivir tranquilo a ninguno de sus habitantes. Éstos tenían sus propios trabajos y en sus ratos de ocio Gudea los reclutaba para que construyeran templos, canales, buques y carros sagrados; obligación a la que se consagraban bienamente y con agrado, en agradecimiento al bienestar de que disponían en sus hogares, debido a las buenas y humanitarias inclinaciones del propio rey, sucesor de aquel primer restaurador llamado Urukagina. También dedicaban su tiempo de ocio a esculpir estatuas y estelas iconográficas, con las que adornaban el templo; así como a la labor de embarcarse frecuentemente en viajes largos y no tan largos que les conducían a países extranjeros y lejanísimos, desde donde acarreaban las piedras y los mármoles para realizar sus trabajos.

Pero no siempre reinó la felicidad en Lagash en aquellos lejanos tiempos. Una época de sequía tremenda hizo pasar a los subditos de Gudea el más largo periodo de malestar, privaciones y escasez de todos los tiempos. El pueblo acudía a su rey, el protegido de Ninurta, para que usase de su cercanía al mismo, su conocimiento, e hiciese rogativas para que aquella mala racha desapareciese de la ciudad de Lagash, que tan floreciente había sido y que tan mal lo estaba

pasando en aquellos momentos.

Gudea, conocedor de que la inundación de la primavera no se había producido aquel año y que por esa causa estaban sufriendo la catástrofe que les mortificaba y que podía llevar a la ruina total a la ciudad, se encerró en su palacio y, en la soledad de sus aposentos, se postró ante su trono recamado en oro, ámbar y madera de ébano, y suplicó a su dios protector Ninurta:

—"En mi ciudad no aparece lo que debe aparecer; la marea no sube. No relucen las altas aguas, no brillan en su resplandor..."

El dios le escuchó y le preguntó exigente:

—¿De qué te quejas? ¿Acaso no he atendido a tu ciudad? Has tenido prosperidad y fortuna. Tus subditos están alegres y contentos contigo, porque yo te doy el amparo y el alivio ante las contrariedades que todo hombre debe tener —calló pensativo y añadió lleno de soberbia—: ¿Qué te pasa? ¿De qué te quejas?

Gudea repuso lleno de humildad, cabizbajo:

—Sé, oh Ninurta, que con tu bondad y sabiduría nos proteges y nos ayudas —dudó un momento y luego añadió—: Pero el pueblo ha perdido la alegría, vienen a quejarse a mí; la ruina de sus hogares es cada día que pasa mayor...

Ninurta se encolerizó y le demandó con voz ronca:

—¿Qué te pasa? ¿Qué le pasa a tu pueblo? ¿Es qué no puedes dejarme en paz?

—Señor...

—¿Qué os pasa? —preguntó altanero y brusco el dios.

Gudea contestó:

—La inundación de primavera no ha llegado. Los campos, las bestias, los hombres se mueren de sed y, por consiguiente, el hambre empieza a extenderse por Lagash...

De momento Ninurta nada expresó. Quedó pensativo, encerrado en sí mismo. Abrió sus ojos y contempló el paisaje deplorable y agostado que presentaba la campaña sumeria, vio cómo los hombres deambulaban sin rumbo por las callejas retorcidas de

Lagash en busca de comida y algo de beber. Sus cejas se enarcaron, su augusta cabeza giró buscando con su mirada un lugar determinado que parecía no hallar. Por fin sus ojos se posaron en un paraje paradisíaco, que todavía no había perdido todo su verdor a causa de la sequía, y deteniéndose en él soltó una tremenda carcajada que retumbó dentro de los aposentos reales de Gudea, que quedó aterrorizado, asombrado. Luego con voz ronca y bien timbrada le dijo:

—¡Te ordeno que me construyas un templo!

—Pero, señor, no es de eso de lo que te quería hablar. Construimos todos los días, pero mis subditos apenas si tienen fuerzas para ello, sufren de inanición... Te ruego que te compadezcas de ellos...

Ninurta mandó callar al rey de Lagash. Y dijo:

—Escucha con atención mis palabras. En ellas reside la solución a tus dificultades y a las de tu pueblo. ¡Obedéceme y tendrás la solución! ¡Escúchame!

Gudea se rindió.

—¡Habla, Ninurta celestial; oigo humildemente tus recomendaciones!

El dios proclamó:

—En la construcción de mi templo se encuentra el desenlace de esta mala racha que estáis sufriendo.

Gudea requirió ansioso:

—¡Di, señor, háblame!

Ninurta habló proféticamente:

—El día en que el pastor Gudea ponga su piadosa mano en el templo de mi reinado, un viento en el cielo anunciará el agua. El cielo prodigará abundancia, la tierra será colmada de fertilidad. Cuando los cimientos de mi templo estén establecidos, vendrá la abundancia. Los campos producirán frutos, el agua de los fosos y de los canales crecerá... El día en que el rey ponga su piadosa mano en mi templo, pondré mi pie en la sierra, en el lugar donde mora la tempestad; desde la morada de la tempestad, desde la sierra, el lugar puro, te

enviaré un viento para que insufla al país el hálito de vida.

Gudea reunió a sus consejeros y nobles para comunicarles tan fausta noticia. Congregados en sumario concilio en el interior de la sala de los consejos, el rey de Lagash les explicó a sus colaboradores el resultado de su visión que, por supuesto, no era tan simple como se ha indicado en párrafos anteriores. Les dijo que tras la súplica que hizo a su dios protector fue seguidamente visitado por un hombre que resplandecía como el Cielo... Por el casco en su cabeza era un dios, se trataba del propio Ninurta que había descendido hasta él y visitado para consolarle en sus tribulaciones. Y así les relató la visión sobrenatural:

—Un hombre que brillaba como el Cielo, a cuyo lado se encontraba un ave divina, me ordenó que construyese su templo. Ese hombre, que por la corona de su cabeza era obviamente un dios, fue posteriormente identificado como el dios Ninurta. Con él estaba una diosa que sostenía la tablilla de su estrella favorable de los cielos; en su mano sostenía un estilo sagrado, con el cual "me indicaba" el planeta favorable. Una tercera persona, también un dios, tenía en su mano una tablilla de piedra preciosa, que contenía el plano de un templo.

Gudea mostró el plano. Toda la asamblea de sabios y notables de su corte quiso saber más, ver el plano, y cuando el rey se lo mostró nadie supo interpretarlo. Todos quedaron desconcertados y sin saber qué hacer. Dejaron aparte la curiosidad de la interpretación del dibujo arquitectónico, ya que el propio rey Gudea imponía silencio con sus palabras llenas de enojo, pues tenía que seguir su relato que, por lo visto, no había terminado aún.

—Ninurta y sus dos compañeros se me acercaron, tras su aparición y vinieron a mí desde junto al ave negra del viento donde permanecían de pie —expresó asombrado y sorprendido Gudea. Calló unos momentos en los que trató de adivinar la reacción de aquellos hombres ante su narración y luego continuó—: Me dijeron, ante mi gran sorpresa, que el principal y primordial propósito que perseguían con la construcción del templo era el conseguir una zona segura, el disponer de un recinto especial en el templo, un recinto sagrado dentro de los terrenos del templo para alojar a aquella ave divina.

Vio el rey de Lagash la necesidad perentoria de ponerse a construir el templo, pero se dio cuenta de que su sabiduría no era suficiente para interpretar las instrucciones que encerraba el plano que le diera el acompañante del dios Ninurta. Recabó entonces el

consejo de una diosa para que le descifrara los mensajes divinos que en la tablilla se ocultaban. Ella le explicó con toda claridad el significado de las instrucciones, las medidas de los planos y el tamaño y la forma de los ladrillos que debía usar en la construcción. Todos estos datos se hallaban reflejados de una manera esotérica en el interior del plano divino, mostrándoselo la diosa, que le señaló en la parte superior del mismo unos gruesos trazos verticales cuyo número disminuía a medida que aumentaba el espacio entre ellos. Los arquitectos divinos eran capaces, por lo que vio Gudea, de representar en un simple plano de planta, acompañado de siete escalas variantes, las instrucciones pertinentes para que se pudiera construir un templo de siete pisos de altura.

Ya aclarado una parte del mensaje que el dios Ninurta le enviaba con respecto a la construcción del templo, tuvo Gudea que recurrir a un *"adivino, fautor de decisiones"* y a mujer *"indagadora de secretos"* para localizar el paraje donde se debía levantar el templo que debía albergar al dios protector de Lagash.

Una vez resueltos estos dos primordiales y necesarios secretos, Gudea no tuvo más que reclutar a doscientos dieciséis mil hombres para cristalizar en realidad la tarea encomendada por su dios.

Se comenzó a construir el templo y para la construcción de aquel recinto sagrado y especial que debía encerrarse dentro del mismo se requirieron enormes vigas y grandes moles de piedras importadas de canteras extranjeras muy alejadas del país. Y por fin, cuando todo estuvo acabado, se albergó en él a la divina ave. Sólo entonces, y nada más que entonces, se dio por terminado el templo.

Y, una vez dispuesta, el ave divina podía tomar contacto con el cielo y era capaz de unir Cielo y Tierra. El objeto era tan importante (sagrado) que estaba constantemente protegido por dos armas divinas: el cazador supremo y el matador supremo, armas que emitían haces luminosos y rayos de muerte.

Gudea, testigo de todas estas maravillas extraordinarias y fantásticas, comentaba entre sus notables, magos y amigos que...

—... cuando el ave divina se elevaba para recorrer las tierras, fulguraba sobre las construcciones de ladrillo erigidas.

El lugar protegido recibía el nombre de Mu-Na-Da-Tur-Tur, que en el lenguaje sumerio significaba lugar del descanso de la recia piedra del Mu.

Urukagina, el antecesor de Gudea en el gobierno de Lagash, dijo en una ocasión al propio rey a propósito de la divina ave del viento, lleno de admiración cuando la contemplaban sus ojos:

—El Mu que se enciende como el fuego lo hice alto y fuerte.

Mu era el nombre que daban los súmenos a un vehículo espacial para trasladar a los astronautas a la atmósfera y más allá de ella. Los dioses y, en este particular, Ninurta debían de asegurarse de un modo efectivo el transporte de ellos mismos y de los suyos hasta el cielo, donde se hallaba la Morada Celestial, de su abuelo Anu.

Mientras construyeron el templo, los más de doscientos mil hombres colaboraban entre ellos pacíficamente. Hacían sacrificios y oraban de día y de noche pidiendo la asistencia divina. Cuando finalmente el dios Ninurta pudo entrar en su templo hubo grandes fiestas y grandes celebraciones...

Durante siete días, la sirvienta era como su señora, el esclavo y el señor andaban el uno al lado del otro, el poderoso y el pobre estaban juntos. En las malas lenguas, las palabras malvadas se volvían buenas, el mal fue alejado del templo... El rico no maltrataba a la huérfana... El sol resplandecía justicia...

LAS LÁGRIMAS DEL CICLÓN ANEGAN EL PAÍS DE ACAD

Los Grandes Dioses, encabezados por el propio Enlil, no tuvieron más remedio que reunirse en consejo para determinar qué iban a hacer, qué decisiones iban a tomar para detener la corriente de perversión e inmoralidad que arrastraba hacia el caos a la humanidad entera, al pueblo de cabeza negra, y, si se quiere también, qué medidas drásticas debía de adoptar la deidad a causa de la prevaricación retardora en que habían caído los dioses jóvenes.

Parece ser que, después de mucho deliberar y discutir entre ellos, se llegó a la trascendental resolución de hacer desaparecer toda carne de la tierra y votaron por la destrucción de la pervertida humanidad. Sin embargo, de cara al pueblo, se decidió mantener el voto y la decisión en secreto. La destrucción debía ser todo un holocausto ejemplar y no debía interponerse en ella ninguna clase de favoritismos ni obstáculos que la deteriorasen o la dulcificasen. Por tanto, el pueblo sumerio no tenía jamás que conocer el peligro y la catástrofe que se cernía sobre su cabeza y el que iba a ser causa de la aniquilación de toda la raza de hombres, por motivo de su infidelidad, la perversión de sus costumbres y los bajos instintos en que habían caído, exentos de la más mínima religiosidad, repletos de desvergüenza y fatal egocentrismo. Así pues, un día, en medio de la ignorancia, el pueblo de la cabeza negra fenecería totalmente por designio divino a causa de un inapelable cataclismo que les sorprendería en medio de su cotidianeidad, yaciendo pecaminosamente sobre sus lechos y dueños de su más jovial depravación y libertinaje.

Pero uno de estos dioses, Enki, el de las ideas, el establecedor de planes, el que lo conoce todo, envidioso legendario de los poderes de su hermano Enlil, el primogénito de Anu, se rebeló contra tal decisión de la Asamblea de los Dioses y deseó contravenir sus órdenes, tratando de salvaguardar del terrible destino inapelable a un hombre y a un país en los que el dios tenía puestas sus ilusiones y su amistad. Enki, cada vez que pensaba en la salvación de su amigo Utnapishtim, gobernante de Shurupak, al que había elegido por sabio y sensato como superviviente de la fatal hecatombe, juntamente con los suyos, sus cosas y sus deudores, se le encendía el corazón con la llama del gozo y la complacencia, porque sabía que se estaba imponiendo a la voluntad superior de su hermano Enlil, al que odiaba.

Es decir, que el dios actuó con perversidad y no por preservar de la destrucción definitiva la maravillosa obra de arte, que él mismo había creado y que era el Hombre.

Enki, el segundogénito de Anu, el dios de las aguas, los pantanos y las tempestades, el verdadero realizador de la humanidad en la Tierra, el que dominaba la ingeniería espacial, la hidráulica y la propia genética, descendió de su pedestal divino, bajó a la tierra y en ella buscó el país de Shurupak y, aposentándose en uno de sus recintos sagrados que guardaba el templo edificado en su honor, mandó buscar a Utnapishtim. Mientras llegaba el gobernante, el dios hizo colocar delante del trono que ocupaba, engastado en piedras preciosas y cubierto de olopeles de suaves colores, un amplio biombo hecho de las mejores cañas halladas en la ribera de los ríos sagrados, de modo que, cuando llegó el gobernante de aquel privilegiado país, por haber sido el escogido para subsistir al cataclismo de los dioses, pudiera escuchar su voz pero no verle ni un ápice de su tremendo y hermoso cuerpo. Con ello Enki pretendía poner a salvo su insidiosa moralidad respetando la palabra dada en la Asamblea de callar y no decir nada a ningún terrestre, de guardar el secreto. Con la pantalla delante de él, detrás de la cual estaba intrigado y lleno de asombro Utnapishtim, el dios hablaría directamente a la pared, al biombo, y no a persona alguna. Si ésta escuchaba lo que él decía no era culpa suya sino del otro que le atendía atentamente. Por tanto, su honorabilidad, la respetuosidad que mantenía frente al pacto secreto de los dioses, estaba a salvo. Él lo había cumplido con escrupulosidad.

Las primeras declaraciones indefinidas, sin rumbo alguno, que hizo Enki tras el biombo fueron misteriosas e incomprensibles para el *"furtivo oidor"*. Escuchaba conceptos esotéricos e impenetrables que apenas podía asimilar ni entender. Eran conceptos divinos sobre la justicia y las depravaciones humanas, y solamente al final del soliloquio pudo comprender alguna cuestión que le informaba sobre una inminente calamidad, la cual iba a asolar a todo el país sumerio, así como a sus habitantes.

Utnapishtim, desconcertado y confundido ante aquellas vagas informaciones que le llegaban tan vahídas y difuminadas, osó preguntar a Enki:

—¿Qué quieres decir, señor, con tus misteriosas palabras que apenas puedo comprender? Háblame con mayor claridad para que mi mente limitada y absurda te comprenda.

Enki, repleto de furor y soberbia, se dirigió al humano y le dijo:

—Olvida, amigo, todo este preámbulo que he hecho para introducirte en el meollo de la grave cuestión que se le plantea a la tierra —calló unos instantes en los cuales lanzó una larga y dulce mirada sobre el escogido terrestre e inmediatamente continuó—: Tú, Utnapishtim, no tienes nada que decir ni investigar en este asunto. Tú sólo has de saber que sobre ti y sobre la humanidad se ciernen unos tristes y angustiosos días, ya que una terrible calamidad caerá sobre todos vosotros y os destruirá.

El gobernador de Shurupak, aherrojado en mor de la gran inteligencia que poseía, le preguntó lleno de escepticismo:

—¿Y tú, señor, por qué me dices a mí eso?

Enki sonrió satisfecho, porque aquella pregunta le indicaba que su elección no había sido desacertada. Luego le contestó:

—Primero he de decirte que yo no te hablo a ti, hablo al gran biombo hecho con cañas del sagrado río Éufrates y tú no estás aquí, no te conozco...

Comprendiéndolo el humano, le cortó la frase con brusquedad cutiéndole:

—... no estoy contigo, señor, no te alcanzo; yo sólo escucho una voz de alguien que no sé quién es...

Enki, adulado y complacido por estas palabras de su deudo, de nuevo habló:

—Quiero que seas tú quien te salves del cataclismo divino; tú con tus parientes, amigos y con tus enseres y animales...

—Pero, ¿qué debo hacer para conseguirlo? ¿De alguna añagaza, treta o protección especial me has de dotar para que yo pueda cumplir tus designios? —preguntó impregnando sus ruegos con la angustia nacida de su propio pecho y las ansias perentorias de quien desea complacer a su benefactor y ve que con los dones que él posee es imposible.

Enki, satisfecho de la sagacidad e inteligencia de su escogido, aconsejóle:

"Hombre de Shurupak, hijo de Ubar-Tutu.

¡Derriba la casa, construye una nave!

¡Abandona tus posesiones, mantén viva tu alma!

**Embarca a bordo de la nave la casta de todos los
seres vivientes.**

Has de construir esa nave.

Y sus dimensiones han de ser a medida."

La acción estaba consumada. El acto desafiante del dios Enki, que actuaba secretamente y en contra de la decisión unánime y solidaria de los demás Grandes Dioses, se acababa de ejecutar, se ponía en marcha y nada ya había en el cielo y la tierra que pudiera detenerla. Ahora lo único que quedaba por hacer dependía sólo y exclusivamente del correcto comportamiento y habilidad del sagaz Utnapishtim.

Al gobernador de Shurupak le invadían muchas dudas, le bailaban dentro de su cabeza muchas ideas que le inquietaban, se hacía frecuentemente muchas preguntas que no tenían respuestas; por ello un día, lleno de ánimo y sagacidad, se dirigió hacia el templo donde residía Enki, pidió audiencia al dios, penetró en la preciosa sala sagrada y secreta donde tenía el solio el dios y, ocultándose tras el biombo de cañas, le preguntó obviamente:

—¿Cómo, señor, voy a explicar a mis conciudadanos, mis subditos de Shurupak, que estoy construyendo una nave de tan singular forma y medidas, y que a bordo de ella he de abandonar todas mis posesiones, incluso a mis propios vasallos?

Enki le repuso anónimamente, sin mostrar su rostro:

"Esto debes decirles:

**He sabido que Enlil me es hostil,
por lo que no puedo residir en vuestra ciudad,
ni poner mis pies en el territorio de Enlil.**

**Así pues, me iré a Apsu,
a residir con mi señor Ea..."**

Comprendió con clarividencia que la excusa que debía poner el gobernador de aquella ciudad a sus conciudadanos era que, como

seguidor que era del dios Enki, y estando éste y su hermano Enlil en rivalidad constante que les hacía llegar al puro odio, no podía ya habitar en Mesopotamia. Por ello estaba construyendo una gran nave con la que podría trasladarse él, con su familia, sus amigos, sus deudos, sus enseres y trebejos, animales domésticos y salvajes autóctonos, hasta el Mundo Inferior para vivir así junto a su señor Ea-Enki. También, como el país estaba padeciendo una intensa sequía, Utnapishtim les aclaró mucho más su actitud:

—Además, amado pueblo de cabeza negra, yo os digo, y así me lo ha asegurado mi señor Enki, que cuando el poderoso dios Enlil vea cómo yo y mi séquito partimos hacia el exilio, el país volverá a tener espléndidas cosechas, el agua bajará de los cielos con abundancia, fecundará la tierra y todo a vuestro alrededor volverá a ser fértil, y además vuestras recolecciones serán más copiosas que nunca.

Los habitantes de Shurupak escucharon con atención y mucha esperanza estas palabras de su señor y quedaron satisfechos.

"Así engañado, el pueblo de la ciudad no puso ningún reparo sino que, por el contrario, hasta echó una mano en la construcción del arca. Matando y sirviéndoles bueyes y ovejas cada día y prodigándoles mosto, vino tinto, aceite y vino blanco, Utnapishtim los animó a trabajar con gran rapidez. Hasta se apremió a los niños a que transportasen la pez para el calafateo."

El séptimo día estuvo ya lista la nave. Su botadura fue muy dificultosa, por lo que tuvieron que desplazar las planchas arriba y abajo hasta que los dos tercios de la estructura hubo entrado en el agua.

La nave quedó flotando sobre la superficie líquida y transparente del río Éufrates. Sin perder tiempo y con gran premura, el gobernador de la excelsa ciudad se dirigió a su casa y conminó a su familia y demás parientes y amigos para que se apresuraran en sus preparativos, ya que, sin ninguna clase de excusa ni demora, debían de ocupar su lugar dentro del gran arca flotante, ya que el día de partida hacia lo desconocido se hallaba muy cercano. Luego les recomendó:

—Recoged todos vuestros enseres, animales, criados y alimentos, y llevadlos con vosotros, que yo, por mi propia cuenta, ya me llevaré todo lo que yo tenía de todas las criaturas vivientes, así como los animales del campo, las bestias salvajes del campo.

Con ello quería decir Utnapishtim que ya todo estaba dispuesto dentro de la gran embarcación, que para que se realizase con rigurosidad la orden de Enki sólo faltaban que se alojasen en su interior las personas.

Sus deudos, todos los familiares requeridos por el gobernador, cumplieron con exactitud sus órdenes y aún, por su bondadosa voluntad, indicó a todos los artesanos que habían contribuido a construir el arca que saltaran dentro de ella, porque también había decidido que le acompañaran en aquella aventura de salvación humana.

La orden de partida que le reveló personalmente el dios Enki estaba relacionada con una determinada señal, con un momento determinado que tendría que ser señalado por el dios Shamash, el divino comandante en jefe de los cohetes ígneos.

**"Cuando Shamash, que ordena un temblor
a la anochecida,
derrame una lluvia de erupciones,
entra en la nave y suelta amarras..."**

Llegado el momento, el dios Shamash se dispuso a dar la señal de partida. Un inmenso cohete ígneo —quizá en el que los dioses que habitaban en la Tierra escapaban del cataclismo que iba a producirse en ellas dirigiéndose al cielo de Anu— retumbó en el espacio. La nave espacial causó un temblor en la anochecida y provocó fatalmente el principio del cataclismo, y una lluvia de erupciones cayó sobre aquellas tierras y sus habitantes.

Utnapishtim gritó confundido y asustado al contemplar la hecatombe de agua y fuego que se cernía sobre sus cabezas, pero con jovialidad, ya que él y los suyos podían escapar de aquel caos donde sólo iba a reinar el dolor y la devastación:

—¡Ha llegado el momento! Desatracuemos la nave y pongámonos a salvo.

Saltó a cubierta, se introdujo dentro de la embarcación, selló ruidosamente los colosales goznes bien aceitados con sebo de viejo verraco que cerraban la gran puerta que daba entrada a su interior, se dirigió directamente a Puzur Amurri, el patrón barquero, y le ordenó escuetamente:

—¡Tuya es! ¡La pongo en tus manos! ¡Desde este momento, dentro de ella, en su gobierno y en los avatares de su navegación sólo vas a mandar tú!

El patrón le agradeció su confianza y se hizo cargo de la nave.

Con el resplandor del alba la negra y tremebunda tormenta se desató con estrépito sobre los cielos de Acad. El retumbar lejano de los truenos se sobreponía unos sobre otros sin guardar ninguna regla de la naturaleza. En la inmensidad del vasto círculo sobre el cual se extendía la vida, en cuyo centro geométrico se alzaba como un espectro la ciudad de Shurupak, los relámpagos y las ráfagas de luz iluminaban las alargadas copas de los árboles que bebían en la ribera de los dos grandes ríos que discurrían silenciosamente, los minaretes y las torres escalonadas que se elevaban siniestras sobre el paisaje pantanoso y de sombras que pertenecía a Enki y que administraba el gobernador Utnapishtim y mostraba a la luz, como deformados monstruos, las angustias y los pesares de los hombres que vivían en medio de aquella sociedad depravada. Allá en el horizonte una nube negra y roja se levantó gigantesca y amenazadora.

Los tronidos de la tempestad cada vez se escuchaban más cercanos a la ciudad y con ellos llegaba el terror, la zozobra, la ansiedad, el desánimo y la cobardía. Por fin, tras un restallido seco y metálico que rompió el manto oscuro de los cielos por varios lugares, el turbión imparable e inexorable estalló sobre Shurupak, sobre todo el país, arrasando toda clase de edificios, los muelles, y quebrantando los diques que dejaron en libertad la inmensa fuerza que guardaban contenida y que anegó las casas y los habitáculos de todos los seres vivos que moraban en aquel mundo. Después de ello, y para contribuir aún más si cabe al espectáculo de la confusión y el caos, sobrevino la más trémula negritud, el manto espeso de las tinieblas, volviendo negro cuanto había sido luminoso. Ante el descomunal cataclismo los hombres y los animales perecieron, todo quedó roto, las vías, los campos, los ribazos que daban a las acequias, los palacios de los dioses y sus templos, el vicio y la depravación quedaron sumidos entre el ingente acervo de cascotes y ruinas bajo las cuales aún gemían una multitud de dolientes...

"... todo el ancho del país fue hecho añicos como una vasija."

La tempestad del sur, como le denominaron los súmenos supervivientes a la hecatombe, duró seis días contando también sus noches. Todo quedó derruido. El holocausto bíblico se hizo patente

sobre aquel extraño mundo lleno de corrupción y pecado...

**"Aumentando de velocidad su soplo,
sumergiendo las montañas,
segando a la gente como en una batalla...,
la tempestad del sur anegadora
se calmó en la batalla,
que había combatido como un ejército.
El mar se apaciguó,
la tempestad se silenció,
la inundación cesó.
Miré la condición del tiempo.
Una tremenda inquietud se había implantado
y toda la humanidad se había vuelto de arcilla."**

La decisión drástica que tomara la Asamblea de los Dioses al frente de la cual estaba Enlil se había ejecutado.

Pero, sin que todos ellos lo percibieran siquiera, igualmente se habían cumplido los siniestros (?) planes del rebelde dios Enki: sobre las borrascosas e inquietas aguas navegaba, unas veces con dificultad y otras plácidamente, dando bandazos unas y deslizándose suavemente otras veces, la enorme arca que transportaba a hombres, mujeres, niños y otras criaturas vivientes, las cuales habían sido puestas a su resguardo frente al cataclismo bíblico que enviaran los dioses para purificar la Tierra.

Cuando cesó la terrible tormenta Utnapishtim se acercó al casco de la nave y abrió una escotilla, y la luz le dio en el rostro. El cielo volvía a brillar con su luz natural. La densa oscuridad había huido ahuyentada por los aún tibios rayos de sol que portaban nueva vida a la tierra. Luego salió a la cubierta del barco y desde ella pudo ver todo a su alrededor el gobernador de la destruida ciudad de Shurupak que el paisaje estaba al nivel de un techo plano. De inmediato llamó a sus familiares, amigos y deudos y les hizo partícipe del espectáculo que se veía desde la nave, pero antes se inclinó profundamente en

actitud de acatamiento y adoración, murmuró una oración entre dientes de agradecimiento, luego se sentó sobre unos rollos de gruesos cabos de esparto y cáñamo y lloró.

"... sus lágrimas corrieron por su rostro."

Una vez recuperó la serenidad, Utnapishtim extendió la vista con el propósito de poder descubrir la línea de la costa con la que referenciar su posición en medio de aquel océano de aguas cenagosas y estancas. Pero no pudo encontrar nada que le indicara dónde terminaba aquel inmenso mar. Entonces quedose perplejo y muy sorprendido al comprobar que bajo el casco de su nave algo se movía, o ¿era el mismo barco que tropicaba con su quilla con un obstáculo de gran dureza y rigidez?

"Emergió allí una región montañosa. La nave se detuvo en el monte de la Salvación. El monte Nipir (salvación) mantuvo firme la nave, dejándola inmóvil por completo."

Durante otros seis días Utnapishtim escudriñó atentamente, desde su preferente observatorio que le proporcionaba la estática arca embarrancada en las cumbres del monte de la Salvación, todo paisaje que alcanzaba a ver a su derredor y no descubrió ninguna cosa, ni huella, ni vestigio que le indicara que existiera alguna clase de vida en todo aquel paraje de muerte y desolación.

Desalentado y turbado, Utnapishtim se acercó a Puzur Amurri y le dijo:

—Estamos embarrancados en el pico de esta sierra y el arca no va a poder ser botada nuevamente a las aguas fluyentes. ¿Qué podremos hacer?

El patrón de la nave le repuso, acariciándose una de sus orejas en un claro gesto de desdén y de duda, de escepticismo:

—La barca quedará, cuando bajen las aguas, en esta cumbre para la eternidad. En ella permaneceremos apresados hasta que los caminos de la tierra se abran y se puedan enviar exploradores que rescaten las sendas de las aguas.

—Pero ¿tú ni siquiera intuyes dónde nos podemos hallar?

El otro contestó inquieto:

—Mi rumbo ha sido irregular y los empujones del furioso oleaje

nos han hecho navegar al paio todo el viaje, de forma y manera que en estos momentos ya no me valen ni las cartas marinas ni terrestres, ni la situación de la estrellas, ni la dirección de los vientos, para hacerme una remota idea de a qué lugar hemos ido a parar.

Utnapishtim, agobiado y preocupado, fue cabizbajo y pensativo hacia la borda del barco. Amurri le siguió con la misma preocupación que su jefe, pero manteniendo una amplia sonrisa en su rostro, indicativa de un carácter mucho más optimista y transparente. Ambos permanecían juntos pero en silencio. El elegido de Enki dejaba progresar su mirada libremente sobre la superficie azul-ocre, verdosa, que cubría todo el paraje hasta el horizonte. Solamente se rompía la monotonía que componían el cielo y el mar con las puntiagudas cumbres de aquel monte, que quizá había sido la salvación para todos ellos.

Puzur Amurri, al fin, osó decir con cierta timidez:

—¿Crees, Utnapishtim, que la tierra firme estará muy cerca de aquí?

A lo que respondió el aludido sin darle tregua alguna:

—Lo que es cierto, amigo Amurri, es que estamos ya varados sobre tierra firme. Aunque he pensado que si estamos en lo más alto de esta cordillera, sea cual sea, los valles sobre los que se eleva la misma deben estar mucho más profundos —cortó su deducción un momento en el que quedó otra vez pensativo, cerró los ojos y así los mantuvo algún tiempo, que al patrón del barco le pareció larguísimo; pero por fin los abrió, miró a su amigo y servidor y, con cierto tono de esperanza, le dijo—: Creo que el agua todavía cubre la tierra, que la inundación causada por la tempestad todavía anega los campos y las llanuras, quizá ninguno de los pueblos que se alzan en la ribera de los ríos sagrados que fertilizan Sumeria, Asur y Acad esté libre para ser ocupado por nosotros y nuestras bestias...

—¿Qué haremos entonces? Estas cuatro paredes nos agobian, las reyertas pueden aparecer de un momento a otro dentro del arca —dijo el marino—, los hombres y las mujeres quieren vivir ya la claridad.

Utnapishtim se acomodó con cierta apatía sobre una paca de heno que se secaba al sol para acabar con la humedad que absorbió durante la tempestad, miró a Puzur Amurri y le dijo suspirando profundamente:

—Ese precisamente que planteas tú es el problema que tenemos.

—¿Cuál? —preguntó desconcertado el patrón.

—Verás, amigo —trató de explicar el elegido de Enki—; si la tempestad continuara con todo el fragor y despliegue eléctrico que se puede imaginar, todos permaneceríamos en el interior del arca y nos consideraríamos afortunados por estar al resguardo de tan terrible cataclismo. Pero lo malo viene ahora, como tú mismo dices —calló un momento, que fue tenso y continuó—: Pero aquí, en esta nave, todos sabemos que la tempestad ha acabado, que el sol luce en un cielo más o menos límpido, que las aguas ya no nos pueden arrastrar hacia el desastre y ahora, ahora precisamente, cuando más contentos deberíamos estar por haber salvado nuestras vidas, es cuando nos inquietamos, los nervios saltan como resortes largamente contenidos en el interior de nuestros cuerpos, todos ansiamos llenos de angustia el alcanzar un terreno firme y fértil donde volver a establecernos. Parece que ahora todo es urgente.

Amurri, conforme escuchaba a su jefe, iba asintiendo con la cabeza, dándole la razón, y a la vez admirándolo. No en balde fue el propio dios Enki quien le escogiera para sacarlo de la inmolación a que le habían destinado los dioses. Sin duda, se dijo, Utnapishtim era demasiado valioso para morir por un capricho divino.

El que fuera gobernador de Shurupak se levantó de su asiento y, poniendo sobre el hombro de su servidor su basta mano, le dijo confidencialmente:

—Amigo, Puzur Amurri, que tan fiel me has sido, te he de hacer una confidencia, hacerte partícipe de una idea que he tenido.

—Te escucho, señor.

El otro le explicó:

—He pensado, y por eso lo he decidido, dejar en libertad a una paloma, soltarla para que surque el cielo, para que en su vuelo busque un descansadero. Si vuelve a nosotros es que no lo ha hallado y nos encontraremos sin duda muy lejos de un lugar habitable. Si no retorna es que ha encontrado un lugar propicio para vivir y por tanto no ha de estar tan distante de aquí un lugar habitable.

Con la ayuda del marino, Utnapishtim lanzó al aire incierto la paloma que guardaba en el cuenco que hacía con sus dos palmas de

la mano. Mientras libertaba al ave, murmuraba una oración para que tuviera un buen fin aquella aventura ignota.

Al cabo de un tiempo la paloma se posó sobre uno de los palos de la embarcación, lo que hizo que el jefe de la misma, al verla tiritando en aquella cumbre, le embargara la desolación y el desánimo; sentándose en el primer asiento que halló, expresó con gran desconsuelo:

—La paloma no halló tierra firme donde posarse y descansar. Hemos de tener paciencia y esperar a que las aguas se retiren y nos dejen espacio para morar.

El tiempo pasaba lentamente y las aguas también menguaban lentamente, puesto que cada día que transcurría se veía más trozo del casco de la nave...

Cuando lo consideró oportuno y con ciertas garantías de victoria, lanzó al aire Utnapishtim una golondrina; pero con escaso éxito de nuevo, ya que este pájaro al cabo de unas horas regresó al arca, causando profunda decepción entre sus moradores.

... y las aguas siguieron descendiendo, tanto que se podía ver la propia quilla de la nave, los hombres podían saltar a la rocosa cima de la montaña y chapotear con el lodo que se hacía al remover la tierra y el agua.

"Por fin se soltó a un cuervo, y éste halló un descansadero. "

La alegría y el alborozo llenó los corazones de todos los navegantes. Estaban seguros que ya podrían, con cierta seguridad, permanecer en suelo firme y buscar un paraje propicio para su asentamiento.

Utnapishtim ordenó a los hombres que le rodeaban:

—¡Soltad a todas las aves, a todos los animales que hasta ahora han convivido con nosotros en el arca! Dejadlos libres y que sean ellos quienes se busquen su mejor refugio y su mejor pasto.

Todos obedecieron unánimemente su orden, pero nadie desembarcó de la nave, atentamente expectantes a la conducta que mantuviera su salvador.

Utnapishtim —tras contemplar con mucha complacencia cómo los animales se alejaban en las cuatro direcciones cardinales,

dispersándose en la lejanía como lo hacen las hormigas que salen de un hormiguero en busca de su comida— echó un reto con su mirada a sus amigos, deudos y familiares, y abandonó el arca. Como ya era un hombre viejo, un verdadero patriarca, se acompañó en su caminar por los caminos enfangados con un alargado cayado que se construyó con una de las ramas retorcidas y duras que arrancó del primer árbol que encontró a su paso. Junto al mismo construyó un altar y, ante la mirada atónita aunque llena de admiración, ofreció un sacrificio.

Y cuando Utnapishtim llevó a cabo la inmolación...

"... los dioses aspiraron el aroma, los dioses percibieron la dulce fragancia. Y los dioses se agruparon como moscas en torno al sacrificante."

Y de todos ellos fue la Gran Diosa quien declaró:

—No lo olvidaré... Siempre estarán en mi memoria estos días, no olvidándolos nunca.

Pero esta manifestación importó poco al jefe de los dioses, Enlil, quien al descubrir la malicia y destreza con que había sido engañado, montó en cólera y poco se preocupó de proporcionar el alimento que debía a los supervivientes —estratagema con la que habían engatusado tanto Enki como Utnapishtim a su pueblo—, y dejando en suspenso todos sus poderes, enloquecido por la ira que corroía sus entrañas al comprender que sus divinos designios habían sido hollados, gritó enfurecido:

—¿Ha escapado alguna alma viviente? ¡Nadie había de sobrevivir a la destrucción!

De entre los dioses presentes que le acompañaban mudos y atemorizados, al ver tan patente la furia de un dios, surgió su hijo primogénito Ninurta y, con el fin de consolarle en su tribulación y en su mancillada soberbia, señaló con su dedo acusador a Enki, pronunciando estas palabras que le condenaban:

—¿Quién, sino Ea, puede establecer planes? Es sólo Ea quien lo conoce todo.

Enki, que presente estaba en el consejo de los dioses, sonrió con cierta afectación y, lejos de rehusar las impugnaciones que se le estaban haciendo, prorrumpió en uno de los más exquisitos y persuasivos discursos que se podían hacer para argumentar la defensa del mundo. Comenzó por adular sin el menor recato la

sapiencia del dios Enlil y aseguró inmediatamente después que precisamente por ello, por su sabiduría, no podía ser de ningún modo irrazonable. *"Enki mezcló la negativa con la confesión"*, declarando:

—No fui yo quien reveló el secreto de los dioses. Yo simplemente dejé que un hombre, extraordinariamente sabio, percibiese por su propia sapiencia cuál era el secreto de los dioses.

El segundogénito hijo del dios Anu detuvo el fluir de sus palabras con las que pretendía liberarse de aquella acusación y trató de vislumbrar el efecto que ello producía en los presentes. Ante la reacción de sorpresa que vio impresa en los rostros divinos continuó su perorata:

—Y siendo verdad como es que Utnapishtim es un hombre inusitadamente sabio te sugiero, Enlil, que no deben ser ignoradas sus facultades —y añadió imprimiéndole su fuerza a la siguiente recomendación—: ¡Así, pues, toma consejo con respecto a él!

El dios Enlil, habiendo sido influenciado por la argumentación de su hermano Enki, haciendo caso de sus palabras, acogió a Utnapishtim a los privilegios de su favor y lo protegió. Las palabras del propio hombre extraordinariamente sabio lo dicen:

"Enlil después de ello fue a bordo de la nave;

tomándome de la mano, me llevó a bordo.

Llevó a mi mujer a bordo,

la hizo arrodillarse a mi lado.

De pie entre nosotros,

tocó nuestras frentes para bendecirnos.

Hasta ahora Utnapishtim ha sido sólo humano,

desde ahora Utnapishtim y su mujer

estarán entre los dioses.

Utnapishtim residirá en la Gran Lejanía,

en la Boca de las Aguas."

Luego, cuando el superviviente fue conducido a la Gran Lejanía

como sentenciara Enlil, el dios padre Anu y su primogénito le concedieron la eternidad...

"Le dieron la vida, como un dios

le elevaron a la vida eterna, como un dios."

Y la bendición de los dioses del cielo cayó benefactora sobre aquella humanidad sobreviviente al gran cataclismo. Fueron conminados a multiplicarse y a que su raza fructificara y engendrara para extenderse por toda la tierra. Y los dioses establecieron en este proceso de procreación diversas categorías humanas.

"... haya una tercera categoría entre los humanos.

Haya entre los humanos

mujeres que den hijos, y mujeres que no los den."

Y les otorgaron también los dioses nuevas y originales líneas de comportamientos para llevar a cabo el intercambio sexual.

"Regulaciones para la raza humana. Que el varón... a la joven doncella... Que la joven doncella... El joven varón a la joven doncella... Cuando esté preparado el lecho, yazgan juntos la esposa y su marido."

De este intrigante modo fue vencido Enlil, por su hermano Ea-Enki que tanto odiaba, porque su padre Anu lo había consentido...

La humanidad, aunque fuese a causa de aquella oscura treta, había sido salvada y, con la colaboración y beneplácito de Enlil, permitiéndosele procrear.

Los dioses abrieron la Tierra al Hombre.

LOS DIOSES VAGAN RADIANTES POR EL FIRMAMENTO ASUR

Los magos de Nínive trabajaban en sus observatorios transparentes impregnados de noche y puntitos brillantes que agujereaban la bóveda celeste y daban paso a otro mundo irreal y desconocido que estaba más allá. Observaban cómo los diminutos orificios de distinto resplandor se reunían en grupos que daban la sensación de que eran autónomos e independientes, y no daban la sensación de pertenecer a una cripta rota al azar por la fuerza de acciones incontroladas de poderes ultraterrenos, sino que parecía más bien que habían sido contruidos, según una voluntad preformada, y que componían figuras previamente pensadas para que determinaran algo concreto, a especie de blasón o representación de algo muy importante.

Los magos calcularon que el primer año de la cronología de Zoroastro, el año en que comenzó el tiempo, se alejaba ya casi once mil. No ignoraban, sin embargo, aunque bien se cuidaron de no comunicarlo al pueblo maldito, que todo lo tergiversaba, incluida su autoridad y su sabiduría; que hacía muchos, muchísimos años hubo en el cielo una rebelión de los dioses que hizo trizas o al menos hizo variar notablemente las órbitas celestiales de aquellos planetas, que, con sus mismos nombres, discurrían con precisión por caminos distintos para evitar el cataclismo. Tampoco ignoraban que un joven rebelde llamado Marduk se lanzaba ignominiosa y vertiginosamente, con la brutalidad de un poderoso protervo, contra el orden establecido en la morada celestial donde discurrían tierna y placentemente los planetas y planetoides —Mummu, Lahamu, Lahmu, TIAMAT, Kishar, Anshar, Gaga, Anu y Ea— que adoraban servilmente a Apsu, al Sol, y que, debido a la veleidad enfurecida de aquel joven que trastornara todo el orden introduciéndose en el paraje ajeno, ocurrió la terrible colisión, la pelea entre él, el poderoso, y el débil Tiamat, que quedó partido en dos pedazos, dando lugar a la Tierra, dando lugar al Cielo. Y tampoco ignoraban los sabios sumerios, los magos que mandaban sobre las estrellas, que todo ello ocurría hacía más de 430.000 años.

Tiamat era la doncella que dio vida y para que se efectuara en ella su propio destino:

En la Cámara de los Hados, el lugar de los Destinos,

fue engendrado un dios, el más capaz y sabio de los dioses;

en el seno de lo Profundo fue creado MARDUK.

Fue Ea, el creador diestro, quien lo procreó y lo empujó en su loca y desbaratada aventura al interior del nuevo sistema en equilibrio. Fue Ea quien le indicó su órbita, el camino que debía seguir para que precisamente chocase con la doncella Tiamat, con la cual el Destino le pedía que engendrara la Tierra y el Cielo. Marduk cruzó, desde afuera, las vías de Ea, Anu —el de los cielos—, Gaga —consejero y emisario de Anshar—, Anshar —principal del cielo—, Kishar —principal de tierras firmes—, Lahmu —deidad de la guerra—, Lahamu —señora de las batallas— y Mummu —consejero y emisario de Apu—, y se encontró de repente, bajo la indolente mirada de Apsu —el que existió desde el comienzo—, con la joven doncella Tiamat, para la que había nacido y con ella procreó la Tierra donde habían de vivir los hombres y el Cielo que tendría que cubrirles sus cabezas.

Los magos sumerios, los sabios ancianos que perdían su visión a medida que crecían sus sesos, no comprendían, milenios y milenios después que todo aquel universo se conformara, cómo sus antepasados, los antiguos contempladores de estrellas, veían realmente en un grupo de ellas a leones, peces, cangrejos o corderos. Después de mucho observar, meditar, cavilar, estudiar documentos antiguos esculpidos en arcilla endurecida, en pergaminos reseca y amarillentos, se reunieron en consejo y sacaron la conclusión de que aquellos grupos de estrellas no unidas por la casualidad o el azar no fueron nombradas según una forma imaginaria del grupo estelar, sino antes bien habían sido reunidas en honor de un determinado dios y gracias a su inmenso poder.

La constelación, o grupo de estrellas con una forma predeterminada, del equinoccio de primavera, cuando Enlil lanzó el Proyecto Tierra, fue bautizada en su honor con su apodo favorito: El Toro, Tauro.

El era la suprema deidad, la sublime deidad, el dios entrado en años, barbudo, el que, sentado muellemente en su trono, recibía los cuidados, una bebida, de otro dios más joven. Portaba sobre su cabeza una especie de fez adornado con cuernos, que eran el distintivo de los dioses en tiempos prehistóricos, y estaba siempre vigilado o, mejor, protegido por una estrella alada.

El dios El no siempre fue un anciano y vetusto señor, sino que en su juventud tuvo una dilatada e intensa experiencia como un excelente semental, debido a la exagerada potencia sexual que disfrutaba.

A El se le conocía como padre de todos los dioses y uno de sus apelativos era Tor, Toro.

Cuenta la tradición en la que bebían los magos zoroástricos del imperio sumerio que El solía pasear por las orillas arenosas del mar completamente desnudo sin importarle ser descubierto por ninguna clase de persona.

Dos mujeres, conocedoras de las costumbres sedentarias y plácidas del dios indudablemente poseído de sí mismo y de su propia belleza que veía reflejada en las remansadas aguas del mar al amanecer y al atardecer de los días, se escondieron tras unas dunas de arena negra que se formaban junto al mar por acción de los vientos.

—Desde aquí atisbaremos con deleite la potencia de sus atributos de varón perfecto —expresó una de ellas entrecerrando sus hermosos ojos, de largas pestañas, para no quedar cegada por la luz del sol que se reflejaba sobre la acristalada arena y por alcanzar con más exactitud la larga distancia que aún les separaba del veleidoso ser.

—Apenas si desde aquí —le contestó la otra bella dama— puedo distinguir el rizado de los oscuros cabellos de su cabeza y menos aún el de su pubis. Cuanto menos los exiguos o amplios atributos que todo hombre debe tener. ¿Qué haremos?

La otra le repuso sibilamente:

—La paciencia y la calma todo lo consiguen. Con su ayuda urdiremos una treta propia de nuestra sagacidad...

—La persistencia de una mujer es incalculable...

Efectivamente, las dos mujeres se dieron cuenta de que la duna tras la cual se escondieron el primer día, el segundo había cambiado de lugar por acción de los vientos que variaban

su rumbo según la frialdad de la tierra o del mar. Vieron cómo el montículo de arena se acercaba más a El y su desnudez y con ello, las dos bellas, refugiadas en su solidez, alcanzaban mejor a ver a su

ídolo, a aquel con quien iban a satisfacer su curiosidad y sus deseos.

—Cuento los días que faltan para poder estar lo suficientemente cerca de Él como para poder acariciarle su cuerpo —expresó una.

—Pronto será, amiga mía, cada día que pasa hace mayor calor en la arena y el viento, por la noche, nos acercará más al varón.

Llegó por fin el día en que las dos mujeres pudieron vislumbrar con gran gozo y sorpresa a la vez el cuerpo de El y al ver el tamaño de su pene quedaron completa y profundamente seducidas por él.

Desde lo más alto del cielo, atravesando nubes y jugueteando con sus algodones, un ave extraña y potente contempló el espectáculo y, llena de sorna e irónicamente, se mofaba de ellas diciendo:

—De donde vengo no existen las sorpresas y las ansias del goce carnal; de donde vengo, amigos inferiores, es donde nacen los verdaderos dioses y diosas que se dedican a construir el universo; de donde vengo la serpiente voladora de las siete cabezas es la diosa creadora y vaga, como principal y única deidad, auxiliando y eyaculando su semen sutil en los úteros de las estrellas...

El divisó al extraño pájaro subido en la rama sarmentosa de un viejo olmo mordido por el tiempo y descortezado por la acción del viento y el agua que la tormenta implacable lo plantó en medio del arenal prieto, cristalino y de grueso grano. El dios El divisó al ave cuando departía y mostraba su atributo descomunal a las dos asombradas mujeres que le deseaban. Le pareció tan extraño el animal emplumado que, en medio de un suspiro por el placer que recibía, no dejó de decir:

—Más bien que un ave parece que es, por la cola emplumada que arrastra sobre la arena, el cuerpo de una arpía engendrada en el vientre de una gran sabandija, un monstruo arrojado de la Morada de los Cielos por repugnante y distorsionado por una caprichosa aberración.

El, el dios, copuló luego con las dos mujeres.

La satisfacción y el deseo quedaron colmados. Y ambas quedaron preñadas.

El, el benévolo, el misericordioso, muestra su alegría,

**se pone en pie en su escabel,
abre su garganta y ríe;
alza su voz y pregona:
*"¡Descansaré ya aliviado,
con el corazón reposando en mi pecho..."***

Una de ellas dijo:

—Yo daré a luz a Shahr.

—Y yo —dijo la otra— a Shalem.

—Yo pariré el Alba.

—Y yo el Ocaso.

Él dijo:

—Primero, que llegue la primera luz antes de salir el sol, y luego, que penetre en ella su declinación.

No fueron sus únicos hijos ni los principales, pues tuvieron otros siete, aunque su hijo principal fue Baal.

—Yo daré a luz a Baal, dios de la Tormenta, dios del Trueno y del Rayo.

—Yo pariré a Baal, el Hadad, el desabrido.

"... Pues el poderoso Baal está con vida, pues el Príncipe de la Tierra existe."

A esta constelación los sumerios le llamaron Gua-An-Na, Toro Celestial.

Si la constelación de Tauro fue erigida en honor del dios Enlil, en su acepción canaanita de El, no quiso quedarse corto su hermano Enki, segundo hijo de Anu y tercer dios del panteón sumerio, que también tuvo sus reuniones de estrellas para conmemorar algunos de sus atributos que ostentara en su reinado en la Tierra y en los Cielos.

Este dios nació en los cielos y bajó a la Tierra cuando todavía no existía sobre ella ningún poblado o civilización. Al llegar al planeta

dijo:

—*"Cuando accedí a los suelos, había mucha inundación."*

Al parecer tenía gran afición y protección por las aguas de cualquier tipo que brotaran sobre el universo, incluso se asocia su llegada a la Tierra en un tiempo en que el golfo Pérsico penetraba mucho más en el interior de la tierra y convertía la parte meridional de ésta en un verdadero y tétrico pantano. Literalmente Ea, que era el sobrenombre que tenía Enki, significaba casa-agua y a este propósito se dijo de él que fue un diestro ingeniero que planeó multitud de obras hidráulicas, como canales, presas en los ríos, conducciones para la salida de las aguas de los aguazales y marjales canalizándolas con el fin de darles un buen uso. Las aguas, como su nombre indica, eran su hogar y edificó su gran morada en la ciudad que fundó al borde de los pantanos, una ciudad que se llamó Ha-A-Ki, lugar de los peces del agua.

En Eridu construyó la Casa del Ribazo del Agua.

El rey Enki... ha construido una casa:

la alzó del suelo,

en un buen lugar la construyó.

Cuando los tres dioses se repartieron los reinos, *"los mares le fueron dados a Enki, el Príncipe de la Tierra"*.

Enki gustaba de estar permanentemente rodeado por la corriente de los ríos que contenían innumerables peces. Como señor de los mares construyó naves que viajaron a lejanos países de donde trajeron objetos de gran valor, especialmente piedras preciosas y metales nobles.

Aunque, implantado además en la tierra, enriqueció a la misma con elementos muy importantes para el progreso de la agricultura — introdujo el yugo uncido al arado y abrió con ellos los surcos en la tierra, construyó apriscos y establos, trajo el arte de la construcción de los ladrillos con la arcilla que abundaba en su país y la metalurgia, etc.—, es considerado como la deidad de las aguas, el dios que hizo navegable las cuencas de los ríos Éufrates y Tigris, el que saneó los lodazales repletos de sabandijas y mosquitos, convirtiéndolos en verdaderos paraísos para toda clase de aves de ricas y exóticas

plumas e hizo crecer en esas aguas los juncos, material de suma importancia para la construcción, junto con los ladrillos de arcilla, de las casas, viviendas y ciudades.

De Enki dijo la tradición sumeria:

El marcó el marjal,

puso en él carpa y... pez.

El marcó el cañaveral,

y puso en él... cañas y juncos.

A Enbilulu, el inspector de canales,

puso él al cargo de los marjales.

El que tiende la red de forma que ningún pez escapa,

de cuya trampa ninguno... escapa,

de cuyo lazo ninguna ave escapa

... el hijo de... un dios que ama al pez.

Enki puso a cargo de peces y aves.

Como se puede ver, no es de extrañar que adquiriese los títulos de Dios de los Peces, Dios de las Aguas Fluyentes y Carnero de las Aguas Resplandecientes.

En honor de su primer rubro dio origen a la constelación sumeria Sim-Mah, Peces, la conocida en la mitología occidental como Piscis.

En honor a su atributo como dios de las aguas fluyentes, las que hacía manar desde los pantanos y canalizaba en sus territorios, se le construyó la constelación sumeria Gu, El Aguador, la que se denominó mucho tiempo después como Acuario.

Y su tercer título, el de carnero de las aguas resplandecientes, le llevó a honrarle con el grupo de estrellas que conformaban este

animal de cuernos retorcidos que los sumerios denominaron Suhur-Mash, pez cabra, y que la antigua mitología mediterránea denominó como Capricornio.

"Cuando otros caudillos nefilim llegaron a la Tierra o nacieron en ella, más constelaciones recibieron nombres en su honor... hasta ser completada la lista de doce."

¿Y que era un nefilim?

Los nefilim son los hijos de los dioses. Unos *"cayeron abajo"*, a la Tierra y, por tanto, nacieron en los cielos y otros fueron engendrados en la propia Tierra por los dioses, porque "en tiempos antiguos los gobernantes de países fueron los hijos de las deidades que llegaron a la Tierra procedentes de los Cielos, y gobernaron la Tierra, y se casaron con mujeres de entre las hijas de los hombres, y su descendencia incluyó héroes y poderosos, príncipes y soberanos".

Todos ellos formaron un pueblo, la civilización de Shem, que significa *"El pueblo de las naves-cohete"*.

La cohabitación entre dioses y mortales que dieron lugar a este pueblo queda reflejada en la tradición sumeria como hecho extraordinario y concluyente.

En aquel tiempo

los hijos de los dioses

vieron la hermosura de las hijas de los hombres,

y tomaron de entre ellas mujeres,

las que más les agradaron.

Y esto ocurrió cuando los nefilim —aquellos que fueron derribados (o arrojados) sobre la Tierra— habitaban ya sobre el suelo terrestre y decidieron extender su civilización con innumerables pobladores.

Los nefilim estaban sobre la Tierra

en aquellos días y después también,

**cuando los hijos de los dioses
cohabitaron con las hijas de Adán,
y ellas concibieron hijos de ellos.
Fueron los poderosos de la Eternidad,
el pueblo de Shem.**

Uno de los nefilim más preclaros que discurrió por el panteón sumerio fue Nannar-Sin, hijo primogénito de Enlil y la doncella Sud y segundón del Señor del Espacio Aéreo.

Enlil, como todopoderoso señor y dios de Cielo y Tierra, puso al mando del centro industrial que se levantaba en la ciudad de Bad-Tibira a su hijo Nannar-Sin. Efectivamente, era un auténtico hijo de dioses y se le conocía como Nu-Gig, el de firmamento de noche y, por tanto, en esta ciudad Nannar-Sin se casó con una desconocida hija de los hombres y con ella tuvo dos hijos gemelos, a los que impusieron los nombres de Inanna-Ishtar y Utu-Shamash. Éstos sí que eran nefilim.

En honor de su padre, Nannar-Sin, por el hecho de haber tenido gemelos en su primer concepción, se le honró con la constelación sumeria llamada Mash-Tab-Ba, los gemelos, que milenios más tarde sería bautizada con el nombre de Géminis.

Al dios nefilim Shamash, experto como era en cohetería, le fue asignada en su honor y en su memoria la constelación Dub, pinza del cangrejo, o como llamaron luego las antiguas culturas occidentales, Cáncer. También se le llamó Dib por su significado como cohete.

A Inanna-Isthar se le asignó la reunión de estrellas en forma de león, que en el Zodíaco sumerio recibe el nombre de Ur-Gula y entre los latinos Leo.

Igualmente bajo su signo del melenudo felino se honra el amor, la primera canción de amor, la que una dama desesperada hace al nefilim Shu-Sin, muy probablemente el padre de los gemelos e hijo de Enlil. Es la terrestre, la hija de los hombres que, encandilada por la belleza del dios, lo quiere atraer a su compañía. Lo nombra persistentemente como león y es en honor del mismo, de su potencia viril, que desata los amores y los deseos entre las mujeres las que

dan el nombre a esta constelación Ur-Gula. Dice así la canción de amor:

**Novio, querido de mi corazón,
grande es tu hermosura, dulce como miel.
León, querido de mi corazón,
grande es tu hermosura, dulce como miel.**

Ante el desdén del dios la dama, en su desesperación de amor, le sigue diciendo:

**Tú me hechizaste, deja que tiemble ante ti.
Novio, llévame a tu alcoba.
Tú me hechizaste, deja que tiemble ante ti.
León, llévame a tu alcoba.
Novio, deja que te acaricie,
mi dulce caricia es más sabrosa que la miel.
En la alcoba, llena de miel,
gozaremos de tu hermosura.
León, deja que te acaricie,
mi dulce caricia es más sabrosa que la miel.**

Y la mujer, para comprometerlo aún más, le invita a su casa, a conocer a sus padres

**Novio, yo te agradé.
Dilo a mi madre, ella te regalará exquisitos manjares,**

mi padre te colmará de obsequios.

Es la mujer, hija de hombres, extendiendo sus redes para cazar al dios; allanándole el camino que va a convertir a sus hijos en nefilims, en dioses o, al menos, en semidioses. Y sigue insistiendo:

Tu alma, yo sabré consolar tu alma.

**Novio, duerme en nuestra morada hasta
que despunte el día.**

Tu corazón, yo sabré alegrar tu corazón.

**León, duerme en nuestra morada hasta que despunte
el día.**

La terrícola ve cómo en el dios va apareciendo su condición de hombre y así lo declara solicitándolo nuevamente.

**Tú que me amas,
obséquame, te lo ruego, con tus caricias.**

**Mi Señor Dios, mi amo y protector,
mi Shu-Sin que embelesas el corazón de Enlil,
obséquame, te lo ruego, con tus caricias.**

Por fin, la mujer lo ha seducido. El dios no se puede resistir más y acude al encuentro amoroso, pero la doncella, entonces, tiene miedo, le asusta la fuerza que se desencadena sobre ella y le implora:

**Tu virilidad, dulce como la miel, cúbrela con tu mano,
cúbrela con tu mano como con un vestido,
cúbrela con tu hueca mano como con un vestido.**

La mujer, ya no doncella, extasiada por tanta felicidad, suspira y le agradece:

**Mi Shu-Sin, que me ha concedido su favor,
oh mi Shu-Sin que me has concedido tu favor,
que me acariciaste.**

Mi Shu-Sin, que me has concedido tu amor.

**Tú, amado de Enlil, mi Shu-Sin,
mi Rey, el dios del país.**

A esta primera canción de amor de la historia, en la que se adivina los amores de una mortal hija de hombres con un dios, precisamente uno de los hijos de Enlil, al cual hace referencia durante su arrobo la doncella, nombrándolo repetidamente como el León, podría estar honrando la reunión de estrellas que los sumerios llamaron Ur-Gula y que las subsiguientes culturas occidentales la distinguieron con el nombre de Leo.

El dios Enki y su primer grupo de nefilims residieron en la Tierra alrededor de 28.000 años, un tiempo muy considerable y largo, hasta que los dioses de la Morada Celestial nombraran al segundo comandante de Eridu, la primera de las cinco ciudades que los dioses fundaron cuando descendieron del cielo a la Tierra...

**Después de que la realeza hubo sido descendida
del cielo,
después de que la exaltada corona, el trono de
majestad,
hubo descendido del cielo,
Él... perfeccionó los procedimientos,
las divinas ordenanzas...**

**Fundó cinco ciudades en puros lugares,
les dio sus nombres,
las dispuso como centros.
La primera de esas ciudades, ERIDU,
le dio él a Nuddimmud, el jefe.
La segunda, BUD-TIRIBA
la dio a Nugig.
La tercera, LARAK
la dio a Pabilsag.
La cuarta, SIPPAR,
la dio al héroe Utu.
La quinta, SHURUPPAK,
la dio a Sud.**

En ese tan largo tiempo vivieron los nefilims en un periodo glacial y entonces desearon la benignidad del clima para poder llevar a acabo su dura tarea de construir canales, embalses, desviar ríos, realizar toda aquella clase de obras hidráulicas que tenían encomendadas por los dioses de la Morada Celestial. Como las condiciones climáticas eran muy rigurosas, los hijos de los dioses decidieron penetrar más hacia el interior de la tierra buscando el refugio y el resguardo de los parajes más alejados de los hielos. Entonces Enki se vio obligado a nombrar un segundo jefe de la ciudad de Eridu y escogió para este cargo a A-Lal-Gar, *el que en tiempo lluvioso trajo el descanso.*

Pero mientras el dios Enki, el segundo de Anu, pasaba los mayores quebrantos y sufrimientos por ser el pionero de la Tierra, su padre y su primogénito Enlil, desde el Duodécimo Planeta, observaban cómoda y muellemente cómo se desarrollaban los penosos trabajos de colonización de la Tierra, reconociendo tanto el padre como el hijo que, aunque el verdadero trabajador e impulsor del proyecto era Enki, el que realmente estaba *"al cargo de la misión*

terrestre era Enlil", y que tan pronto como se tomó la decisión de proseguirla, él mismo descendió a la Tierra. Con este fausto motivo divino, pero que le ganó la enemistad de su hermano, la Asamblea de los Dioses le encargó a Enki que le construyera al primogénito de Anu una instalación o base espacial, la cual le serviría de morada y palacio residencial y desde la que dirigiría todo el proyecto terrestre que se había concebido en la Morada Celestial. Desde ese momento al segundo hijo de Anu, el dios de los Peces, de las Aguas Fluyentes y Resplandecientes, el ingeniero hidráulico que proyectó toda la hidráulica sobre la tierra de Sumer, se le conoció con el nombre de En-Ki-Du-Nu, *Enki cava profundo*.

Así pues, a pesar de que fue Enki el verificador real de todo el proyecto terrestre, los méritos y los honores se los llevó su hermano Enlil, que habiéndosele ya honrado con la constelación Gu-An-Na, el Toro, se le volvió a enaltecer, como mandatario que era de Larsa, con el título de A-Lim, el Morueco, el carnero, el macho cabrío, y se le honró con la constelación sumeria Ku-Mal, habitante del campo, el Morueco, que luego en el Zodíaco occidental se determinó llamarle Aries.

Uno de los gemelos —Shamash—, hijo de Nannas-Sin y nieto del propio Enlil, fue, como se ha dicho, un experto en el lanzamiento de cohetes al espacio. Y aunque en la ciudad de Nippur, la mansión del Jefe Ejecutivo de la Asamblea de los Dioses, Señor del Espacio Aéreo, era donde éste daba las palabras, las órdenes para que se llevaran a cabo las misiones espaciales que debían realizarse para cumplir el proyecto de la explotación del planeta Tierra por los nefilims, era en Sippar donde tenía lugar la propia acción de despegue de las naves, donde se eleva Shamash, estando esta ciudad a cargo del Jefe de las Águilas, otro sobrenombre de este semidiós, siendo en ella igualmente donde se construían los cohetes espaciales de varios cuerpos, dentro de un recinto secreto especial que era sagrado.

Al estar preparado Shamash para ejercer el cargo supremo sobre los cohetes ígneos se le asignó, en su honor y recuerdo, la constelación Gir-Tab, *el que araña y corta*, como la nombraban los sumerios, que correspondía a la latina de Sagitario.

Este mismo nefilim, más tarde, por su equilibrio mental y su sensatez, llegó a ser el dios de la Justicia, y por ello se le perpetuó en el panteón sumerio con el grupo de estrellas que se conoció con el nombre de Zi-Ba-Anna, *destino celestial*, que en la mitología de las culturas mediterráneas corresponde a los platillos de la balanza, a

Libra.

"Completando la lista de las siete primeras ciudades de los dioses y la correspondencia con las doce constelaciones estaba Larak, a cuyo mando puso Enlil a su hijo Ninurta."

En honor a su hijo, al heredero legal que tuviera con su hermana Ninhursag, al más joven de los dioses que nacieran en los cielos, su hijo heroico que partió con red y rayos de luz a combatir en defensa de su padre, al hijo vengador que lanzaba centellas de sus manos, se le honró con la reunión de estrellas denominada por los sumerios como Pa-Bil-Sag, el gran protector, el defensor —y se puede adivinar fácilmente por qué—, que *"es el nombre con el cual fue llamada la constelación de Sagitario"*, el Arquero.

La hermanastra de Enlil y Enki, hija que tuvo Anu con una de sus concubinas, Ninhursag, *"la enfermera Sud"*, no fue olvidada en el reparto de estos honores.

Esta diosa fue principal en la historia del panteón sumerio a instancias del dios Enki y sus intrigas sucesorias. Como segundo hijo de Anu, éste no tenía derechos sucesorios, aunque él se empeñó en unas luchas fratricidas con su hermano Enlil, para quitarle ese derecho. Por eso decía de él mismo:

**"Mi padre, el rey del universo,
me sacó al universo...
Yo soy la fecunda simiente,
engendrada por el Gran Toro Indómito.
Yo soy el primer hijo nacido de Anu.
Yo soy el gran hermano de los dioses...
Yo soy quien nació primero
como primogénito del divino Anu."**

Pese a los rencores y los esfuerzos que hizo para suplantarse a Enlil, Enki se cansó de luchar por la fuerza en pro de lo que él creía

que eran sus derechos y decidió que carecía de todo sentido la contienda que mantenía con su hermano por el Trono Divino, pero no renunció a ello, aunque lo haría por otros medios más sutiles. Resolvió dirigir todos sus esfuerzos desde ese momento a hacer de su hijo —que aún no tenía— el sucesor de la tercera generación de dioses, antes que un hijo de Enlil lo consiguiera. Y por ello trató de llevar a cabo su plan con la ayuda de su hermanastra Ninhursag, la dama de la cumbre de la montaña, con la que trataba de tener un hijo. Era ella también una diosa bajada de los cielos y el fruto de su unión sería del más puro germen, tendría una mitad más pura su sangre que el de aquel que naciera de una mujer terrestre, hija de hombre. Con este motivo, Enki realizó un viaje a la ciudad de Dilmun, la ciudad donde vivía Ninhursag donde estaba sola, sin ninguna clase de compromiso con ningún varón dios u hombre, que vivía como una vieja solterona. Pero, sin duda, en los años de su juventud debió ostentar una gran belleza, aunque cuando envejeció se convirtió en un vieja matrona.

Los propósitos de la visita que hizo Enki a su hermanastra eran conyugales y cuando se hallaron los dos frente a frente el dios de los Peces se aproximó a ella, y su hermosura y aspecto hizo que su pene humedeciera su dique. De inmediato le informó que debieran unirse sexualmente en la soledad de su alcoba. Ya en plena cópula Enki vertió su semen en la vagina de Ninhursag. Ella recibió el semen en el útero, el semen de Enki. La diosa quedó de inmediato embarazada. Cuando transcurrieron los nueve meses siguientes, la mujer dio a luz en la orilla de las aguas, como correspondía a un hijo del dios de las Aguas Fluyentes, del Carnero de las Aguas Resplandecientes, el que había construido su propia mansión junto a las aguas del pantano. Pero la criatura fue una niña y, con ello, los esfuerzos y las ilusiones del desgraciado dios se esfumaron y sus propósitos echados a perder.

Ninhursag fue nombrada por Enki enfermera jefe y encargada de las atenciones médicas del centro médico de Shurupak y en esta función —porque también ostentó la ocupación de ser la mujer creadora del hombre según los procedimientos y las fórmulas que ideó Enki— la diosa fue llamada Nin-Ti, *Dama Vida*.

Si por todos estos hechos y méritos Ninhursag ya se había ganado sobradamente el honor de que se le otorgara con una constelación, tuvo el preeminente favor de ser la madre del primer hijo de Enlil, el vengador y defensor Ninurta.

Por todo ello, los dioses de la Morada Celestial, los que formaban la Asamblea, no se olvidaron de ella y le concedieron el

grupo de estrellas del firmamento sumerio llamado Ab-Sin, su padre fue Sin, y que los latinos denominaron Virgo.

Como se ha podido comprobar, esas formas celestes y sus nombres imaginarios fueron originarios de los sumerios que compusieron el Ul-He, *hato resplandeciente*, que no eran más que el conjunto de las doce constelaciones, que algunos milenios después los propios griegos bautizaron con el nombre del Zodíaco.

EL LADRÓN DE LA MÁGICA TABLA DE LOS DESTINOS

Ocurrió en los tiempos en los que aún no había tenido lugar en la tierra la creación del pueblo de cabeza negra, que es como los sumerios apodaban a la humanidad. Ocurrió cuando el dios Enlil, el primogénito de Anu, descendió sobre la Tierra y se instalara en su *Casa como una montaña*, llamada E-Kur.

Fue entonces cuando un dios perverso llamado Zu bajó de los cielos con, igualmente, perversas y protervas intenciones, dirigiéndose de inmediato a la sagrada morada del dios del Cielo y la Tierra, Enlil, donde fue bien recibido, propiciándole toda clase de agasajos, ya que era conocido en la Morada del Cielo por todos los dioses y él mismo era considerado como un extraordinario ser lleno de sabiduría. No en balde el nombre de Zu quería decir el sabio.

Cuando uno de los chambelanes del templo notificó a Enlil la presencia de Zu en E-Kur, el propio dios salió a su encuentro hasta los propios umbrales majestuosos de su morada terrenal para darle la bienvenida.

—Oh, Zu, sabio entre los sabios, guerrero entre los guerreros que más fieles me son, penetra en mi santuario y regálame con tus conocimientos y sabiduría —le recibió el jefe de todos los dioses de la Tierra—. Que las nuevas que traes contigo desde la Morada Celestial y privadamente de mi padre, el gran Padre de los Dioses, el rey de los dioses, Anu, alegren mi corazón y regocijen mis sentimientos.

El recién llegado, impuesto de cierto rango, se inclinó ante su superior, el poseedor de los divinos poderes y de los objetos que los representaba, y le contestó muy amable:

—Vengo en tu honor a ponerme a tu disposición, dispuesto a servirte y serte útil en la misión que estás desarrollando en la Tierra por orden del Gran Padre, el propio y magnífico Anu.

Enlil se sintió extremadamente satisfecho y, altanaramente, conociendo de su valía, rango y superior condición, se dirigió solemnemente hacia Zu y le dijo fastuosamente:

—Hazte, pues, cargo, soberano Zu, de mi seguridad; te confío la custodia de la entrada de mi sagrario.

Con lo que el recién llegado se sintió altamente dichoso por la distinción y por la confianza que había depositado en él la máxima autoridad en la Tierra; confianza que deseaba obtener con la mayor ansiedad posible que puede codiciar el más grande ambicioso de la Tierra como primer paso en la obtención de sus malvados propósitos que más tarde iba a desarrollar, porque el motivo de la visita y de su instalación en la corte del dios Enlil era la deposición de la jefatura de Enlil, que esto era lo que concebía en su corazón.

Zu no era más que un apodo, que no tenía un significado más allá de hombre sabio, pero en realidad ¿se puede decir quién fue Zu? ¿Qué dios tuvo motivos para querer robar al jefe de la Asamblea de los Dioses en la Tierra sus atributos y sus divinos poderes?

Parece ser que Zu era el sobrenombre que utilizó el propio Nanna-Sin, hijo de Enlil habido con su consorte Ninlil, fruto de la añagaza sufrida por el potente y poderoso Señor del Espacio Aéreo cuando, en pleno ataque de locura que le produjo su deseo por la doncella Sud, la dejó embarazada violentamente.

Nanna-Sin, el resplandeciente, como hijo primogénito y legal de Enlil, tenía derechos de sucesión al trono de su padre y ello hacía serle el dios que más estaba interesado en la desaparición de Ninurta, el hijo habido entre su padre y su hermanastra Ninhursag. Ello quizá es lo que le llevó a usurpar de su propio progenitor los poderes divinos e instaurarse él mismo como heredero universal y todopoderoso del mismo, tratando en su superva codicia de arrebatarle sus sagrados utensilios de dignidad divina que poseía como jefe de los dioses.

Vagaba nerviosamente Zu por los inmensos corredores del palacio de Enlil, construyendo dentro de su mente conspiradora los planes desleales para llevar a cabo sus infectos proyectos de usurpación divina y cumpliendo a la vez, para encubrir sus infieles pensamientos, con los deberes con que le había honrado su padre, cuando veía que los días iban pasando largamente sin que encontrara la ocasión de asestar el golpe definitivo que le elevara a la dignidad de dios de dioses. Caminaba nerviosamente e inquieto, como digo, farfullando entre dientes maldiciones contra sí y contra la dignidad divina que tanto odiaba, cuando contempló delante de sus propios ojos a la mejor y más agradable escena que esperara durante tanto tiempo para cumplir sus ansiados propósitos en una ocasión que se la presentaban en bandeja repujada en el mejor de los metales preciosos conocidos.

—De este momento no hay que pasar —se dijo malignamente—. Mejor oportunidad no voy a tener jamás para apoderarme de los divinos tesoros que conserva Enlil como signos de su gran dignidad.

Y es que para que Zu pudiera ostentar nada menos que la jefatura de los dioses de la Tierra debía poseer, robar a Enlil, antes que nada diversos objetos e insignias muy tipificados, incluyendo la mágica Tabla del Destino, que sólo el jefe de los dioses podía poseer y que, por supuesto, guardaba celosamente, portándolos en todo momento encima de él, resultando el más fervoroso cancerbero de este acervo de poder que le había sido concedido por su padre y por los demás dioses que formaban la Asamblea del Cielo, de la que Anu era su jefe supremo.

Por eso aquel amanecer ya caluroso y espeso en el que todo invitaba a refrescar su cuerpo con las aguas heladas y transparentes del estanque divino que guardaba la mansión E-Kur para que la higiene diaria resultase un verdadero placer para su amo y señor, atrajo a Enlil, que no pudo renunciar a la estupenda oportunidad de tomar el relajante baño matinal con el que, además de lavar su cuerpo, iba a mitigar el sofoco que le invadía completamente.

No se dio cuenta el poderoso dios que estaba siendo espiado por el malvado Zu, que, esbozando una sardónica sonrisa, esperaba verle despojado de sus vestimentas para pasar a realizar su diabólico plan.

Enlil, al borde de la piscina de mármol y metales nobles, desnudó su cuerpo y dejó sobre un banco labrado en ébano y recamado en oro sus atavíos e, insensata pero inocentemente, se introdujo en las tranquilas y frías aguas que, de inmediato, produjeron en todo él un estado de felicidad y gozo que agradeció a sus dioses lares.

En la entrada del santuario

que él había estado observando

Zu espera el amanecer del día.

Y cuando Enlil estaba lavándose con agua pura,

habiéndose despojado de su corona

y depositándola en el trono...

**Zu tomó en sus manos la Tablilla de los Destinos
y desposeyó a Enlil de su jefatura.**

Ante el asombro del hasta aquel momento jefe de los dioses de la Tierra, el abyecto Zu salió dando alaridos de gozo y satisfacción del santuario divino y corriendo hacia la gran explanada que se extendía en la parte posterior de E-Kur, donde tenía preparada desde hacía mucho tiempo su máquina voladora, su mu; se montó en ella y, portando escondidas dentro del pecho las divinas insignias que le otorgaban todos los poderes sobre los dioses de la Tierra, huyó a un lejano lugar, escondrijo fantástico y fabuloso que tanto tiempo estuvo esperándole.

En la Tierra algo había quedado cortado, todo había quedado en suspenso. Las consecuencias del osado robo que llevara a cabo el dios Zu comenzaron a ejercer sus efectos.

El padre Enlil quedó sin habla. Quedó desposeído como jefe de los dioses. Aquel atrevido acto del dios disidente y ambicioso hizo que el desequilibrio reinara sobre las leyes impuestas en la Tierra por los dioses del cielo.

**Quedaron en suspenso las Divinas Fórmulas,
la quietud se extendió por doquier;
prevaleció el silencio...
Desapareció el esplendor del Santuario...**

Los dioses del país se reunieron uno por uno ante las nuevas.

La Asamblea decidió:

—El acontecimiento acaecido es de tan grande y grave importancia que se debe informar de ello al propio Anu en la Morada Celestial.

Así se hizo en efecto y cuando el dios de dioses conoció tal y tan grande fechoría entró en un estado anormal de preocupación e

inmediatamente su divina y penetrante ira se apoderó de él, ordenando raudamente que se reuniesen, sin excusa ni pretexto alguno, en consejo extraordinario todos los dioses que componían la Morada Celestial. Ya ante él todos reunidos, les comunicó los graves sucesos ocurridos en la Tierra y la situación de indefensión y anormalidad en que había quedado aquélla.

—¿Qué vamos a hacer para recuperar los divinos poderes robados por Zu? —se preguntaron los dioses.

Y Anu, imponente y lleno de soberbia, expresó con voz ronca por la ira que le embargaba:

—Mi primer impulso es el de mandar el rayo destructor sobre el traidor y destruirle, arrojarlo al fuego purificador de semejante manera como se hace con el árbol viejo, seco y desnutrido...

Los otros dioses se asustaron por la reacción tan violenta que tuvo su jefe y opusieron tímidamente:

—Pero con ello puedes condenar a la propia Tierra, al mismo universo, a la desaparición eterna...

—... y derribar con tu arrebató, justo y divino, los planes que se hicieron por todos nosotros sobre la explotación del planeta en nuestro beneficio.

Anu recapacitó un momento, limpió su mente de todo afán de venganza y esta vez, lleno de una gran sensatez, dijo:

—Es cierto todo lo que me decís, pero es que el furor que me causa esta rebeldía ha nublado mi mente. Sin embargo, ahora que estoy más sereno, he de pensar en una acción más justa, que castigue al culpable y devuelva el resplandor, el poder y la preponderancia que teníamos en la Tierra antes del acaso desgraciado.

—... y los sagrados objetos que hurtó indignamente Zu.

Anu dijo:

—Examinaremos, pues, con cordura y sensatez, este asunto.

Después de un breve pero intenso consejo en el que cada uno de los asistentes analizó los beneficios o los perjuicios que podían ocasionar cada una de las acciones que se podían tomar contra Zu, el

ladrón, Anu mandó callar a todos y, cuando se hizo el silencio absoluto a su alrededor, dentro de la Morada Celestial, sentenció solemnemente:

—¡Qué Zu sea aprehendido por cualquiera de los procedimientos que vosotros estiméis más oportunos sin que las sagradas fórmulas sufran ninguna clase de deterioro ni degradación para ser restituidas inmaculadas e intactas con el fin de que puedan seguir ejerciendo sus divinas funciones en nuestra sociedad!

La Asamblea en pleno aceptó el encargo y se puso a trabajar intensamente. Antes que nada pensaron en alguien que tendría que ser el encargado de llevar a cabo cualquier plan que se urdiese contra Zu. Por eso Anu, dirigiéndose a los dioses, sus hijos, preguntó con intención:

—¿Quién entre todos los dioses quiere castigar a Zu? Su nombre será el más renombrado de todos.

El silencio se hizo de nuevo en el gran consejo de los dioses. Nadie osó hablar. Nadie osó mirar de frente a su padre, Anu. La cobardía y el temor estaban enraizados en sus almas.

El padre de los dioses pasó su mirada gélida sobre las cabezas de los presentes e irónicamente y llenando todo cuanto pudo sus palabras de desprecio les escupió más que les dijo:

—¿Nadie hay en este Cielo capaz de enfrentarse al más vil traidor, no existe el valor suficiente aquí, en esta Morada, para vengar la afrenta que se nos ha hecho...? —les miró nuevamente y acabó preguntando lleno de ira y asco—: ¿Dónde se encuentra el valor de esos hijos que tanto han alardeado de poderío, fuerza y valor? ¡Que se presenten ante mí! Son verdaderos cobardes, llenos de fanfarronería en los tiempos de bondad y honor, pero repletos de temor y dudas cuando las desgracias nos embargan!

Los dioses envilecidos por las duras palabras de su padre quedaron abatidos y apenas si tuvieron redaos para protestar débilmente.

Anu llamó al dios de la guerra y de la fuerza, conocido por su valor y su empuje, y le propuso como el elegido para llevar a cabo la acción, pero éste le contestó entre balbuceos y temblores:

—Nadie se puede oponer ahora, y en estas condiciones, a Zu.

—¿Por qué? —gritó la pregunta Anu.

El otro le repuso débil pero decididamente:

—Porque teniendo en su poder la mágica Tabla del Destino posee los mismos poderes que poseía Enlil...

—¿Y qué?

—... y *"quien se le oponga a él se convertirá en arcilla"*.

Todos quedaron mudos. Se miraban, asustados, los unos a los otros. Los ojos de Anu lanzaban a raudales manojos de rayos repletos de rabia e insatisfacción.

—Quiero hablar.

Se escucharon estas dos palabra escuetas entre la negra y sorda quietud que reinaba en el aposento precioso y noble que ocupaban los dioses. Todos giraron sus rostros hacia aquel que había hablado.

—Es Enki.

—Es Ea.

No era divergencia entre ellos, eran dos nombres para un mismo dios.

Anu observó cómo su segundo hijo se dirigía hacia él, hacia el trono que ocupaba con gran dignidad y, cuando llegó frente a él, le preguntó:

—¿Qué has de decir?

—He tenido una buena idea para resolver el tremendo problema que te impide... —y seguidamente rectificó—: nos impide actuar

Anu le apremió:

—¡Dila!

Enki, el astuto, solemnemente habló ante el consejo:

—*¿Por qué no recurrir a Ninurta para que asuma el desesperado combate?*

—¿Y por qué él? —preguntó su padre inquisitivamente.

Enki sibilinamente endulzó sus palabras diciendo:

—Él es el héroe, el que partió con red y rayos de luz a defender a su padre, el vengador, el que puede lanzar centellas que salen de sus manos, el más combativo y guerrero, el cazador poderoso, el que no conoce el miedo...

—Pero puede morir, puede que Zu lo convierta en piedra..

Enki repuso con intención y seguridad:

—Su propia mujer, Ba-U, es enfermera, médico, es la única dama que vuelve a los muertos a la vida. Con ella Ninurta se encuentra a salvo.

Pero el artero Enki no creía en sus propias palabras, sus propósitos eran otros: precisamente el conseguir la herencia de Anu por la eliminación de los hijos de Enlil, que tenían más derechos de sucesión que los suyos propios.

Todos los dioses congregados se dieron inmediatamente cuenta del ardid que estaba tramando Enki y le reconocieron como muy ingenioso. El segundo hijo de Anu había maquinado que la lucha se llevase a cabo entre Zu y Ninurta, segundo y primer hijos de Enlil, con lo cual si Zu era vencido las posibilidades de sucesión de sus hijos al trono de los dioses crecía considerablemente y si era Ninurta el que era derrotado y muerto igualmente podía beneficiarse con la estrategia.

Cuando todos los presentes estaban esperando la contestación a la proposición de Enki sin atreverse ninguno a dar su opinión particular, se adelantó hasta el estrado de Anu la gran dama Ninhursag, la madre de Ninurta, y ante el asombro de todos los dioses expresó llena de orgullo:

—Mi hijo será el vengador. ¡Yo hablo por él!

Todos volvieron sus rostros hacia el aludido, pero en seguida lo retornaron hacia la diosa, que con voz metálica y atronadora reclamó:

—¡Ninurta!

—Señora... —repuso con humildad el hijo.

—¡Ven junto a mí! He de hablarte.

El valiente dios del rayo de luz y la centella en la mano se acercó a su madre y le preguntó:

—¿Qué quieres de mí?

—Convencerte de que seas nuestro paladín, convencerte de que la palabra que yo he empeñado en tu nombre ante esta asamblea es la justa y la que debes seguir —expresó seria y calmadamente la Dama de la Cumbre de la Montaña.

El joven dios, último de los nacidos en el cielo, acató con humildad y lleno de orgullo las palabras de su madre, que, no obstante, explicó:

—El oprobio que ha echado Zu sobre todos nosotros de rebote no sólo ha humillado profundamente a Enlil, tu padre, sino que te ha ofendido a ti directamente, puesto que también a ti te ha desposeído de tu jefatura, Ninurta.

Como viera que su hijo no decía nada y que tal vez retirara el propósito de venganza que ella mismo había urdido contra Zu, añadió tiznando sus palabras con la amargura del desengaño y el dramatismo espectacular sumerio propio de los humanos, sus esclavos, diciendo:

—Con gritos de dolor lo parí, y fue ella quien aseguró para mi hermano y para Anu la continuada realeza del cielo.

Ninurta quedó ante Ninhursag hierático, firme, decidido a cumplir la voluntad de su madre, quien le espoleó nuevamente a pesar de ello diciéndole:

—¡Y para que mis dolores no hayan sido vanos yo, Ninhursag, te instó a ti, Ninurta, para que partas hacia el combate y para que luches sin descanso hasta vencer!

Lanza tu ofensiva... captura al fugitivo Zu...

Que tu terrorífica ofensiva se encarnice contra él...

¡Corta su cuello! ¡Vence a Zu!...

Haz que tus siete funestos vientos se abatan sobre él...

Haz que el entero torbellino lo ataque...

Que tu radiación se aseste sobre él...

Que tus vientos lleven sus alas a un lugar secreto...

Que la soberanía retorne a Ekur.

Que sean devueltas las Divinas Fórmulas

al padre que te engendró...

Una vez convencido por su madre Ninurta, se dispuso al combate. Iba a luchar con el poderoso Zu que disponía, como se ha insinuado ya, de una astronave con la que huyó a su escondrijo en un lugar lejano, en el cual guardaba con verdadero celo los sagrados y divinos emblemas que le concedían la jefatura sobre los dioses de la Tierra. Pero hay que valorar igualmente que el hijo de Enlil y su hermanastra, el inefable, todopoderoso, joven dios y valeroso guerrero, poseía unos poderes muy especiales, semejantes y definitivos, que le igualaban con su oponente bélico, a quien tenía que aniquilar y destruir.

"También Ninurta podía volar, tan hábilmente como Zu (y quizá mejor). Pero volaba con la ayuda de una extraordinaria ave, que se guardaba en su sagrado recinto (el Gir-Su) de la ciudad de Lagash."

El héroe sumerio, último de los dioses nacidos en el cielo, que ni siquiera era un nefilim, se acercó a la estancia secreta e inviolable donde se guardaba su nave espacial y ordenó a sus sirvientes que la dispusieran para partir en misión de guerra con destino desconocido. Los lacayos obedecieron puntualmente sus deseos y se dirigieron entre ellos algunas miradas incrédulas, que correspondían fielmente con el concepto que tenían de la desdichada aventura que iba a emprender su amo y señor.

—Zu es un ave y jamás podrá el heroico hijo de Enlil apoderarse de él, porque su vuelo es más natural y su maniobrabilidad en el espacio espontánea y legítima —se decían los unos a los otros de una manera escéptica.

Ninurta, pleno de rabia y orgullo, impregnó sus palabras de intensa soberbia y desprecio, y dijo a sus servidores:

—¿Por qué habláis con palabras llenas de zafiedad e ignorancia? —y seguidamente rió lleno de una amargura doliente y despectiva—: No en balde sois seres nacidos en la hediondez de la Tierra y vuestros conocimientos son débiles, hirsutos y secos como lo son los haces de sarmientos de la vid preparados para el fuego que caliente la noche invernal. ¿No sabéis, inmundos humanos, que el dios Zu es un ser como yo mismo y que carece del poder de convertirse en ave alguna, enorme o chica, fuerte o débil, incapaz de esquivar mis embates de furor y el poder destructivo de mis armas centelleantes?

Los lacayos quedaron mudos y humildemente acataron el poder y las ofensivas palabras de su amo y señor, al que honraban mucho más de lo que daban a entender. Y poco a poco se fueron retirando de su presencia. Al ver su actitud, el joven dios les recriminó a grandes voces:

—¿Adonde vais cabizbajos y mohínos?

Ellos indicaron con sus gestos que se dirigían casi penitencialmente a esconderse de sus iras y sus furores divinos.

Ninurta les gritó:

—¡Deteneos! ¡Volved a este sagrado recinto!

Los servidores le obedecieron y rodearon la nave aérea.

El dios les ordenó:

—¡Encended, antes de vuestra huida, el cohete ígneo! Si no, cómo podré lanzarme al espacio abierto en busca del gran rebelde, del gran traidor.

Los especialistas se movieron con rapidez alrededor del ave de Ninurta, mientras que él, trepando a la misma, se instaló en ella, no sin antes haber encajado en su cabeza un tocado especial que poseía unos pequeños objetos abultados que coincidían con sus orejas y cruzado sobre su pecho las dos bandas paralelas que se remataban en sus espaldas sosteniendo un estuche de forma rectangular, muy pesado, por lo cual descansaba sobre dos mullidas y anchas hombreras. Luego Ninurta tomó el manguito que sobresalía del citado estuche y lo conectó "a su base por una abrazadera circular".

El fuego inundó el lugar y el *dingir* —llameante cohete— dirigido por un puro, un dios, inició su ascensión y cruzó el cielo como una exhalación en busca del rebelde Zu, que había robado los poderes de

Enlil.

Desde tales aves tuvo lugar el combate entre los dos dioses.

Ninurta disparó repetidas veces innumerables flechas contra Zu, pero éste, protegido por la Tabla del Destino, las rechazó, no logrando nunca alcanzar su diana.

"... las flechas no pudieron aproximarse al cuerpo de Zu... pues llevaba la Tabla de los Destinos de los dioses en su mano."

Las armas que arrojaba Ninurta sobre Zu se desplomaban a mitad de su recorrido sin alcanzar ni remotamente su destino destructor, de modo que el combate se prolongaba indefinidamente sin ningún resultado. Tan inconcluso era este combate que los ánimos de Ninurta estaban decayendo. Por eso, tuvieron que intervenir en el pleito las ideas siempre sugerentes del dios Enki, que aconsejó al joven vengador con las siguientes palabras:

—Añade a tus armas un *tal-lum*. Con ello tu ofensiva será más digna y efectiva —y agregó con el interés que posee alguien de que se consume un plan que ha de beneficiarle—: Dirige certeramente tus disparos a los piñones, a las ruedecillas dentadas que conforman las alas de Zu.

Ninurta le escuchó con atención, valoró su oferta e inmediatamente la aceptó y dirigió su cohete ígneo hacia el recinto sagrado y secreto que se guardaba en Lagash.

—¡Servidores, a mí! —gritó aún encima de su astronave.

La legión de lacayos y especialistas se acercó al vehículo aéreo y lo observó expectante. Ninurta descendió al suelo negro de granito duro e infusible y, dirigiéndose al capataz de todo el personal, le indicó breve y enérgicamente:

—¡Sígueme!

—¿Adonde vamos, señor? —preguntó.

La mirada que le echó el joven y guerrero dios casi lo fulminó, pero, a pesar de ello, le contestó lacónicamente:

—¡Al almacén de los *tíl*!

El capataz osó preguntar:

—¿Es que acaso, mi señor, el combate va tan mal que has de usar del misil?

Los *til* eran los grandes proyectiles autopropulsados y dirigidos de que disponían los dioses sumerios para sus luchas y combates.

—¡Cierra tu boca y tu entendimiento, calla y ven tras de mí!

El otro asintió con un gesto de cabeza y siguió corriendo tras Ninurta que, dando grandes zancadas, alcanzaba las puertas herméticas y selladas del depósito de misiles de gran alcance.

Ninurta lanzó su centella desde sus manos sobre el muro metálico que formaban las puertas y éstas se abrieron dejándole pasar a él y a su servidor. Luego volvióse hacia el capataz e, indicándole la pila de *tills* que allí se almacenaban, ordenole que tomara al personal necesario y que cargaran en su cohete ígneo todos los proyectiles que en él cupieran.

En el sagrado recinto se hizo la actividad. Unos y otros caminaban de un lado a otro, entrando y saliendo del hermético almacén de misiles con gran ajetreo y diligencia. Transportaban los *tills* necesarios hacia la astronave con el cuidado y la especialización que aquella función requería. Cuando todo estuvo listo, el capataz requirió a Ninurta para que se instalase de nuevo, con todo su equipo sobre su cuerpo, sobre el vehículo aéreo y que ascendiese al cielo cuando deseara, lo que fue de inmediato, ya que el joven dios guerrero y vengador partió seguidamente hacia su destino, en medio de una aterradora nube de humo y fuego que quedó tras su estela.

Ninurta buscó en el espacio abierto del universo el ave de Zu y decididamente se dirigió hacia ella y antes de lanzar sus proyectiles mortíferos gritó:

"¡Ala a ala!"

Los misiles salieron como una exhalación de los bajos de su *dirigir*, cohete llameante, que, dando *"en el objetivo, los piñones comenzaron a desmembrarse, y las alas de Zu cayeron en un remolino"* sobre la Tierra.

Zu fue vencido y las Tablas del Destino, recuperadas por el héroe Ninurta, volvieron al poder de Enlil.

Por esta hazaña Ninurta, el Señor que completa la fundación, su nombre, fue el más renombrado de todos los dioses.

Zu —Nanna Zu— no fue castigado con la muerte, sino con el exilio. Por su rebeldía y su subsiguiente acción contra el jefe de los dioses de la Tierra, su ciudad, la resplandeciente ciudad-estado Ur, fue destruida a causa de la cólera de Enlil y su padre Anu. También fue destruido su templo —E-Gish-Nu-Ghal—, llamado por sus agradecidos subditos *Casa de la simiente del trono*, de la que se decía era "*un gran lugar lleno de abundancia*", un lugar repleto del pan de las ofrendas, donde las ovejas se multiplicaban y los bueyes eran sacrificados, un lugar de dulce música donde sonaban el tambor y la pandereta. Todo fue destruido. Y Nin-Gal, consorte de Nanna Zu, le acompañó en su destierro.

"En los graneros de Nanna no había ya grano.

**Las comidas del atardecer de los dioses se habían
suprimido;**

**en los grandes comedores, el vino y la miel se
acabaron...**

Las barcas de las ofrendas no portaban ya...

No traían la ofrenda del alimento a Enlil a Nippur.

**El río está vacío, ninguna embarcación se mueve
en él...,**

**ningún pie se pasea por sus orillas; grandes hierbas
crecen allí."**

Y Nanna Zu fue enviado al destierro.

**"Nanna, que amaba a su ciudad,
partió de la ciudad.**

**Sin, que amaba a Ur,
no permaneció más en su casa.**

**Ningal...,
huyendo de su ciudad a través de territorio enemigo,
se puso apresuradamente una vestidura
y partió de su casa."**

Para Nanna Zu este castigo le resultó mucho más penoso que la muerte misma, porque supuso la pérdida de su amadísima ciudad, el favor de su benevolente pueblo que cariñosamente le llamaba "Padre Nanna", pero la justicia de los dioses había sido recta y adecuada: su sanción había estado justificada por la calidad de su crimen de usurpación.

EL DRAMA DE AMOR DEL HOMBRE QUE QUISO SER ETERNO

En la ciudad de Uruk, cuando todavía la escritura no se había convertido en letras y comprendía unos trescientos signos de sílabas que había que aprender de memoria; cuando todavía los demonios campaban a sus anchas en las noches oscuras entre las estrechas y tortuosas calles, donde por otra parte durante el día se concentraba un ruidoso gentío por mor de sus actividades comerciales, resultaba espeluznante para sus moradores atravesarlas solos o en unión de otros paisanos, arriesgándose a hallar en ese laberinto de vías que serpenteaban, se cruzaban entre sí, bifurcábanse sin ningún sentido, a encontrarse con algún espectro o trasgo diabólico que endemoniara agitadamente su existencia.

Era la época en la que los dioses y diosas superiores no se podían acomodar a la estrechez en que vivían los humanos y requerían en el centro de ese batiburrillo de casuchas y caserones, callejones estrechos que más parecían canales reseco que se podían tocar con ambas manos sus márgenes extendiendo simplemente los brazos, el espacio suficiente para contener no solamente el templo sino el gran patio en el centro del cual se alzaba el zigurat, torre del mismo. Estos monumentos religioso-astronómicos solían tener siete pisos, cada uno de los cuales guardaba una relación particular con uno de los siete planetas. La planta más baja era negra y estaba dedicada al dios Ninurta (Saturno); la segunda era blanca como era la diosa Istar (Venus); la tercera estaba pintada de color púrpura, ya que estaba consagrada al dios Marduk (Júpiter); la planta cuarta, que era azul, era la de Nabu (Mercurio); la de Nergal (Marte), la quinta, era de color carmesí; la sexta era completamente plateada, como lo era Sin, la Luna, y la última y séptima era de oro, consagrada al dios Shamash (Sol). Además estos pisos, contando desde el más alto al más bajo, correspondían a los días de la semana.

Pues bien, pasados los siglos, hace cuatro mil años, un excepcional rey, que fue el que se encargó de imponer el patriarcado en su territorio desterrando implacablemente el matriarcado del mismo y teniendo para ello que luchar enconadamente contra la esencia femenina que hasta entonces era la que había gobernado siempre, aunque fuera valiéndose de subterfugios, en aquel imperio de la antigüedad.

El nombrado rey de Uruk llamado Gilgamés fue un personaje asombroso. *"Un tercio es hombre en Gilgamés, dos tercios son dios."* De él decían sus contemporáneos que *"era sabio, veía misterios, conocía cosas secretas"*.

—¡Ahí va el bondadoso, el perfecto, el elegido de los dioses! — exclamaba la gente del pueblo cuando lo veían cruzar, magnífico, la plaza de la ciudad y entrar en el templo para presidir los ritos religiosos y esotéricos en honor de los dioses crueles y cruentos a los que él sometía su voluntad.

Los ciudadanos lo contemplaban llenos de asombro y temor y se decían, al admirar su cuerpo, que su hermosura y la plenitud de su fuerza no tenían par.

El poderoso, augusto y sabio rey Gilgamés era un soberano ambicioso y cruel que hacía trabajar sin tregua, inhumanamente, *"a los jóvenes y a los ancianos, a los poderosos y a los pobres"*, para *"hacer resplandecer la magnificencia de Uruk ante todas las ciudades de los países"*. Gracias a su relación directa con los dioses se le *"reveló la profundidad abismal de la sabiduría"* y las cosas secretas y esotéricas de las inflexibles deidades.

El rey de Uruk, con ese afán obsesivo de que su ciudad fuese única en el concierto del mundo antiguo, esclavizaba a sus subditos en todos los órdenes de su existencia, porque creía lograr ese fin prohibiendo que *"la querida se uniese con su amante, la hija de un poderoso con su héroe"*. De este modo, su atormentado pueblo vivía un estado de tiranía tal que difícilmente podía sobrellevar sin ninguna clase de ayuda. Estaban orgullosos de su rey y de su obra, pero los sacrificios a los que estaban sometidos les conducían a un estado de resignación solamente soportado por el agudo miedo que guardaban dentro de sus corazones y que sobrevolaba amenazador sobre sus cabezas. Así, pues, tenían que aguantar la situación con harta paciencia, quedándoles solamente el consuelo que obtenían confiándoles sus penalidades a los dioses.

Ellos se reunieron en consejo y, presididos por Marduk, contemplaron la conducta que tenía el rey con sus subditos y se apiadaron de éstos, decidiendo protegerlos y defenderlos de la crueldad y despotismo de Gilgamés. Dirigiéndose a la diosa-madre presente, le encomendaron:

—Modela en barro la figura de un héroe de la categoría de Gilgamés.

La deidad obedeció.

"Prepararé un baño purificante.

Sea un dios sangrado...

Que de su carne y su sangre,

mezcle Ninti la arcilla."

La diosa-madre, Ninhursag, Nin-Ti, la Dama-Vida, *"mezcló arcilla con la esencia del dios Ninurta"*, que era su propio hijo, y más tarde le concedió la poderosa fuerza del dios Enkidu, ya que imbuyó en el nuevo ser la esencia de Anu, un elemento que adquirió de Ninurta, el nieto de Anu.

"En la arcilla dios y hombre serán unidos,

juntados en una unidad,

de manera que hasta el fin de los días

la Carne y el Espíritu

que en un dios han sazonado.

Ese Espíritu en un parentesco de sangre se una;

por su signo la vida se proclamará.

Y para que esto no sea olvidado,

que el Espíritu se una en un parentesco de sangre."

Cuando la diosa-madre ya tuvo terminada la escultura del nuevo titán, preguntó al consejo de los dioses:

—Aquí le tenéis. ¿Qué hay que hacer con él?

—Darle vida.

Y se la dieron.

—¿Y cómo se ha de llamar?

—Enkidu —repusieron.

Entonces todos los dioses quisieron contemplar al nuevo ser que creara la diosa. Cercaron con sus cabezas el obrador de Ninhursag, aséptico y lleno de alburas por todas las partes, y al verlo ante sus ojos una exclamación de entre admiración y pasmo surgió de las gargantas de todos los presentes.

**"Con hirsuto pelo en todo su cuerpo,
y con una cabellera como una mujer..."**

Pese a la impresión, los dioses recomendaron a la diosa-madre:

—Envíalo a la tierra y que sirva para domar las fuerzas de Gilgamés y que cambie el rumbo de sus malas intenciones tan ambiciosas.

De nuevo obedeció la diosa y Enkidu fue transportado, por su poder, a la tierra y en ella se instaló en la estepa, viviendo una vida de pastoreo y de la naturaleza, *"donde pastaba con las gacelas, se abrevaba con las vacas y se regocijaba con el bullicio del agua "*.

"No conoce ni pueblo ni país.

Cubierto está como uno de los verdes campos.

Con las gacelas pasta en la hierba;

con las bestias salvajes se da empellones

en la aguada;

con las abundantes criaturas en el agua

su corazón se deleita."

Enkidu vivía su placentera vida al lado de sus animales y de sus plantas, pero el pueblo no había rogado a los dioses sus favores para que el paladín que les enviara a mitigar sus penas viviese su vida placenteramente al margen de sus penalidades y ellos siguiesen en idéntico estado de malestar.

Un cazador, harto ya de soportar las crueldades de Gilgamés, se adentró en la estepa donde vivía Enkidu con el fin de atraparle y obligarle a cumplir con su misión. Pero el héroe era naturalmente más hábil que él y se le escapó, lo que le hizo fracasar en el intento. Entonces el hombre, para remediar su falta de destreza, se dirigió al palacio de Gilgamés y le pidió ayuda. Éste se la prometió y para ello se dirigió al templo de la diosa del amor, Istar, y de entre sus sacerdotisas escogió a la más hermosa de ellas, la llevó ante el cazador y, entregándosela, le dijo:

—¡Llévala a él! Que se quite el vestido cuando él se acerque con los animales al abrevadero... Así se alejará de los animales.

El cazador y la bella mujer se fueron al abrevadero y allí se quedaron esperando la llegada del héroe de los dioses.

—¡Ahí llega! —dijo el cazador a su acompañante al ver la figura hermosa de Enkidu que se acercaba a ellos.

El protegido de los dioses se aproximaba al aguadero felizmente rodeado de sus amigos los animales, que poblaban la estepa. En ese momento el cazador repitió a la sacerdotisa escogida por su belleza:

—Ahí viene mujer. Desata la tira de tu pecho, descubre tus encantos para que goce de tu hermosura. No vaciles, responde a su goce. Cuando te vea, vendrá a ti. Despierta su deseo, atráelo a la red de la mujer. Abandonará a los animales... No se separará de ti.

La tentación dio resultado. Enkidu abandonó los animales, la estepa, el cielo y la tierra, por la hermosa mujer y gozó largamente de sus encantos. Estuvo con la mujer durante seis días y siete noches, porque pasado este tiempo se cansó de ella, le aburría su belleza y sus atractivos por conocidos y, sin pensarlo más, volvió con sus animales y a su vida bucólica. Pero las cosas para él ya habían cambiado definitivamente, seguramente porque los dioses decidieron que la hora de cumplir su misión había llegado, porque cuando se acercó a las bestias que le acompañaban en la gándara le tenían miedo y huían de él como si se tratara de su peor enemigo.

Enkidu, por esa actitud, se sintió primero sorprendido, pero luego se dijo que las cosas volverían a su cauce, pero pasó el tiempo y no ocurrió del modo que esperaba, por lo que el héroe comenzó a sentirse desgraciado en su soledad.

Este momento de flaqueza lo aprovechó la hermosa mujer que lo tuviera en su lecho para acercarse a él y proponerle ladinamente:

—Enkidu, tú eres hermoso, eres como un dios. ¿Por qué quieres correr por los campos con los animales? Ven conmigo a Uruk, a la ciudad rodeada de murallas. Ven al templo sagrado... a la resplandeciente morada de Gilgamés, el héroe primoroso. Él es poderoso y su fuerza es como la de un toro salvaje. No hallarás igual en el pueblo.

El protegido de los dioses se rindió ante las artimañas de la sacerdotisa de la diosa del amor, Istar, y se dejó llevar por la voluntad de los dioses que, en realidad, lo habían creado para que cumpliera la misión que él mismo declaraba con sus pretenciosas, justas y sentenciosas palabras.

Enkidu tomó a la hermosa mujer, la atrajo hacia sí y, mirándola profundamente, le dijo con firmeza:

—"Ven, mujer, llévame..." Retaré a Gilgamés a la lucha, "con voz de trueno llamaré al poderoso, en medio de Uruk proclamaré" para que lo escuchen todos sus ciudadanos: Yo soy poderoso. Allí voy y cambiaré el destino de la gran ciudad, porque los dioses así lo han deseado.

Y Enkidu fue en busca de su adversario Gilgamés con el fin de destruirlo y acabar con su ambición. Se dirigió a su palacio y se encontró con que el rey de Uruk le estaba aguardando a sus puertas. Entrambos se vieron tan semejantes, tan parecidos en hermosura y fortaleza que, lejos de enfrentarse en titánica batalla para aniquilarse mutuamente, se admiraron recíprocamente y de inmediato trabaron una amistad sólida y sincera que había de durar en ellos hasta la consumación de sus días.

De este modo el plan concebido por los dioses fracasó estrepitosamente, ya que ambos héroes supieron evitar las trampas que les pusieron en su camino, no permitiéndose el sucumbir ni el arrebatarse por los encantos femeninos de la bella enviada de los dioses para que los sedujeran. La unión de estos dos hombres supuso el triunfo de la masculinidad sobre la feminidad en el más antiguo

tiempo en que todo, de una manera subrepticia, estaba ordenado y manipulado por la mujer. Desde este momento los dos héroes mitológicos caminarían juntos en la aventura de sus vidas y serían fieles a su amistad y a sus planes, luchando incluso contra el intrusismo de la propia diosa del amor, Istar, que pretendió con sus mañas amorosas el separarlos definitivamente.

Gilgamés y Enkidu, tras haber gozado de su amistad y de su compañía, sintiéndose poderosos frente a los genios del universo, hicieron planes para enfrentarse en cruenta lucha contra el Mal personificado por el gigante Chumbamba, que habitaba en el gran bosque de cedros que se extendía más allá de las montañas.

—Recoge y vela tus armas —dijo Gilgamés al amigo—, pues al amanecer saldremos en busca del gigante que arruina nuestra ciudad con sus mañas.

—Lo mataremos...

—Lo venceremos y lo desterraremos de nuestra ciudad, de nuestro pueblo.

—Que la bondad reine en Uruk y en sus habitantes —sentenció Enkidu.

Caminaron muchas jornadas los dos héroes cargando sus armas y sus escudos sobre sus musculosas espaldas. Cuando llegaron a la morada del gigante, desde el umbral de la misma le gritaron:

—¡Chumbamba, escucha nuestra voz!

—¡Soy yo Enkidu el que te reta en duelo...!

—¡Y yo Gilgamés, rey de Uruk, que estoy ansioso por verte y humillarte!

El gigante debió escuchar la provocación de los dos héroes, porque de inmediato se oyó retumbar la tierra con el sonido sordo de sus pesados pasos y apareció ante ellos, enorme, horrible, infectado su cuerpo con pústulas lacerantes, luciendo unos retorcidos cuernos cabríos en su frente, con ojos rojos como el fuego y manejando con su peluda mano un maza más gruesa que el tronco de un milenario olivo de extensa copa.

Enkidu y Gilgamés, al verle, apenas se inmutaron y, unidos los dos, usaron de sus estratagemas, de sus fuerzas y del poder especial

que les concedió el Bien, personificado por Marduk, el ordenador del mundo; se metieron en encarnizada lucha contra Chumbamba hasta que consiguieron vencerlo.

Gilgamés, como hijo de padre mortal que era, estaba sometido a la flaqueza e ignominia de la muerte, pero como tenía por madre a una diosa pensó que él podría tratar de evadirse de aquella insuficiencia que era el simple sino de los mortales.

Un atardecer vio caer del cielo y cerca de su palacio un "artefacto ígneo" con gran estrépito y este hecho le incitó más a perseverar en sus deseos de obtener la eternidad para él, puesto que el insólito y maravilloso hecho lo consideró más como una invitación que le hacía el propio Anu para que visitara la Morada Celestial que como un acontecimiento fortuito. De esa manera se lo cuenta a su madre, la diosa Nin-Sun.

"Madre mía,

durante la noche me sentí gozoso

y anduve aquí y allá entre mis nobles.

Las estrellas se congregaron en los cielos.

El artefacto de Anu descendió hacia mí.

Traté de alzarlo; era demasiado pesado.

¡Intenté moverlo, mas no pude!

El pueblo de Uruk se agrupó en su derredor,

mientras los nobles besaban sus piernas.

Al inclinar mi frente, ellos me prestaron apoyo.

Yo lo levanté y te lo traje a ti."

Su madre también le alentó en su arriesgada aventura, por lo que tomó la resolución firme de hacer un lejano viaje que le llevara a la Morada de los Dioses. Lo proyectó junto a su camarada Enkidu. *"Su meta era el País de Tilmun, pues allí podía elevar un shem por sí*

mismo."

"El príncipe Gilgamesh

resolvió ir al País de Tilmun.

Y dijo a su compañero Enkidu:

"Oh Enkidu...

quisiera entrar en el País y erigir mi shem

en los lugares donde fueron alzados los shems.

Allí quisiera alzar mi shem."

El shem era una nave espacial, el vehículo aéreo que usaban los dioses para alcanzar su Morada que se hallaba fuera de la Tierra.

Todos los nobles de su alrededor trataron de disuadirle de que realizara este viaje tan comprometido. Tanto los ancianos de Uruk como los dioses a quienes había consultado Gilgamés, al ver que no podían apartarlo de su empeño, le aconsejaron que lo primero que tenía que hacer, antes de lanzarse a la aventura siniestra, era pedir el consentimiento y la asistencia del dios Utu-Shamash.

Los ancianos le previnieron y le recalcaron:

—Si quieres entrar en el País informa a Utu.

El joven rey de Uruk, tozuda y contumazmente, aludía a la invitación que le había hecho Anu y decía que con eso ya tenía suficiente para embarcarse en aquella tremenda andanza.

Pero aquellos nobles le seguían diciendo machaconamente:

—Pide la autorización al dios, "pues el país está al cargo de Utu".

En efecto, Gilgamés, cansado y aburrido de los consejos de sus mentores, acabó por solicitar el permiso de Shamash para penetrar en el país de Tilmun, que significa literalmente país de misiles.

**"Déjame entrar en el País,
déjame levantar mi *shem*
en los lugares donde se levantan los shems;
déjame levantar el mío...,
llévame al lugar de aterrizaje...
¡Colócame bajo tu protección!"**

El dios se compadeció de él y le permitió entrar en el lugar de aterrizaje, una "zona acotada", custodiada por terribles y acerbos guardas armados. Llegó allí acompañado de su amigo Enkidu; arribaron cansados y con mucho sueño y decidieron, antes de adentrarse en la zona restringida y sagrada, descansar toda la noche. Escasamente habían conciliado el sueño cuando algo les sobresaltó y les despertó. Gilgamés se dirigió a su amigo y le preguntó lleno de intriga:

*—¿Me despertaste tú? ¿O es que estoy despierto? —y añadió—:
Estaba siendo testigo de un hecho tan extraordinario, tan pavoroso,
que ignoro si lo he vivido en sueños o en la realidad.*

Y dijo a Enkidu:

**"En mi sueño, amigo mío, el elevado suelo se
vino abajo,
me derribó, me atrapó los pies...
¡El fulgor era irresistible!
Un hombre apareció,
era el más bello del país.
Su gracia...
me sacó de debajo de la tierra caída,**

me dio agua de beber; mi corazón se calmó."

Preocupado y nervioso, Gilgamés se volvió a dormir, pero de nuevo, casi inmediatamente, un susto *"en medio de la vela acabó su sueño"*. *"Se incorporó"* de nuevo, *"diciendo a su amigo"*:

"Amigo mío, ¿me llamaste?

¿Por qué estoy despierto?

¿No me tocaste tú?

¿Por qué estoy sobresaltado?

¿No pasó por aquí algún dios?

¿Por qué está mi carne entumecida?

Una vez más se adormeció Gilgamés, pero por tercera vez le ocurrió idéntica cosa. En esta ocasión narró minuciosamente el héroe a su amigo el espanto de la pesadilla:

"¡La visión que tuve fue de lo más espantosa!

Los cielos clamorearon, la tierra dio un estampido;

se apagó la luz del día, se hizo la oscuridad.

Fulguraron relámpagos, subió una llamarada.

¡Las nubes se inflaron, llovió muerte!

Luego desapareció el fulgor, se apagó el fuego.

Y todo lo que había caído se convirtió en cenizas."

Horrorizado por lo que había visto, pero cada vez más convencido de que podía alcanzar con fortuna su destino, Gilgamés

volvió a suplicar a Shamash su ayuda para realizar su viaje. Tuvo que vencer para llegar hasta la montaña de Mashu, donde se podía ver al dios elevándose a la bóveda del cielo, a un "monstruoso guardián". Una vez en ella, vio que en su falda se abría una entrada guardada por feroces soldados, tan terribles eran que...

"El terror que inspiran es espantoso.

Su mirada es mortal.

Su rielante foco barre las montañas.

Velan a Shamash

cuando él asciende y desciende."

Cuando el rey de Uruk expuso a los guardianes el propósito de su viaje, su origen semidivino y el hecho de que se hallaba en posesión del consentimiento de Shamash para ejecutarlo, aquellos le permitieron entrar. Cuando penetró en el recinto sagrado comprendió el valor de sus sueños. Al fin, iniciaba su viaje a lejanas tierras y en el mismo *"Gilgamés se encontró en la más completa oscuridad"*. Y gritó:

—¡No veo nada ni delante ni detrás!

Siguió navegando durante varios beru, periodos de tiempo que corresponden al camino recorrido durante dos horas sucesivamente, pero la oscuridad todavía le envolvía. Solamente se hizo la claridad cuando anduvo doce beru.

Después de haber triunfado volvieron los dos héroes a Uruk, al palacio de Gilgamés; éste se dedicó a celebrar el ritual del lavado de sus armas, a cambiarse de vestidos y a engalanarse para celebrar su victoria acudiendo al templo. Ocurrió que en su camino fue visto por la diosa del Amor, que fue inmediatamente invadida por la fuerza de su deseo.

Istar se fue al encuentro de Gilgamés completamente seducida, quizá seducida por la fuerza divina del dios de dioses Marduk, deseando someter al hermoso rey a idéntica prueba a que sometiera a Enkidu, y mirándole a los ojos envolviólo en su deseo y se le ofreció con estas palabras:

—Ven, Gilgamés, sé mi querido. Obséquiame con tu semen; oh, obséquiame con él. ¡Sé mi esposo, que sea yo tu mujer! Mandaré enganchar los caballos ante el carro de lapislázuli y oro... ¡Entra en mi casa bajo la fragancia del cedro...!

Pero Gilgamés era inmune a las tentaciones de la diosa, fortalecido interiormente por la amistad de Enkidu, y no le hizo caso. Entonces Istar trató de engañarlo ofreciéndole el premio supremo que podía darle, diciéndole:

—Te ofrezco la vida eterna, la posibilidad de hallar la resurrección al igual que la consiguió Tammuz al unirse amorosamente conmigo —y añadió—: Ése es el bien más codiciado por mortal alguno.

Pero Gilgamés lo rechazó.

Istar se enfureció y, ascendiendo al cielo donde se hallaban todos los dioses, los comprometió para que creasen un toro milagroso para que matase a Gilgamés, teniendo que amenazar al dios Anu, el cielo personificado, el primer dios de la suprema tríada formada con Baal, dios de la tierra y Ea, dios de las aguas, si no accedía a su deseo, con sofocar todo germen de amor en la tierra y, por tanto, la existencia de cualquier clase de vida en ella.

Y efectivamente, el grande y furioso toro negro pasó sobre la tierra echando fuego por sus ollares, sembrando el terror por allá por donde pasaba y devastando los campos de Uruk. Mató a más de cien hombres que se le opusieron. Pero los dos héroes —Gilgamés y Enkidu— lo desafiaron y le dieron muerte.

Istar, en el paroxismo de su odio, sin poder contener su cólera, les maldijo:

—¡Malditos seáis, tú Gilgamés, rey de Uruk, rey maldito de tus siervos, que la desgracia caiga sobre ti y sobre lo que más aprecies en tu tierra, y Enkidu, tu cordial amigo que, hecho para sumirte en la desdicha, sólo supo darte la felicidad! ¡Malditos seáis los que un día pudieron obtener el favor de los dioses! ¡Que ellos os maldigan con la misma vehemencia que yo lo hago!

Enkidu, en un rapto de prepotencia y soberbia, sintiéndose al menos un semidiós, confianza que le diera la victoria obtenida sobre el toro divino, que yacía roto, descuartizado ante él, tomó uno de los muslos de la feroz bestia y enarbolándola sobre su cabeza se lo

arrojó a Instar en la propia cara.

La ofendida diosa, en medio de su desesperación por haber topado con tan díscolos seres que de aquella manera tan burda retaban su poder, envió una enfermedad mortal a Enkidu, que privó a Gilgamés de su amigo.

Gilgamés se hundió en el más profundo abatimiento y en seguida se percató de la fragilidad de la vida, se hizo consciente de la verdadera realidad de la muerte, de la temporalidad de su existencia y de lo vano y absurdo que resultaba la vida terrestre si, al fin, siempre acababa con el abismo oscuro de la desaparición. Meditó de lo banal de su existencia, de sus hazañas heroicas, de su poder sobre los seres y las cosas de la tierra, cuando siempre tendría encima de todas ellas, que dominaba, un dios superior, inexorable y omnipotente llamado Muerte.

"Rechazando la posibilidad de hallar la resurrección, como Tammuz, en la unión amorosa con Istar, o Venus, decidió salir de esta situación desesperada, yendo en busca de la vida eterna, donde sea que le llevara el camino, aunque fuera al extremo del mundo, incluso al reino de la muerte."

Gilgamés, atristado, solitario, llevando como equipaje sus propias convicciones, abandonando sus armas y su palacio, y sus servidores, y a su pueblo, se encaminó casi sin esperanza hacia la línea del horizonte por el que apenas se atrevía a vislumbrar unos pocos rayos de luz.

El rey de Uruk partió para un largo viaje del cual no sabía siquiera si volvería. La búsqueda de la vida eterna le llevó a través de un profundo, oscuro y desolado barranco hasta el lugar donde el dios Shamash, el dios Sol, surgía diariamente para iluminar y calentar la árida tierra, los corazones de los hombres que moraban entre tinieblas.

El héroe de Uruk alcanzó aquel privilegiado lugar y en él halló la mansión de los dioses, el edén donde las hojas y los frutos de sus árboles eran piedras preciosas. Detrás de este paraíso se extendía el mar en toda su inmensidad y más allá, en una isla llamada de los Dichosos, situada en medio de las aguas, vivía, según le revelaron los dioses, Utnapishtim, el hombre que había sobrevivido al diluvio y que poseía, único entre los humanos, la vida eterna.

Gilgamés en su jornada de descanso, mientras recobraba

fuerzas para iniciar el nuevo viaje hasta la isla de los Dichosos, meditando cómo estaba el modo de pedirle a Utnapishtim la hierba de la vida eterna, tuvo una infausta visita. Los dioses acordaron enviarle a uno de sus coperos con la misión de disuadirle de que realizara su proyecto. El enviado apareció ante el héroe entristecido, pero esperanzado, y le dijo:

—Gilgamés, ¿adonde vas? No hallarás la vida que buscas. Al crear a los hombres, los dioses les reservaron la muerte y se quedaron con la vida...

Y continuó su perorata largamente hasta que vio que el rey de Uruk no vacilaba en sus propósitos.

Se procuró una embarcación y se lanzó sobre ella a las bravías aguas de aquel inmenso mar que rodeaba la isla donde moraba el hombre que conocía la eternidad. Antes de llegar a ella tuvo que sufrir una terrible tempestad que duró cuarenta días, al final de los cuales, cuando amainó la tormenta, atracó en la costa de la isla milagrosa, descendió desde su barco a tierra firme y buscó con anhelo a Utnapishtim; cuando lo halló, ansiosamente le preguntó por la vida eterna y el desánimo le embargó todo su ser cuando, como único premio propinado a su esfuerzo y penalidad, obtuvo estas funestas palabras:

—La feroz muerte es inexorable. ¿Edificamos una casa para la eternidad?...

Y Utnapishtim le dio el siguiente funesto consejo:

—El hombre no puede escapar a su sino fatal.

Y entró en una serie de consideraciones filosóficas y morales que aburrieron al héroe de Uruk, que iba en busca de la eternidad.

Sin embargo, Utnapishtim contó cómo había sido el diluvio.

"Una nube negra se elevó desde los confines del cielo.

Todo lo que era claro se volvió oscuro.

El hermano no ve al hermano.

Los habitantes del cielo no se reconocen.

Los dioses temían al diluvio.

Huyeron y ascendieron al cielo de Anu."

Luego le explicó cómo había sido llevado, con su mujer, a la vida eterna en la isla.

Quizá los hombres del cielo partieron hacia las alturas, ya describiendo órbitas alrededor de la Tierra, ya fuera, incluso, para volar hacia otros planetas. Porque Utnapishtim le dijo que *"hubiera sido mejor que el hambre devastara el mundo, y no el diluvio"*. Y deploró el fin del pueblo antiguo.

El único sobreviviente del cataclismo confesó, al fin, a Gilgamés:

—La hierba milagrosa que infunde la eterna juventud crece en el fondo del mar. *"El hombre se vuelve joven en la vejez."*

El héroe le agradeció la confidencia y se aprestó de inmediato para sumergirse en las heladas y turbias aguas en cuyo seno se guardaba aquel tesoro. Tras arduos esfuerzos y luchas enconadas, logró tomar un manojo de las hierbas que le permitirían ser eterno. Con gran júbilo ascendió a las tierras secas y se dispuso con ligereza a emprender el camino que le tenía que devolver a su querida ciudad de Uruk.

Gilgamés, haciendo un alto en su camino de regreso a su reino, se detuvo junto a las cristalinas aguas de un lago donde decidió bañarse y refrescar su cuerpo para recuperarlo de la fatiga a que sometió su cuerpo. Desconfiando de todos y de todo, se bañó manteniendo firme en sus manos los manojos de la hierba milagrosa que había adquirido en aguas de la isla de los Dichosos. Pero cuando más feliz estaba en medio de su remojón una tremenda serpiente marina le atacó y, desprovisto como estaba de sus armas que no necesitara en aquel viaje, le arrebató la preciada planta y no su vida, ya que, debido a su fortaleza y protección de los dioses, la pudo vencer o al menos hacerla huir.

El rey de Uruk, exhausto física y moralmente por los esfuerzos realizados para conseguir la vida eterna y que de tan poco le habían servido, regresó a su reino y allí se dedicó obsesivamente a rezar en todos los templos por la resurrección de su amigo.

Cuando más desesperado se encontraba Gilgamés llorando la ausencia de su compañero de armas, los dioses le fueron propicios y concedieron la nueva vivificación de Enkidu, que apareció ante él, con lo cual la alegría y el gozo retornaron a su ánimo.

Cuando Gilgamés inquirió de su amigo la descripción del reino de la Muerte, éste le respondió gravemente:

—No puedo decirte nada.

—¿Por qué?

Enkidu alegó:

—Porque no podrías resistir el terror que te causaría mi narración.

Sin embargo, Gilgamés, *"el eterno buscador"*, *"se empeñó en saber la verdad y Enkidu le pintó en oscuros colores la condición terrestre"*.

LA CÓLERA DE ENLIL SE ABATE SOBRE ATRA-HASIS

Los anunnaki —los hijos de Anu, los dioses menores que envió el padre a trabajar la tierra, a los que tenía esclavizados en el fondo de las minas para extraer los preciosos minerales, en aquellos tiempos en que aún no había sido creado el Hombre, el Obrero Primitivo, para redimirles de estas penalidades terrenas, cuando sobre la Tierra sólo vivían dioses— se rebelaron debido al duro trabajo que debían soportar. Con este motivo —y auxiliados por la ingeniería genética los dioses Enlil, Ea-Enki y Ninhursag— crearon, después de sufrir muchos y muy cruentos avatares por ello, al Hombre y con él al Obrero, que era el que iba a sustituir a aquellos dioses menores en los trabajos de explotación del planeta que invadieron y trataron de explotar hasta la total esquilmación. Pero entonces comenzó el nuevo ser recién creado a procrear y a multiplicarse. Pronto formaron una verdadera multitud que se extendió por toda la tierra viviendo según sus propios criterios, sin atenerse a ninguna clase de regla o ley, sin acordarse que debían su vida a la magnanimidad egoísta de los Grandes Dioses que moraban en el Cielo de Anu. Vivían tan apresuradamente y con tanto deshonor e inmoralidad, que admitieron en sus vidas, quizá inocentemente, tanta perversión, que muy rápidamente provocaron la indisposición de Enlil contra ellos, contra toda la humanidad. El dios se quejaba.

"El territorio se extiende,

el pueblo se multiplica;

en el suelo se asientan como toros salvajes.

El dios se desazonó con sus conjuntamientos.

El dios Enlil oyó sus pronunciamientos,

y dijo a los grandes dioses:

**Opresivos se han hecho los pronunciamientos de la
humanidad.**

Sus conjuntamientos que quitan el sueño."

Enlil se vio abocado a presentarse de nuevo ante la historia incipiente como un perseguidor de la humanidad, un vengador, porque era él y sólo él el que debía poner orden entre la desmandada hueste de humanos que pululaban por las ciudades, las campiñas y las riberas de los ríos como dueños y señores de todo, sin guardar respeto por sus hacedores y considerándose amos absolutos de todo lo que les rodeaba, incluidas sus propias vidas y sus propias conductas, las cuales, por ese indefinible afán de posesión y hedonismo, se convirtieron en el verdadero semillero de aberrantes costumbres y vicios, que ellos mismos erigieron en sus vidas como sus propios dioses.

Por eso el pastor Enlil, el de los ojos brillantes, el Señor de los Espacios Aéreos, del que decían los que fueron piadosos que en "el Cielo él es el Príncipe y en la Tierra él es el Jefe", no tuvo más remedio que adelantarse a su padre, Anu, para salir como el represor maldito, la mano firme que acabara con tanta inmoralidad y osadía como se extendía por toda la tierra, a lo largo y ancho de todos sus dominios.

Enlil se reunió con los otros grandes dioses y decretó un severo castigo para sus infieles que se olvidaron de ellos.

—... ¡por ello les he de mandar una grave aflicción, tan grave que acabe con ellos! Con toda la humanidad.

Los otros dioses acataron con servilismo la actitud colérica de su jefe y le adularon como solían hacer, añadiendo por su cuenta y riesgo una verdadera lista de fechorías y malas acciones, así como vicios y aberraciones que ellos sabían, cuando no hubiesen compartido conjuntamente, que usaban los humanos.

Uno de los presentes dijo, recubriendo sus palabras con una cólera que quiso hacer semejante a la de su señor:

—Oh, gran Enlil, elige tu castigo con sumo acerbo para que esa raza degenerada de seres que tú mismo creaste tenga su merecido. ¡Haz caer sobre todos ellos tu divina ira y la venganza que mereces por su traición...!

Los ojos de Enlil, acicatados por la furia del cielo en pleno, se desorbitaron y la intensidad de su furor salió de su boca como la lava ardiente de un volcán:

—¡Ejemplar, concluyente será mi venganza!

—¡Y refinada!

—¡Hay que ejemplarizar a la humanidad! —gritó otro de los dioses, enardecido por el tumulto y el anonimato del grupo divino.

Enlil echó hacia atrás sus largos cabellos en un gesto de decisión y firmeza, de autoridad suprema; serenose en su actitud beligerante y ofensiva y, tomando una postura de equilibrio y tranquilidad, dictó, ante todos aquellos divinos testigos, la terrible sentencia:

—¡Requiero a la peste y a las enfermedades que siembren sobre los humanos la mayor mortandad que jamás se conociera en la tierra!

Todos los presentes se quedaron mudos ante tan terrible condenación. Bajaron sus rostros y se retiraron a los rincones del salón oscuro murmurando entre ellos y lanzando miradas de soslayo hacia la terrible y vindicante deidad.

Pero Enlil no había acabado de hablar todavía. Tras un largo silencio en el que pasó su vista fulminadora y desafiante sobre las cabezas de sus compañeros de la Morada Celestial, tronó más que dijo con su voz ronca por la ira:

—¡Y esta maldición caiga por igual afligiendo a la humanidad y su ganado como acompañantes del castigo de Enlil!

Desde ese momento los pueblos, los campos, los bosques, los palacios, las cabañas más escondidas en lo profundo de los bosques, las casas de los artesanos y los labradores, de los comerciantes, de los propios sacerdotes y de los guerreros, se llenaron de dolores, vértigos, escalofríos, fiebre, así como de indisposición, náusea, plaga y peste, y comenzó a pasearse por todos los hogares, los burdeles, las riberas de los ríos, las encenagadas aguas pútridas de los pantanos, las ricas piscinas de los relucientes palacios de los poderosos, la Muerte, el espectro negro, viscoso y fumígeno, vaporoso, que envolvíalo todo hasta encarroñarlo con su capa de miseria, desatando una imparable e insidiosa contaminación que abatía hasta al humano más sano que se hallara en toda Sumeria.

Pero, pese a su poder y su sed de venganza, el plan de Enlil no surtió efecto.

Algún mendaz había en la logia de los dioses que se le oponía con astucia y sabiamente para neutralizar su sentencia en lo que pudiera, de manera que no resultara absoluta, para que hubiera una parte al menos que se evadiese de la terrible maldición.

Existía entre los hombres uno de ellos —aquel que era sumamente sabio— que todo el mundo conocía por el nombre de Atra-Hasis.

El sabio señor era un ser privilegiado y estaba especialmente unido al dios Ea-Enki, el segundogénito de Anu, aquel que detentaba tanto poder como su hermano y que sólo por el mero hecho de haber nacido después que Enlil había perdido el derecho de descendencia al cetro de los cielos y algunos otros privilegios. Por este hecho fue el dios que siempre se opuso y odió profundamente a su hermano, y siempre que pudo usó sus artes, su astucia, su poder y su ingenio para tratar de eclipsar, si no anularlo, en sus iniciativas, y a lo que se verá con éxito.

El humano, sumamente sabio, protegido de Enki, en alguna conversación con los nobles, amigos, magos o sacerdotes, solía decir de sí mismo:

—Yo soy Atra-Hasis; vivía en el templo de Ea, mi señor.

Este hombre privilegiado, poseedor de unos conocimientos por encima de lo normal, al ver a su alrededor tanto dolor, miseria, penalidad y angustias con que su pueblo hermano sufría y se desvanecía, pensó retirarse a la soledad de su templo, junto a la morada de su señor Enki, y orarle larga e insistentemente, sin descanso, sin darse tregua, hasta que tuviese una respuesta satisfactoria del mismo con respecto a aquella plaga y peste que recorría todo el territorio sumerio. Penetró en su santuario lleno de paz y serenidad, se sentó en su sitial precioso, obnubiló su mente, se alejó con sus pensamientos de la sucia tierra de los hombres y con su espíritu alerta a su señor Enki.

El dios invocado vino en su ayuda. Atra-Hasis, ante su presencia, le suplicó que deshiciera el plan de su hermano Enlil.

"¡Ea, oh señor, la humanidad gime!

La cólera de los dioses consume la Tierra.

Sin embargo, eres tú quien nos ha creado.

¡Haz que cesen los dolores, los desmayos,

los escalofríos, la fiebre!"

Enki obró el milagro. Las enfermedades dejaron de ser efectivas, no mataban; la peste y el cólera no se extendían entre los humanos; la fiebre y los escalofríos desaparecían casi de inmediato; los dolores se volvieron soportables; los desmayos se remediaban con alguna tisana y algo de pan...

Enlil, irritado por la desobediencia, en el paroxismo de su cólera, bramó y tronó enviando lo peor de su poder. Pero todo era inútil. Las gentes seguían viviendo con toda impunidad, en medio de una desatada inmoralidad, procreando sin tino y multiplicándose sin recato. Pronto el jefe de los dioses, al enfrentarse contra su propia impotencia, convirtió su furor y su ira en gemido doliente. Convocó a los dioses en su Asamblea y se quejó ante ellos amargamente:

—¡El pueblo no ha disminuido; son más numerosos que antes!

Los dioses le invitaron ladinamente a que usase de sus más profundos y esenciales poderes y conjuros para dominar al rebelde, le tentaron para que acudiese a su Tabla del Destino, que le otorgara personalmente su padre Anu, para que el faccioso disidente no se saliese con la suya.

Enlil, poseído de sí mismo y del poder que le concedía su linaje y su primogenitura, clamó con voz rotunda al Cielo para solicitar el todopoderoso auxilio del padre de todos los dioses, quien le comunicó, en espíritu, que...

—¡Destruye a la humanidad por inanición!

El Señor del Espacio Aéreo, el jefe de los dioses terrestres, bramó su orden, ante la sumisión de las demás divinidades:

—¡Córtense los abastecimientos del pueblo; carezcan de frutos y vegetales sus estómagos!

Enlil mandó a Enki que se presentara y con toda solemnidad, en la que dejó bien claro quién era el que mandaba allí, le impuso:

—¡Tú, Enki, mi caro hermano, debes cerrar las fuentes del alimento del mar, que todo él desaparezca y que no llegue a los

hombres! Ordena a tus deudos echar el cerrojo, atrancar el mar y guardar *"su alimento fuera del alcance del pueblo"*.

Su hermano bajó la cabeza y con un gesto de aceptación salió de la gran sala, aunque no pronunció palabra alguna que le comprometiera en el cumplimiento del precepto que le impuso su fraterno jefe.

Enlil decretó ante la Asamblea:

—Que el hambre la generen sólo y únicamente las fuerzas naturales. Que la falta de lluvia e irrigación agosten cosechas, campos y bosques. Que la sequía y la sed provoquen el dolor y la miseria entre los hombres, y que la muerte les alcance lentamente en sus hogares, en sus lechos de vicio y aberración... Y pronunció de nuevo una terrible maldición:

**"Que las aguas de la lluvia detengan al dios
de lo alto,
que abajo las aguas no broten de sus fuentes,
que el viento sople y reseque el suelo,
que las nubes se espesen, pero retengan su vertido."**

La sequía no tardó en extenderse como una plaga asolando toda vida que se hallara sobre al tierra.

**"De arriba, el calor no estaba...
Abajo, las aguas no surgían de sus fuentes.
El vientre de la tierra no engendraba.
La vegetación no brotaba...
Los pardos campos se volvieron blancos.
El ancho llano estaba asfixiado con sal."**

La hambruna más intensa y despiadada apareció en todo aquel vasto territorio ocupado por la cuenca de los dos ríos sagrados. La desolación, el desamparo y el infortunio reinaban entre el pueblo desmoralizado, a punto de perecer. El desánimo y la desesperación se hicieron presentes en medio de un pueblo debilitado y sin fuerzas, acostumbrado a vivir en medio de la comodidad que proporciona el vicio, la poca preocupación y la desidia más absoluta. Los humanos se iban sumiendo cada vez más en las profundidades más inhóspitas de la incuria y el abandono. Más todavía porque no alcanzaban a ver el fin de todas aquellas penalidades, puesto que a medida que pasaba el tiempo las condiciones de su vida empeoraban. Tuvieron que soportar seis periodos de tiempo correspondientes a un año de Anu, y que precisamente no debían coincidir con el año humano; periodos que los sumerios llamaron sha-at-tams y que cada uno de ellos, conforme aparecían sobre el maltratado pueblo, era más devastador que el anterior.

"Durante un sha-at-tam comieron la hierba del suelo.

El segundo sha-at-tam sufrieron la venganza.

Llegó el tercer sha-at-tam;

sus rasgos estaban alterados por el hambre,

sus rostros estaban encostrados...

estaban viviendo al borde de la muerte.

Cuando llegó el cuarto sha-at-tam,

sus rostros aparecían verdes;

caminaban encorvados por las calles,

sus anchas espaldas se contrajeron."

Ante tamaña desgracia de nuevo surge de entre las tinieblas el héroe Atra-Hasis, el fiel adorador de Ea-Enki, que persistentemente suplica, ora ante el dios para que le otorgue la protección si no a él, al menos a su pueblo. Implorábale desesperadamente su ayuda para

que acabase con el hambre. Y para ello...

"En la casa del dios... ponía el pie... cada día lloraba, trayendo ofrendas en la mañana... invocaba el nombre de su dios."

Enki debió verse comprometido ante la decisión de Enlil — compromiso del que eran testigos los otros dioses— porque de momento no escuchó las impetraciones desgarradas que le hacía su más fiel servidor. Incluso se debió sentir molesto por la reticencia que mantenía a este respecto Atra-Hasis en sus peticiones de ayuda, puesto que para no oírlas abandonó su templo, donde acudía el humano a inquietarle, y se escondió de él alojándose en sus queridas marismas, en las que se hallaba muy cómodamente, las que le pertenecían puesto que el dios de todas las aguas era él. Se instaló en ellas cuando el pueblo estaba viviendo al borde la muerte.

Enterado Atra-Hasis de la huida poco noble que había hecho su señor y protector hasta entonces hacia los territorios húmedos, decidió trasladarse seguidamente hacia aquellos parajes y colocó su lecho frente al río. Desde este nuevo asentamiento el hombre sabio continuó enviando sus súplicas y oraciones hacia aquel casquivano dios a quien le era tan leal.

Sin embargo, la divinidad no se dignó darle respuesta alguna; lo dejó en el más olvidado abandono.

Mientras todo esto ocurría, la humanidad se iba desvaneciendo poco a poco. El hambre y la desolación la desintegraban como si se tratara de un pan hecho sin levadura. Era tan grande la hambruna que los padres se comían a los hijos. Tan crítica era la situación, tan amarga, que Enki no pudo soportar por más tiempo contemplar aquella desolación y penuria que tuvo por fin que ceder a las súplicas de Atra-Hasis y enfrentarse enconadamente contra su propio y cruel, pero justo, hermano.

Progresaba sobre las vidas de los sumerios el séptimo sha-at-tam, en el que los hombres y las mujeres que aún subsistían eran como fantasmas de la muerte, cuando Atra-Hasis recibió un mensaje del propio Enki. El humano acudió a la cita de su señor y le preguntó lleno de ansiedad:

—¿Qué deseas, señor? —y añadió con sumisión casi profética—: ¿Qué quieres que haga, señor?

El dios le comunicó lacónicamente:

—Haced gran ruido en la Tierra. Que se os oiga en todos los rincones de ella.

Atra-Hasis agradeció con una inclinación de cabeza el consejo divino. Se iba a ir para complimentar la orden, cuando Enki, mandándole que se detuviese, le dijo de una manera inquisitiva, sabiendo que se ganaba el reproche no sólo de su hermano sino de todos los demás dioses del Cielo y la Tierra:

—¡Enviad farautes a todos los rincones del país para inquirir de todo el pueblo que cumplan estrictamente con mis deseos!

El sabio hombre, lleno de inocencia y ganas de adorar al dios, le preguntó solícitamente:

—¿Qué quieres qué hagamos, señor? ¿Qué debo decir a los heraldos para que lo publiquen a lo largo y ancho del país?

Enki pronunció las siguientes palabras lleno de ira y de amarga complacencia por la actitud de rebeldía que iba a tener contra las demás divinidades:

—Deben recomendar a todo aquel con quien se encuentren en los caminos: No veneréis a vuestros dioses, no imploréis a vuestras diosas —calló un momento y añadió con saña e ira—: ¡Ha de producirse una insubordinación total en la que esté involucrado todo el pueblo!

Al margen de tal incitación a la rebelión, el dios Enki concretó su ayuda a los humanos con acciones más precisas y exactas. Una de ellas consistió en planear la convocatoria de una asamblea secreta con el Consejo de Ancianos que regía sabiamente los países sumerios. La reunión tuvo lugar en el interior del templo levantado en honor del dios disidente.

Ellos entraron... y celebraron consejo en la casa de Enki.

El dios, segundo hijo de Anu, cuando estuvo frente a los hombres vetustos, les habló con cierta humildad tratando de excusarse en su conducta. Les dijo:

—Yo, amigos, siempre he mantenido una actitud de discrepancia con todos los dioses de la Morada Celestial, sobre todo con los dictados de mi hermano Enlil...

Uno de los ancianos, más arrojado que los demás, le repuso

con palabras impregnadas de cierta sorna:

—Y por eso nos has tenido a todo tu pueblo, durante tan largo espacio de tiempo...

—... durante siete sha-at-tam...

—... abandonados y sufriendo la hambruna más terrible que han tenido que soportar estas tierras, estas tus tierras.

Otro le espetó:

—Hiciste oídos sordos y hasta abandonaste su cercanía cuando Atra-Hasis, tu favorito, te rogaba por todos nosotros.

—Por eso no nos digas que siempre has estado a nuestro lado, a favor de la causa de los más debilitados.

Enki tuvo que tragar saliva para sacar adelante aquella comprometida reunión y, sobreponiéndose a la contrariedad por la que pasaba y al rechazo que tenía que sufrir de sus inferiores, tomó profundamente aliento y encarose firmemente a los deudos que tenía frente a sí. Sosegado, pero decidido a ganarse para su causa a aquellos viejos hombres sabios, les expresó con cierta humildad:

—Debéis comprender, oh ancianos amigos, que yo, como dios principal que soy de la Asamblea, había de guardar las formas. Jamás podría enfrentarme frontalmente con el jefe de todos los dioses de la Tierra. Tengo que tener mis artimañas y estratagemas para hacer creer que estoy con ellos sin estar con ellos. Mi hermano Enlil, por una vez en muchos y largos años de existencia, me daba una orden concreta y como comprenderéis no podía negarme en rotundo a cumplirla —calló un momento, quedó metido en sus pensamientos y luego pronunció como si hablara para sí mismo y no para el Consejo de Ancianos—: Buen motivo le hubiese dado a Enlil para que toda su cólera, unida a la de nuestro padre Anu, hubiese caído sobre mi cabeza...

El anciano que hablara primeramente volvió a replicar:

—Quizá tengas razón con lo que dices...

—¡La tengo toda, no debéis dudar! —expresó ronco la divinidad. Y añadió—: Y yo os digo que vosotros...

Pero al anciano no le hacía callar nadie y siguió con la frase

rota:

—... pero los que sufrimos, durante los siete años de Anu, fuimos nosotros, tu pueblo, que se está muriendo, que está preso de la fiebre y de la peste, que te es fiel y te adora, que te ofrece todo lo que deseas, que te ama...

El dios les echó en cara:

—¿Vosotros me habéis sido fieles a mí, a los demás dioses? —soltó una carcajada brutal que pareció eterna; cuando se detuvo, continuó su reproche—: Disteis la espalda a la divinidad y tratasteis de vivir sin ninguna protección, carentes de toda regla de moralidad... por lo que fuisteis castigados. ¡Y ahora que os aprieta la necesidad es cuando volvéis vuestros rostros afligidos a mí! ¿No os parece esta actitud mezquina y llena de ingratitud? ¡Y cobarde!

Los ancianos se vieron sorprendidos por la postura ofensiva que había tomado Enki. Entonces, como buenos penitentes, agacharon sus cabezas, las cubrieron con las capuchas que caían lacias sobre sus espaldas y gimieron largamente solicitando el perdón y el favor que durante tanto tiempo había negado a su más fiel adorador Atra-Hasis. Cuando el coro de plañideros se detuvo en su súplica penitencial, el dios mostró toda su magnanimidad diciéndoles:

—Pero no os aflijáis por vosotros ni por vuestro pueblo. Ya he convenido con Atra-Hasis el comportamiento que debéis tener con todos los demás dioses.

—Así lo haremos. Ya hemos enviado heraldos por todos los pueblos y ciudades con tus sabias recomendaciones...

Enki, en un rapto de soberbia y rebeldía, expresó con palabras duras:

—¡Ha llegado mi hora! El momento de entrar en acción, ¡la ocasión que tan largamente he estado esperando! —se dirigió a los ancianos presentes y les dijo—: Vosotros es que sois limitados en vuestra mente y deducción. No sabéis cuándo os conviene que yo os mande mi divino auxilio. Ahora ha llegado el momento. Mi estrategia ha sido seguida fielmente y sin desviaciones; en ella ha llegado la hora de la venganza que me ha de llevar al solio divino que ocupa mi padre y señor...

El Consejo de Ancianos, aterrado al escuchar las ensoberbecidas palabras del dios, se arrodilló en un extremo de la

sala esperando el rayo de Anu que llegase furibundo y fulminase a toda la reunión.

Enki, calmado y jovial, les comunicó:

—He compuesto un excelente plan que, con la ayuda de vosotros, os eximirá de las maldiciones divinas de mi hermano...

—¡Habla, señor! Te escuchamos atentos...

—... sólo deseamos complacerte.

Les presentó minuciosamente un plan de acción en el cual intervenía intensamente el mando que ostentaba sobre los mares y, sobre todo, sobre el Mundo Inferior.

"Por la noche..., después que él..., alguien había de estar en la orilla del río a cierta hora, quizá para esperar la vuelta de Enki del Mundo Inferior, de donde Enki traería los guerreros del agua... y quizá también algunos de los terrestres que eran Obreros Primitivos en las minas. En el momento oportuno fueron gritadas las órdenes: ¡Adelante!... la orden..."

Y soltó seguidamente el agua sobre las tierras secas, les suministró alimentos para remediar su inanición; en una palabra, desobedeció el mandato del jefe y les ayudó para que no perecieran.

Cuando Enlil se percató de la traición a que había sido sometido, montó en cólera...

"Él estaba lleno de cólera."

... convocó de inmediato la Asamblea de los Dioses y envió a su emisario de confianza a buscar a Enki. Cuando ambos hermanos estuvieron uno frente al otro, se inició la asamblea con mucha tensión; en realidad, se había montado la reunión para juzgar al dios disidente. Enlil, en lo alto del estrado, se levantó como un coloso de piedra, alargó el brazo y señaló con su dedo acusador a su hermano y, majestuoso y hierático, inculpole de quebrantar los acuerdos que tomaron todos los dioses.

"Todos nosotros, Gran Anunnaki,

tomamos juntos una decisión...

**Yo ordené que el Ave del Cielo,
Adad, custodiase las regiones superiores;
que Sin y Nergal custodiasen
las regiones medias de la Tierra;
que el cerrojo, la barra del mar,
tú, Enki, guardases con tus cohetes.
¡Pero tú libraste provisiones para el pueblo!"**

Enki, pleno de soberbia y cinismo, alcanzó desde su sitial la primera fila, delante de todos los demás dioses, miró altivamente y con firmeza a su hermano, a su jefe, y cobardemente mintió:

**"El cerrojo, la barra del mar
guardé con mis cohetes,
pero cuando se me escaparon...
una miríada de peces...
desapareció; ellos saltaron el cerrojo...
mataron a los guardias del mar."**

—Además —terminó taxativamente Enki— he mandado prender a los culpables y les he castigado con severidad.

Enlil, conociendo la actitud agresiva e innoble de su hermano, no admitió la exculpación que él mismo se hacía y, tras realizar un gran esfuerzo de dominio, le pidió a su hermano:

—¡Cesa de una vez de alimentar a tu pueblo! ¡No continúes suministrando raciones de grano con las cuales el pueblo medra y me desafía! ¡Obedece de una vez por todas a tu jefe si no a tu hermano! ¡Respétame!

Al escuchar aquellas palabras conminatorias, Enki tuvo una reacción propia de su carácter sedicioso e insubordinado. Y rió sin mesura. Las carcajadas se debieron escuchar hasta en el cielo de Anu. Todos quedaron asombrados por aquella extrema y desafiante reacción.

**"El dios, hasta la coronilla ya de la sesión,
en la Asamblea de los Dioses
fue dominado por la risa."**

Los dioses testigos del agravio protestaron enérgicamente.

—¡Es denigrante su acto! —decían.

El alboroto y la confusión ocuparon todo el recinto divino. Las palabras se cruzaban duras entre unos y otros. La cólera de Enlil alcanzó el paroxismo de la irrealidad.

"Cuando por fin fue llamada al orden la Asamblea, Enlil tomó la palabra de nuevo. Recordó a sus colegas y subordinados que había sido una decisión unánime. Pasó revista a los acontecimientos que condujeron a la formación del Obrero Primitivo y recordó las muchas veces que Enki había quebrantado la regla."

Para terminar con la riña de los dioses, Enlil, ya sereno y tan apacible como si nada hubiese ocurrido en aquella sesión de la Asamblea, se dirigió nuevamente a todos los presentes habiéndoles sibilinamente, porque no deseaba abdicar de los pensamientos fijos que tenía con respecto a que la humanidad debía ser castigada por las infracciones que de sus leyes habían cometido. Pronunciaba sus palabras escondiendo en ellas todo el buen sabor que podía darles para que los oyentes condescendieran en su voluntad de vindicación. Les dijo:

—Amigos míos, como comprenderéis no debemos dejar impune la conducta de los hombres que nos han ofendido tan gravemente con sus comportamientos infieles.

Se escuchó, entre la concurrencia, un rumor de asentimiento.

Enlil continuó, pero ahora decisivamente:

—Aún queda una oportunidad para sentenciar a la humanidad a su desaparición.

Todos los dioses quedaron expectantes.

El jefe de la Asamblea arrojó por su boca el veneno que corroía sus entrañas, mientras que por sus ojos lanzaba ráfagas de ira y vindicación. Gritó:

—¡Qué la inundación mortal caiga sobre sus cabezas y los extermine a todos!

Todos los dioses votaron afirmativamente la acción; incluido el irrespetuoso Enki. Por eso, tras echar una mirada de complacencia sobre todos ellos, Enlil sentose sobre su valioso trono y, alargando con parsimonia su mano hacia la audiencia que se extendía ante él, les propuso:

—Pero esta vez, sí. La cercana catástrofe que se ha de cernir sobre el pueblo ha de mantenerse, repito, en total secreto. El pueblo nada debe saber de ello. Ha de ser sorprendido sin remisión por el cataclismo.

Todos los dioses aceptaron seriamente. Enki el primero. Pero, no confiando en aquel que tan rápidamente aceptara la resolución aprobada por los dioses, Enlil les apremió diciéndoles:

—Recabo de toda la Asamblea en conjunto el juramento de que lo acordado aquí sea un secreto entre todos nosotros y que sea el propio Enki el que delante de todos nosotros, ante vuestras divinas presencias, se ligue a él sin ninguna clase de subterfugio.

"Enlil abrió la boca para hablar

y se dirigió a la Asamblea de los Dioses:

Juremos todos juntos

con respecto al Mortal Anegamiento.

Anu juró el primero,

juró Enlil, y sus hijos con él."

Al verse acorralado, comprometido por el juramento, Enki quiso evadirse del apuro en que le había colocado la sagacidad de su hermano. Rehusose a ello con todo descaro. Expresó públicamente:

—¿Por qué queréis ligarme con un juramento? —y seguidamente preguntó—: ¿He de levantar yo mis manos sobre mis propios humanos?

Todos los dioses se echaron sobre él. Procazmente y llenos de ira le insultaron con los más escogidos agravios, le fueron acorralando poco a poco, desacreditándole y ofendiéndole con tal profusión que al fin no le quedó más remedio que realizar el juramento.

Anu, Enlil, Enki y Ninhursag, los dioses del Cielo y de la Tierra, prestaron el juramento.

Ya nada había que hacer. Enlil salía victorioso. La humanidad sería al fin castigada, exterminada conforme a su voluntad. Una nueva punición, sin que el pueblo se repusiese de la anterior, iba a ser arrojada sobre la depravada casta de los humanos.

Enki abandonó la Asamblea de los Dioses y se retiró a su casa instalándose en sus regios aposentos que se alzaban junto al recinto sagrado donde se escondía el Ave Negra que le transportaba, cuando le convenía, a la Morada Celestial. Pensó que se había comprometido con la humanidad que representaban el Consejo de Ancianos para salvarles de cualquier hecatombe que se cerniera sobre ellos. Pero se dio cuenta que estaba cogido y atado de manos por el juramento que hiciera, aunque fuera en contra de su voluntad. Puso, más que su inteligencia, su sagacidad y astucia en funcionamiento y no tardó mucho tiempo en hallar la solución al brete en que estaba metido. Se dijo:

—He jurado no revelar al pueblo el secreto del diluvio que está a punto de llegar, pero ¿podía no decírselo a una mampara de caña? Ella no es pueblo, es sólo un objeto inanimado, que ni escucha ni ve.

Con esta sencilla deducción y con la voluntad de quedar bien con los humanos y atentar nuevamente contra el dios Enlil, mandó llamar a su templo a Atra-Hasis y le conminó para que se situase detrás de un biombo de cañizo. Cuando el hombre sabio estuvo situado en su lugar, desde el cual no podía ver a Enki, éste habló con palabras neutras, sin dirección alguna:

—No pretendo hablar a mi devoto terrestre sino a la pared.

Seguidamente díjole en el mismo tono impersonal:

"Presta atención a mis instrucciones.

En todas las habitaciones,

sobre las ciudades,

se abatirá la tempestad.

Se producirá como consecuencia

la destrucción de la humanidad...

Éste es el fallo final,

la decisión de la Asamblea de los Dioses,

lo acordado por Anu, Enlil y Ninhursag."

Más tarde, cuando Enlil le pidió cuentas de su perjurio, Enki le contestó que él no había quebrantado el juramento, que el que es sumamente sabio —"atra-hasis"—, el terrestre Atra-Hasis, su fiel adorador, había descubierto por sí sólo el secreto del diluvio, al interpretar correctamente los signos que aparecieron junto a ellos; tanto celestes como terrestres, materiales o del espíritu...

Enki dio a su protegido el consejo de que construyera lo más rápidamente posible una gran embarcación flotante.

Atra-Hasis, agobiado por la misión que le encargaba su dios, procuró guardar su responsabilidad expresándole sus dudas tímidamente:

—No he construido nunca una embarcación...

Y, solicitando su amparo en aquel acontecimiento, le dijo:

—... hazme un dibujo en el suelo para que pueda ver.

Enki, bondadoso y comprensivo, le dio toda clase de explicaciones, instrucciones, planos y medidas precisas para que

hiciera realidad su proyecto. Después de entregarle todos los legajos y documentos, le expresó lacónicamente:

—Construye un verdadero teba.

Atra-Hasis quedó sorprendido y extrañado porque la palabra citada por el dios le indicaba que se trataba de algo que se sumía, se sumergía.

Enki, al descubrir la duda y la sorpresa en el rostro de su fiel adorador, le puso la mano en el hombro como hace un buen padre para consolar a un hijo que vacila en su actitud y le ratificó, pero esta vez con claridad:

—Sí, sí, Atra-Hasis, es cierto lo que piensas —y añadió tranquilizando al humano con su tono de voz—: Has de construir una embarcación sumergible, un submarino.

El pobre hombre sabio, balbuceando, replicó al dios:

—¿Y cómo debe ser esa nave? ¿Cómo es un submarino?

Ea-Enki se ufano como cualquier humano, hinchó su poderoso pecho que llenó del aire sumerio, miró a su interlocutor con un cierto bis despectivo y se introdujo en un mar de explicaciones técnicas que Atra-Hasis no entendía, por lo que la deidad calló unos instantes y luego redujo su información a términos más comprensivos, informándole:

—La embarcación debe estar techada arriba y abajo. Tiene que estar herméticamente cerrada, sin ninguna rendija, resquebrajadura ni hendidura por la que pueda entrar el agua; por ello tienes que sellarla con dura pez.

El terrestre sumamente sabio asentía y el dios le contemplaba con regocijo mientras seguía habiéndole:

—No debe tener cubiertas y las puertas de entrada deben ser estancas, de manera que el sol no viese el interior. Ha de ser una embarcación como una nave de Apsu, una verdadera sulili.

Con este vocablo el dios le estaba repitiendo que lo que debía construir y calafatear con hermetismo era un submarino, porque con la palabra citada las gentes de los países sometidos a su alrededor designaban este tipo de nave capaz de viajar a las profundidades marinas.

Enki, antes de despedirse de su deudo terrestre, le recomendó insistentemente:

—Que la embarcación sea una ma-gur-gur, una embarcación que pueda girar y voltear. Porque ciertamente sólo una nave de estas características técnicas podrá soportar la irresistible avalancha de las aguas.

El dios se retiró a su casa. Su fiel adorador quedó sólo en la fría, hierática y lúgubre sala donde tuviera lugar la *"extraña entrevista"*.

Y el diluvio estaba tan sólo a siete días de ellos. Eso únicamente lo conocía Atra-Hasis. El pueblo, confiado, vivía en la inmoralidad y el desenfreno.

EL DIOS DE LAS TORMENTAS ACUDE A LA LLAMADA DE AMOR DE ANAT

Aunque el dios *El* era considerado como un dios entrado en años, decana divinidad del panteón canaanita, conocido también en otros contextos como *Dagón*, el *Señor de la Abundancia*, un dios retirado, que expuso en más de una ocasión ante la Asamblea de los Dioses sus quejas porque, a pesar de ser el más antiguo de ellos, no fue consultado en la conducción de cierta guerra mítica, también se reconoce que no siempre fue un viejo señor y que en su juventud resultó ser un auténtico y brioso dios afamado por su excelente y quizá también exagerada virilidad, su potencia sexual y su intensa labor procreadora como padre de los dioses.

El fue conocido por el apelativo de *Tor* —toro— por su desaforada actividad y fortaleza masculina que poseyera y usara con harta frecuencia y sin discriminaciones específicas en lo que se trataba de escoger hembras para sus propósitos lascivos.

Después de aquel insólito hecho que situaba a *El* desnudo completamente a las orillas del mar, tendido en la playa, en la que dos mujeres fueron absolutamente hechizadas por el tamaño de su pene; de aquel singular suceso en el que el dios copuló repetidamente con las dos doncellas, bajo la mirada y el graznido burlón y bufo de un colosal pájaro de tremendas alas negras, dejándolas a ambas embarazadas y de las que nacieron posteriormente los dioses *Shahar* y *Shalem*, que fueron el Alba y el Ocaso de la Tierra respectivamente; después de estos acasos, en el que se demuestra la potencia y agresividad sexual de un dios que aparece en el panteón canaanita como un dios cansado, sereno e inactivo, se vislumbra cómo el propio *El* se retira a la Morada del Cielo y descansa de su ajetreada y turbulenta juventud, limitándose toda su eficiencia divina y su extraordinaria dignidad de primerísima deidad a hacerse servir bebidas y néctares en el lujo y la tranquilidad de su aposento —eso sí, investido con los ornamentos propios de su excelencia, incluido el fez adornado con el par de cuernos y bajo el patrocinio del símbolo de la estrella alada que lo distingue como deidad principal— por alguna otra deidad joven destinada indudablemente a su servicio y solaz, puesto que su misión en la Tierra ya fue completada en su día.

No obstante lo dicho, no fueron sus únicos hijos los que

engendró a la vez en las orillas del mar, sino que tuvo otros muchos, entre los cuales fueron históricos únicamente siete de ellos. Pero su hijo principal fue *Baal*, el Señor, el llamado *Hijo de Dagón*. Fue el más fiel de su prole perínclita. Fue tan leal y estaba tan unido a él que trató de imitarle en todas sus acciones y actitudes. Por eso el propio dios le vaticinó su futuro dentro de la Asamblea de Dioses concediéndole un lugar privilegiado que sirviera de continuidad a su estirpe.

—Tú serás fuerte y temido por los otros dioses...

Baal quiso saber más y preguntó:

—¿Cuál ha de ser mi fuerza?

El continuó en su presagio:

—... serás, por ello, *el dios de la Tormenta, el dios del Trueno y el Rayo*, y tu poder se ha de extender en todo el universo, a tu paso todos los seres, humanos y divinos, se esconderán ante el espanto de que desates sobre ellos tu ira.

El hijo, altivo y firme, ante el padre que chocheaba frente a la fuerza arrolladora y el avasallamiento de su primogénito, le preguntó:

—¿Y cuál ha de ser mi valor?

El pronunció orgulloso y ufano:

—La fuerza de tu brazo. Serás el guerrero más arriscado e intrépido que surgió de los territorios de mi poder —calló un momento en el que se enorgulleció públicamente con la hermosura y el talento de su hijo preferido, mirándole y admirándole con arrobos por ello, y, retomando luego sus insignes palabras, prosiguió con los presagios que estaba haciendo obligándole a exclamar—: Tú lucharás por el bien de la comunidad divina con los dioses rebeldes y que no desean acatar nuestro orden, ambicionando exclusivamente la muerte y la oscuridad en la morada fulgurante y... —se detuvo súbitamente como si un pensamiento nefasto cruzara por su mente y le hiriera.

Baal se percató de ello y apremió a su padre:

—¿Qué te ocurre, señor? ¿Es qué hay algún oscuro presagio en tu pensamiento que te hace entristecer?

—No, no, es que veo claro...

El hijo, lleno de vigor y energía, quería saber con urgencia. Por eso instaba con insistencia a su progenitor:

—¡Habla, expón tus pensamientos por agoreros que sean! ¡Quiero y necesito conocer mi destino!

El, suave y con comprensión, le dijo:

—Tendrás que ganarte, desgraciadamente, tu derecho de sucesión como príncipe heredero.

Baal rugió como una bestia salvaje agredida, inyectando sus ojos en sangre, al tener que enfrentarse con la injusta premisa que se requería para que el silogismo comenzado por su padre fuese una realidad. Y preguntó:

—¿Quién osa, señor, el disputarme mi derecho de primogenitura y, con tal, mi título de príncipe heredero de mi señor y padre *Eli*

El padre de los dioses calló ensimismado en sus más profundos pensamientos. No debía lanzar a una lucha prematura y de consecuencias desconocidas para su hijo. Todo debía venir conforme a la ley de la naturaleza y de los dioses. No deseaba sembrar por anticipado el odio y las veleidades entre los dioses. Por eso repuso cuando se decidió a hablar:

—*Baal*, hijo mío, tú eres preso de tu destino. Es decir, cada ser vivo lo es. Y lo que tenga que llegar, por mucho que tú desees desviarlo de la ruta de los acontecimientos, llegará inexorablemente.

El joven dios, encolerizado y batiendo sus mandíbulas por efecto de la ira que tenía que contener dentro de él, gritó:

—¡Es que no tengo derecho, como tu primer hijo y preferido, a conocer quiénes son mis acendrados enemigos?

El padre le calmó:

—Posees, hijo mío, la más grande fuerza en tu brazo que nadie en el universo pueda ostentar y yo confío en ello y en la voluntad de tus dioses protectores para que venzas siempre en aquellas gestas que protagonices, porque tu lealtad, tu bondad y tu poder sólo se pueden colocar al lado de las causas justas —calló un instante y luego

añadió—: También confío en la efectividad y contundencia de las armas con las que te he de dotar...

Baal preguntó:

—¿Y cuáles serán ellas?

—El hacha de combate y el lanzacentellas.

Se le concedía de un golpe el poder de arrojar desde su mano haces de *rayos de luz* que fulminaban, convertían en humo, a sus adversarios.

El joven dios, al oír estas palabras, quedó satisfecho, ufano. No todos los dioses eran merecedores de portar y usar estas decisorias armas.

El, ensoberbecido por el acierto con que aplicaba su poder, se dirigió de nuevo a su hijo y le dijo ufanamente:

—Tu animal votivo será, como el mío, el toro...

Baal le escuchaba embelesado.

El continuó:

—... y tu tocado simbólico, que te ha de representar ante la asamblea divina, será igual al que yo luzco: cónico y adornado con un par de cuernos; para que todo el universo te respete como mi hijo preferido y te acate como tal.

Baal mostraba en su rostro el supremo agradecimiento; sobre todo porque su padre se complacía con él ante todo el universo.

El continuó:

—Y serás llamado *Elyon*, porque todo tu pueblo te ha de considerar *supremo*.

Con la mayor satisfacción que cabía en su pecho, *Baal* abandonó la Morada Celestial y descendió a la Tierra en donde debía cumplir las misiones que le tenía encomendadas su padre. Comenzó su divagar por los tortuosos caminos que se le ponían por delante y su fortaleza, su soberbia y su desprecio hacia los demás seres que él consideraba de menor ralea y dinastía que la suya, hicieron que su comportamiento con sus congéneres resultase áspero, adusto, displicente y despectivo, por lo que en las calles de las ciudades que

guardaban la excelsas técnicas de los dioses, comenzose a decir de él:

—Mira, ahí va *Baal*, el *Hadad*, ese hijo de dios que es hartamente *desabrido*.

Y, efectivamente, el día llegó en el que tuvo que ganarse a pulso y por su propio mérito el título de *príncipe*, presunto heredero.

Cuando dos de sus hermanos preclaros, los hijos de *El*, aparecieron en su casa, en el atrio del templo donde mantenía *Baal* su residencia, supo de inmediato que aquéllos llegaban hasta su presencia para reclamarle el derecho que se reservaban a ser los descendientes directos de su padre celestial.

No sirvieron para nada las discusiones y los múltiples encuentros que tuvieron para aclarar por las buenas los derechos que detentaban cada uno de ellos para ser el legítimo sucesor de la máxima deidad que los engendró.

Sus hermanos aducían en la disputa, a pesar de que ellos le reconocían a él, a *Baal*, como el primogénito del padre común, que ellos estaban dotados de mayores méritos y atributos divinos que él, los cuales podrían usar en la consecución de sus aspiraciones. Cuando se llegó a este punto se dio perfectamente cuenta el primogénito de *El* y su preferido de que la batalla, la guerra estaba presentada, que con sus palabras desafiantes y dilaceradas se le había presentado un ineludible ultimátum al que tenía que hacer frente sin dilación. Por eso, el presunto príncipe, despidió de malos modos a sus hermanos y se aprestó a luchar contra ellos. Cuando quedó solo en su aposento, en la intimidad de sus pensamientos y consideraciones, se dijo:

—Era un presagio. El destino obra con exactitud terrorífica. Su ruta es indesviable. Las palabras de mi padre *El* han cristalizado con sonidos de verdad.

Con gran coraje y admitiendo que era él quien poseía las *armas divinas*, *Baal* acudió al campo de batalla y ante él se presentó el primero de sus hermanos, *Yam*, aquel a quien se conocía con el sobrenombre de *Príncipe del Mar*. Usó bien el primogénito de *El* sus armas y consiguió sin gran esfuerzo y crueldad vencerlo. Ya iba a retirarse del campo bélico el vencedor con todos sus honores cuando su otro hermano, *Mot*, a quien se le nombraba con el significativo apodo de *El que hiere*, le reclamó a grandes gritos diciéndole:

—¡Has vencido en lucha desigual y cobarde a mi hermano y tu enemigo *Yam*! ¡Has usado de toda tu crueldad y de tus privilegios lanzando sobre él el rayo de la muerte, el de la luz que fulmina! ¡No te has comportado con la lealtad que requiere tu sangre de dios, hijo de dioses! Pero aquí estoy yo, *el que hiere* y no te teme, para vengar en ti al hermano a quien amaba, de vindicar sobre tu cabeza las grandes ofensas y humillaciones que tanto el *Príncipe del Mar* como yo hemos sufrido a lo largo de nuestra existencia. ¡Apréstate a la lucha sin final que tanto tiempo he esperado!

Mot se lanzó sobre el hermano que odiaba desahoradamente, se le abalanzó llevando por delante sus mortíferas armas, sorprendiéndolo de tal forma que apenas pudo reaccionar, cayendo herido de muerte a sus pies, ante el cual, en su agonía, *El que hiere* lanzó un alarido de triunfo y victoria para que todo el universo le reconociese como el único vencedor en aquella despiadada batalla a muerte.

Pero su hermana *Anat*, la hija de *El*, al ver tendido sobre el campo de batalla el cadáver de *Baal*, su hermano predilecto, se negó a admitir el fehaciente hecho y se dispuso a luchar para reparar el mal que llevara a cabo el cruel *Mot*.

Quizá la reacción de la joven y hermosa diosa se debiera a una tenue indicación de su padre, que reinaba en los cielos y que deseaba, conociendo el futuro del universo, torcer ligeramente los caminos del destino e imponer en aquél sus divinos designios y voluntades; o quizá también se debió a su iniciativa particular de salvar al hermoso doncel, de quien estaba enamorada, y al que no quería perder por ninguna de las causas, aunque alguna de ellas fuera divina.

Por eso *Anat* lo primero que hizo fue dirigir su oración a los cielos diciendo:

—No consintáis, dioses celestiales, que la muerte de mi amado e idolatrado hermano *Baal* sea definitiva —y con desesperación añadió, urgiendo una solución inminente a su abatimiento—: Concededle de nuevo la existencia a *Baal*, mi luz, el guía de mi vida, el objeto dulce de mis caprichos de diosa y mujer...

Quizá escuchara el consejo del dios supremo, la voz de la divinidad, pues, cuando abandonó la soledad de su aposento, lo hizo con la luz de la esperanza en su rostro y en sus ojos refulgía el voto de una próxima venganza.

Así pues, *Anat*, imbuida con la fuerza o el mensaje que recibiera de lo alto, ocultando entre los pliegues de su nívea túnica una tremenda espada de metal fulgurante de la cual surgían brillos inquietantes y cegadores que trataba de ahogar bajo la valiosa tela, se dirigió a la morada de *Mot*, donde fue bien recibida como diosa hermana del señor del lugar y se le condujo cándidamente hasta sus habitaciones, donde lo halló, satisfecho y contento con su victoria, confiado y dispuesto a compartirla con la hermana y a narrar con toda clase de detalles los avatares de la misma.

Anat, antes de mostrar su arma a *Mot*, le dijo con palabras llenas de desprecio y odio:

—Ésta es mi venganza y la de todos los dioses.

Y mostró su espada, blandiéndola sobre su cabeza.

Mot, cogido por sorpresa, apenas pudo reaccionar y, aterrado, trató de refugiarse en la soledad de su trono. Pero *Anat*, furiosa y con el odio a flor de piel, le dijo:

—Muere de un tajo y con tu muerte reviva por siempre el divino *Baal*.

Y asestó un tremendo y definitivo golpe de espada sobre el cuerpo de *Mot*.

"Asió a Mot, el hijo de El, y lo partió en dos con su espada. "

Así fue "como los hijos de la deidad suprema combatieron entre ellos y como uno de ellos desafió a la derrota para reaparecer y convertirse en el aceptado heredero, llenando de júbilo a El".

"El, el benévolo, el misericordioso,

muestra su alegría,

se pone en pie en su escabel,

abre su garganta y ríe,

alza su voz y pregona:

iDescansaré ya aliviado,

***con el corazón reposando en mi pecho,
pues el poderoso Baal está con vida,
pues el Príncipe de la Tierra existe /"***

El dios supremo gritó su pregón a los cuatro vientos, que llegara su grito de paz y de triunfo sobre toda la Tierra, que alcanzase todos sus rincones. *El* era feliz, que todo el mundo lo supiese.

Por otra parte, *Imperfecta doncella* que auxiliara a su hermano *Baal*, el Señor, extrayéndole de la muerte, de las profundas tinieblas en que le sumiera su perverso hermano *Mot*, envió un mensajero a la morada del *resucitado* para que le anunciara su inminente y próxima visita.

La *doncella Anat* era una mujer de una activa y plena vida sexual, que mantenía frecuentes y variadas relaciones con toda clase de hombres sin ninguna clase de reparos ni discriminaciones; virtud que quizá heredara de su padre *El*, cuando era un verdadero *toro*, de virilidad y empuje en sus años de juventud. Pero, a diferencia de su progenitor, la diosa ahogaba todas sus descomedidas y desenfrenadas ansias amorosas con cualquier varón cuando se hallaba frente a la posibilidad de obtener los favores sexuales de su hermano *Baal*, con el cual se humillaba y superaba en el arte de amor para su satisfacción y el de su enamorado.

Baal, igualmente, recibía a *Anat* con la mayor de las ilusiones y el placer que obtenía de ella era inconmensurablemente mayor que todos los que recibía de sus concubinas, que visitaban regularmente su lecho. Por eso, al conocer el dios la cercana visita con que le iba a regalar *Anat*, *Baal* mandó llamar a uno de sus servidores y le ordenó que de inmediato despidiese de su palacio y de su harén a todas sus mujeres, recomendándole que preparasen su cámara nupcial con los mejores, más valiosos y prístinos ornamentos que se hallaran en la Tierra.

Cuando *Anat* llegó al palacio de *Baal*, que se alzaba a los pies del monte Zafón, el dios corrió a postrarse a los pies de su hermana. En la entrevista nada se dijeron. Como vestían las vestimentas ceremoniales y lucían ambos sus tocados cónicos provistos con el par de cuernos que requería su dignidad, solamente, como señal de bienvenida, se "ungieron mutuamente sus *cuernos*" y cayeron en un éxtasis profundo, dejándose llevar por toda clase de voluptuosidades,

apasionamientos y caricias, convirtiendo en digno y purificable todo aquel torbellino de lascivias, lujurias, morbideces y concupiscencias en que se vieron envueltos.

"Él ase y sostiene su seno...

Ella ase y sostiene sus *piedras*...

La doncella Anat...

está hecha para concebir y parir."

Y la pareja divina, en un sueño, se difumina entre las volutas de sus deseos y pensamientos, penetra en el tornado del destino que les llevará urgentemente por los parajes desconocidos y joviales, pero inquietantes, de los presagios divinos, de las voluntades de *El*...

LA LOCURA DE AMOR DE LA REINA DE LOS MUERTOS

Acaeció en el Gran Abajo... La historia de amor entre Ereshkigal, nieta de Enlil, y Nergal, un hijo de Enki. Ocurrió seguramente después que fuera visitada la diosa del reino de los muertos por su hermana, la sin par Inanna, pudiendo con arteras artimañas escapar de su condenación y del odio de la reina de los infiernos. Después de muchas vicisitudes, en las cuales se puede determinar con facilidad la naturaleza humana de los dioses, la extraña pero enamorada pareja se convirtieron en esposos y con ello el dios Nergal detentó el título de Señor del Mundo Inferior. Se convirtió en el prototipo de la destrucción, especialmente por el hierro. Con su espada, que blandía a diestro y siniestro, iba destruyendo todo lo que encontraba a su paso. Encarnaba asimismo a la divinidad de la peste que diezma a los mortales, dándosele el nombre de Señor del Reino de los Muertos. En compañía de los demás dioses de la Morada Celestial, fijaba la hora fatal en la que el hombre debía descender a la morada eterna.

Los sucesos que acabaron por enlazar a estos dos dioses que, antes de conocerse, no podían ser más dispares, no se desarrollaron, por supuesto, en el País de los Muertos, sino más bien en unos parajes bucólicos, esplendorosos y feraces, donde los dioses podían entrar y salir a su conveniencia, donde podían tener lugar unos apasionados amores divinos y dotados con la suficiente realeza que se entendía deberían tener unos parientes tan cercanos a la suma divinidad que ostentaban sus ancestros.

La casa de Nergal en el Mundo Inferior era un lugar refulgente, seguro y fecundo, en un paraíso subterráneo que era conocido como la boca de los ríos estrechamente asociado a la Casa de Enki. Lejos de ser un lugar oscuro y tétrico, sombrío y lleno de desolación y penuria, el lugar era...

"Un rico suelo, amado de Enki;

rebosante de riquezas de perfecta plenitud...

¡Qué abundosos ríos lo surcan...!"

Era un paraje resplandeciente, con fluyentes aguas, como correspondía al patronazgo del dios Enki, Señor de las Aguas Fluyentes. Las frescas y sonoras aguas fluían más en el Gran Abajo que en el propio paraíso sumerio. En los dominios de este dios es donde la abundancia y el beneficio de las aguas imperaban sobre cualquier otro bien; las aguas y cualquier animal o ser que se guareciesen en ellas.

**"A ti, Apsu, puro suelo
donde abundosas aguas fluyen rápidas,
a la Morada de las Aguas Fluyentes
el señor se dirige...
La Morada de las Aguas Fluyentes
Enki en las puras aguas estableció.
En el centro de Apsu
un gran santuario estableció."**

El lugar donde acaeció el romance divino estaba más allá del mar, bajo las soberanías de Enki.

En un lamento penoso el propio joven Nergal se queja de que fue trasladado al Mundo Inferior por primera vez a bordo de una nave.

En este lugar idílico, residencia de dioses y diosas, escogido especialmente para que ellos mismos desarrollen sus amoríos.

Toda esta historia romántica se inició en los cielos, pero con toda seguridad no en la mansión de Anu que poseía en los territorios del Duodécimo Planeta.

Todo comenzó con la celebración de un banquete divino que los otros dioses organizaron en honor de Anu, Enlil y Ea-Enki.

Enlazando con la ubicación física de la celebración fausta parece ser que tuvo lugar a bordo de una nave espacial situada en órbita, puesto que las dificultades para llegar al festín fueron obvias para aquellos dioses que moraban en la Tierra y que también resultaron invitados para rendir honor y pleitesía a los tres grandes y principales.

Como es natural, y porque le correspondía, fue llamada a la convocatoria festiva la diosa Ereshkigal que por ser nieta de uno de los homenajeados le correspondía, por así decirlo, por estatuto.

Ereshkigal expresó subrepticamente el no poder ascender hasta ellos para unírseles en tan fausto acontecimiento, solicitándoles de su bondad que la excusaran de acudir a tan grata reunión de dioses.

Las divinidades, comprensivas pero afectadas por su ausencia y deseando tener a la joven diosa entre los suyos, le enviaron un faraute que descendió la larga escalera de los cielos y llegó a la puerta de Ereshkigal. Solicitó la entrada a su reino y el deseo de ver a la señora, cuyas ambas cosas a dos le fueron concedidas, y, ante su augusta presencia, el enviado divino le entregó la invitación personal de la Asamblea de los Dioses. La diosa, con exquisitos modales y grande afectuosidad, la tomó y despidió al mensajero con la subsiguiente recomendación:

—¡Gloria para Anu, Ea y mi abuelo Enlil! Comunica, oh amigo de los cielos, mi satisfacción y alegría por ser la escogida de los dioses para que les acompañe en el banquete divino. Diles que estaré a su lado con mi mayor agrado. Lleva todo mi agradecimiento a mis mayores, a quienes siempre he de respetar —se detuvo un momento en su perorata, echó una mirada a las grandes ventanas del salón de su trono por oscurecidas y mohosas, que no mostraban por ellas paisaje alguno y por las cuales entraban unos extraños murmullos que se podrían confundir con el batiburrillo que resultaría de entremezclar gemidos, maldiciones acalladas y el crepitar de ramas verdes cuando se queman; luego miró a su interlocutor y le dijo—: Pero, oh, amigo de los dioses que eres su servidor, comunica a la Asamblea que como ves mi reino es difícil de gobernar y mi presencia en él debe ser constante para que nadie retorne a las luces y al verdor de las campiñas, y que yo les prometo que si mi ausencia aquí no pudiera ser efectiva, real, les enviaré uno de mis mejores consejeros para que me represente con total lealtad, tanta que todos puedan decir que yo misma he estado presente en el banquete en alma y en cuerpo.

El faraute inclinó la cabeza ante la diosa en son de acatamiento y sin decir nada abandonó aquel reino de la oscuridad, cosa que en realidad estaba deseando.

Ereshkigal, cuando estuvo sola, sonrió con cierto sarcasmo, esperando haber engañado al mensajero y con él a los otros dioses, porque desde un principio sabía que ella no iba a acudir a la conmemoración divina. Se levantó de su trono y caminó por toda la lóbrega sala de mármol negro; al llegar a la puerta de la misma, la recibió uno de sus esbirros medio desnudo y afumorado que, arrodillándose ante ella, se humilló en señal de acatamiento y temor.

Ereshkigal le ordenó:

—Busca a Namtar en sus aposentos y que se persone en el acto ante mi augusta presencia.

La joven diosa era orgullosa, despótica y cruel en sus decisiones; las represalias que tomaba contra el desobediente o el que no cumpliera sus tajantes órdenes conforme a lo señalado en su mente, eran más bien vindicativas que correctoras.

Su mensajero Namtar se acercó a la reina, inclinó su cuerpo hasta casi llegarle la cabeza al suelo opaco y, cual si fuese un esclavo, le solicitó indignamente el permiso para poder penetrar en su mansión y mirarla frente a frente. La diosa le hizo pasar y, sin darle ninguna clase de beneficios ni descanso, lo mantuvo ante sí en una actitud envarada y de sumisión mientras le daba sus instrucciones. Él debía cumplir con una serie de requisitos en los que la dignidad divina de ella no podía ser ofendida. Desde el puesto que ocupara en la mesa hasta el tratamiento que se le diera a él, pasando por los cubiertos, vajillas y vasos de cristal noble, debían mantener una altura de privilegio, no porque la diosa lo considerase, sino porque él era ella en todo momento y la ofensa o desconsideración que a él se le hiciera iba directamente contra el corazón de Ereshkigal.

**"Asciende, Namtar, la larga escalera de los cielos,
separa el plato de la mesa, toma mi parte,
y sea lo que te dé Anu, tráemelo todo."**

Namtar, el consejero, recorrió el camino hacia el lugar del banquete a bordo de su nave espacial y cuando llegó a la sala preparada convenientemente para el festín, llena de dioses, al verle y conocer que era el representante genuino y auténtico de Ereshkigal, todos se levantaron y fueron a rendirle tributo de amistad y agradecimiento, porque sabían que el emisario contaría detalladamente, cuando regresara al reino de las tinieblas, a su señora todo lo ocurrido y cómo la había tratado la Asamblea de Dioses.

Bien satisfecho quedó Namtar con el recibimiento, pero de inmediato se dio cuenta de que en un rincón de la sala, en actitud de máximo hedonismo, sin importarle nada de lo que allí se resolvía, había un dios calvo, sentado hacia atrás. El comportamiento del ególatra y comodón desagradó al consejero de la reina de las tinieblas, quien, cuando de nuevo estuvo delante de su señora, le relató el incidente con gran disgusto.

Ereshkigal, al escuchar las palabras de Namtar, se estremeció de ira y el amargor acre de su soberbia envilecida la obnubiló y, llena de la cólera y el rencor propios de los dioses pertenecientes a la Morada Celestial, gritó fuera de sí:

—¡Yo misma y los dioses menores de mis dominios han sido ofendidos! ¡Hemos sido provocados y envilecidos por una ignorada y apática divinidad, cuyo parentesco real nadie conoce! ¡Ello requiere una disculpa y un castigo!

Ereshkigal demandó por medio de su consejero Namtar a la Asamblea de los Dioses que el ofensor fuese enviado ante su presencia para que diera cuenta de su agravio, pidiera las disculpas pertinentes y recibiera el castigo merecido por su indelicadeza.

Así fue requerido el dios calvo, que resultó ser Nergal, el hijo del gran Ea-Enki.

La requisitoria fue hecha en presencia de su padre que, al escuchar las palabras de los dioses y la causa de la misma, montó en cólera y reprimió severamente al hijo por su acción indigna de su ralea, pasando seguidamente, cuando se calmó su furor divino, a darle una serie de instrucciones sobre el modo de comportarse y considerar a cualquier otro dios de la Asamblea y sobre todo si se trataba de una mujer. Luego, con la voz de trueno del dios ofendido, le ordenó:

—¡Acude a la mansión de Ereshkigal sin demorar ni por un momento el viaje! Te presentarás ante ella y te comportarás como te he dicho. Si así no lo haces, la maldición divina te envolverá para siempre.

Nergal expresó con temor:

—¡De su reino no hay quien vuelva! Debo llevar conmigo las armas más especiales para poder luchar, si llega el caso, para salir de aquel lugar siniestro y de terror.

Enki le repuso furioso:

—Viajarás al reino de Ereshkigal solo, sin armas; si acaso lo harás con las armas que yo te he dado.

—¿Cuáles, señor?

—La de los modales, el buen comportamiento y las ganas de agradar a aquella que has ofendido con tu desidia y tu pereza.

Nergal, a bordo de su vehículo espacial, salió del cielo y se dirigió al reino de la oscuridad en busca de Ereshkigal. A sus puertas se detuvo sorprendido, ya que el portero Neti le impidió el paso. El dios tuvo que solicitar la entrada al reino de los muertos, identificarse como morador del cielo y declarar que el motivo de su visita era el disculparse con la señora de todos aquellos dominios del Mundo Inferior. Neti le retuvo en el umbral de las puertas de los infiernos y, mientras acudía a informar a sus señores de la inusitada visita, corrió los grandes cerrojos del portalón que chirriaron herrumbrosos con un penetrante, agudo y tenebroso ruido, que contribuyó al ambiente de consternación que se vivía en su interior.

Namtar, el consejero, se acercó a recibirlo e inspeccionarlo y de inmediato le reconoció como el ser falaz y despreciativo que tuvo la desvergüenza de no cumplir debidamente con el rango de la diosa Ereshkigal. Raudamente y por voluntad de la señora del erebo Nergal fue introducido al amplio atrio de Ereshkigal, donde debía cumplir satisfactoriamente varias pruebas.

En el reino de las sombras el dios Nergal estuvo recluido durante un tiempo casi sin relacionarse con ninguna otra deidad menor ni mayor. Tenía libertad para caminar y contemplar todo aquello, pero no le apetecía puesto que aquel panorama tan sombrío y triste le apesadumbraba y no deseaba turbarse, precisamente él que era un dios hedonista, al que le agradaba sobremanera la vida

muelle y cómoda. Recorrió el lugar largamente y pronto se percató de que ya no estaba en el reino de los muertos, quizá sí en el Mundo Inferior, pero en un lugar paradisíaco propio de la morada de los dioses. Quizá en una de las pesadillas que tuvo durante el tiempo que pasara en el tétrico lugar fue transportado al edén del que gozaba la joven diosa conjuntamente con otras deidades menores que le acompañaban. Sin embargo, Nergal, que gozaba de todas las comodidades y holganzas que tanto disfrutaba, estaba desligado, por así decirlo, de la bella Ereshkigal que, altanera y soberbia, condenaba al dios apático al castigo de mantenerlo alejado de su hermosura.

Ereshkigal solía tomar un baño diario y en una de estas ocasiones tuvo la fortuna Nergal de contemplarla desnuda mientras entraba en su piscina de agua templada orlada de rosales y todo tipo de árboles frutales. Al ver el dios todo el maravilloso esplendor de la joven diosa quedó prendado de ella y no descansó, obsequiándola y acosándola con regalos, dádivas y promesas, hasta conseguir hacerla suya. En ello, Ereshkigal encontró el verdadero placer de su vida, su auténtico y legítimo amor...

**"... ella reveló su cuerpo,
lo que es normal para hombre y mujer.
Él... en su corazón...
... ellos se abrazaron,
apasionadamente fueron al lecho."**

E iniciaron una lucha de amor, una dulce contienda de amor en la cual durante siete días y siete noches se hicieron el amor.

Por otra parte, en el Mundo Superior, los grandes dioses, especialmente el dios Ea-Enki, comenzaron a preocuparse por la ausencia de Nergal, pensando que la joven diosa lo habría recluido en alguna de sus mazmorras; que, al igual que a Inanna, lo habría envuelto con su mirada, la mirada de la muerte, y pronunciado con él la palabra mágica, profiriendo el grito de la condenación, y le habría producido la muerte y colgado su cuerpo en uno de los ganchos que se anclaban en la pared oscura y mohosa, para pasto de las alimañas. Así pues, los dioses se pusieron en comunicación con él, quizá por

medio de los instrumentos precisos de contacto y control que tenía en la cabina de su nave espacial, y le reclamaron con urgencia para que volviese a los cielos, donde estaba su morada y la de los suyos.

Nergal, transcurrido ya el tiempo de amar, se dirigió a Ereshkigal y le suplicó:

—Suéltame.

Como la joven diosa, encelada por enamoramiento del que tuvo como su enemigo, no le dejase partir, reteniéndolo en contra de su voluntad, Nergal, que no resultó ser tan apático y abúlico como parecía, le tuvo que prometer:

—Iré y volveré de nuevo.

La joven diosa cayó en la engañifa del astuto Nergal y le dejó partir. Encomendó a su consejero Namtar que le acompañase hasta su nave espacial y le despidiese. En ese lance, el servidor se dio perfecta cuenta, por la jovialidad y el relajo que mostraba el invitado, que, más que marcharse con cierto resquemor por volver lo más rápidamente posible, aquello era una huida en toda regla. Y cuando Namtar regresó junto a Ereshkigal a darle cuenta de cómo se había desarrollado la despedida, acusó a Nergal condolidamente de no tener intenciones de regresar junto a ella.

Desesperada la diosa, montó en cólera por la burla y seguidamente cayó en una profunda depresión. De inmediato pensó que tenía que enterar al padre de todos los dioses, Anu, su propio bisabuelo, del engaño con que había sido afrentada. Llamó a su presencia a su fiel consejero Namtar y le entregó una misiva escrita de su puño y letra para que se le entregara a la máxima deidad de la Morada Celestial. El mensaje de Ereshkigal era claro:

"Yo, tu hija, era joven.

No he conocido el juego de doncellas...

Ese dios que enviaste

y que tuvo relación íntima conmigo...

envíamelo, para que pueda ser mi esposo,

para que pueda alojarse conmigo."

Cuando le comunicaron a Nergal la petición de la bella diosa que él había poseído estalló en una amarga carcajada. ¿Quién era aquella alimaña, ni qué poder tenía para escandalizar de aquel modo y ponerle en una situación de ridículo delante de todos los otros dioses? ¿Por qué tenía que soportar las reprimendas de su padre y de Anu por causa de aquella mujer, que por muy bella que fuera no era la única en el paraíso que pudiera ofrecerle placer...? Pero la diosa lo que le ofrecía, según Ea-Enki y Anu, era el verdadero amor y por eso le apremiaban a que tomara una decisión. Él, Nergal, les respondía:

—No ha llegado aún mi hora para casarme.

Pero aquella idea del amor que Ereshkigal le ofrecía no caía en vacío, hacía su mella en su corazón y en la integridad de su raciocinio.

Los dioses siguieron atosigando a Nergal para que tomara a la diosa como esposa y él, en un raptó de ira y soberbia, deseando deshacerse de aquel problema con que le asediaban sus dioses mayores, tomó la determinación de organizar una expedición militar e ir contra el reino que ella gobernaba y acabar con aquella molestia que le desasosegaba. Así lo hizo y asaltó las puertas de la Casa de Ereshkigal con la consigna inapelable de cortarle la cabeza. Pero cuando el dios se halló frente a la hermosa diosa, ella, usando todas las armas de que disponía, indudablemente las tretas de mujer, le dijo candorosamente:

"Sé mi marido y yo seré tu mujer.

Te dejaré a ti el dominio

sobre el vasto País Inferior,

pondré en tu mano la Tablilla de la Sabiduría.

Tú serás el Dueño y yo la Amante."

Nergal quedó mudo, muy sorprendido por el ofrecimiento, muy sorprendido por la mirada de amor con que le envolvía la bella, por la

renuncia que hacía de todo su poder en su favor...

**"Cuando Nergal oyó sus palabras
la tomó de la mano y la besó,
y enjugando sus lágrimas le dijo:
Lo que has deseado para mí
desde pasados meses... ísea ahora!"**

Y los dos amantes quedaron unidos para la eternidad. Desde ese momento Nergal, el esposo de Ereshkigal, se convirtió en el verdadero Señor del Mundo Inferior, del Reino de los Muertos.

LA SÚPLICA DEL ATERRADO QUE ASCENDIÓ AL CIELO DE ANU

El dios Nuddimmud, aquel que hace las cosas, nombre que ostentaba en el cielo y que al bajar a la Tierra le fuera dado el apelativo de Enki, Señor Tierra, o Ea, cuya casa es agua, mandó construir las cinco primeras ciudades —Eridu y otras cuatro— sobre las cuales iba a asentar la realeza del Cielo e iniciar desde ellas —a cuyo frente de cada una había colocado a un héroe o semidiós de profundo saber y poderío, haciéndose él mismo cargo de la primera— un plan inteligente y previamente diseñado para dominar la Tierra y a sus burdos e imperfectos habitantes.

Acaeció bastantes generaciones después de que Ea creara al primer hombre, Adapa, al que tanto amó que lo adoptó como su propio hijo. Ocurrió mucho tiempo después de...

**En aquellos días, en aquellos años,
el sabio de Eridu, Ea,
lo creó como modelo de hombres.**

El imperio se fue expandiendo y nuevas ciudades fueron llenando el paisaje sumerio, al frente de las cuales los dioses ponían a un gobernante nombrado directamente por ellos y que era quien detentaba el poder en su nombre y en su representación.

Esta historia aconteció en una de estas ciudades, la llamada Khish, y ocurrió siendo su gobernante decimotercero, por la gracia de los dioses de la Morada Celestial, Etana, el que ascendió al Cielo.

Los dioses le convocaron ante su Asamblea y colocando a Etana en medio de la misma le rodearon con su propia potestad, su magnificencia, sus túnicas blancas y las nubes azules bajadas de la propia Morada de los Cielos, y con voz atronadora y firme le hablaron con gran dignidad:

—¡No te lo proponemos, oh indigno señor de la tierra...!

—¡No te lo damos a escoger por tus bastardas conveniencias...!

—¡Somos tus señores!

—¡Te lo ordenamos!

Etana, aterrado ante las deidades que concedían la vida a la Tierra, a los dos ríos sagrados, a los pantanos, a las criaturas salvajes y desvalidas que eran los hombres, no osaba hablar, ni apenas mirar; el terror le invadía y aquel acto que pudo haber sido un acto de luz y satisfacción se convirtió en otro muy distinto y penoso para él, lleno de inquietud y de zozobra...

De nuevo la voz ensordecedora de uno de los dioses repitió:

—¡Cada uno de nosotros somos para ti tu señor!

—¿Lo comprendes?

Etana, arrodillado sobre el tapiz de niebla y humo, de pétalos azules de gardenias y extravagantes flores desconocidas y de los pelos albos del armiño procedentes de las lejanas tierras donde las aguas se convierten en montañas transparentes, recibía sobre su cabeza el aliento de la ira de los dioses. Miró hacia lo alto y, ante los dos mil ojos que le miraban llenos de furor y sobreexcitación les contestó:

—Lo comprendo —y aterrado les preguntó—: ¿Qué queréis de mí?

Una voz anónima entre tanta deidad le explicó, esta vez serenamente:

—Hemos bajado del Cielo —y señaló con su firme índice a lo alto, más allá de las bardas que envolvía a toda la congregación sacra —: para comunicarte nuestra orden, nuestra decisión.

Etana seguía en su lecho de consternación.

Él dios continuó su exégesis:

—Por voluntad de esta Asamblea terrestre de dioses, en recompensa a tu fidelidad, sabiduría y excelentes virtudes...

—Señor... —agradeció Etana con sumisión.

—... hemos decidido nombrarte gobernante de la ciudad de

Kish.

Otra voz se escuchó, que continuó la manifestación divina:

—... para que en esa ciudad nos honres y, en nuestro nombre, lleves el bienestar a tus súbditos y que la probidad y la moralidad reinen entre todos ellos, de modo que nuestro padre Anu, allá en la Morada del Cielo, pueda jactarse ante su esposa, Antu, de que tu, Etana, y tu pueblo le sois fieles y os pueda mandar satisfecho sus bendiciones.

El terrestre, sin saber qué decir, confundido, aterrado, preguntó:

—¿Y qué más queréis de mí?

El dios le ordenó:

—¡Qué aportes *"a la humanidad la seguridad y la prosperidad"* que la realeza tiene el deber de procurarles.

—Tú serás el utensilio que obre en nuestro nombre.

—Tú serás nuestra bondad y nuestra ira.

—Sólo a ti se te pedirá cuentas de tus actos y de los de tu pueblo.

—Por eso sólo a ti se te rendirán los mayores honores terrenos.

—Tú, con tu bondad y sabiduría, procurarás que el empeño que tenemos para que Kish prospere se haga realidad.

Etana, casi en el paroxismo de la incomprensión, preguntó desesperado:

—¿Qué debo hacer? ¡Deseo complaceros!

El dios respondió fulgurante:

—¡Organiza a tu pueblo! ¡Crea tu civilización!

—¡Sé tú grande!

—¡Gobierna con tacto y, si es preciso, con crueldad y fuerza, para que nuestra ciudad, nuestro pueblo, sea grande y tú con él magno.

Etana, por primera vez en todo el acaso, levantó los ojos hacia los dioses y haciendo enormes esfuerzos se imbuyó con la fortaleza del titán y la sabiduría del mago.

—¡Lo seré, señor! Mi pueblo ha de ser el más grande en todas las tierras que bañan dulcemente los dos ríos —aceptó.

De nuevo la niebla densa, rosada y azul los cubrió a todos. Un único rayo de sol se abrió pasó entre los nubarrones espesos que diluían a los dioses, convirtiéndolos en meros espectros que se deformaban con la brisa cálida que portaba la luz. Y de nuevo se escucharon las voces de advertencia:

—¡No te lo proponemos, oh indigno señor de la tierra...!

—¡No te lo damos a escoger por tus bastardas conveniencias...!

—¡Somos tus señores!

—¡Te lo ordenamos!

Y añadieron:

—¡No se te olvide!

La asamblea quedó en la oscuridad. Sólo Etana, arrodillado, caído sobre la tosca tierra del lugar, se debatía entre la duda de la certidumbre de lo ocurrido. Allí permaneció hasta que la luz inundara todo el paraje, repleto de árboles frutales, plantas de rosas y jazmín, y un húmedo y aromático terreno cubierto de césped verde y recién cortado.

—¿Dónde estoy? —se preguntó.

Estaba ya en su propio palacio, en el propio edén, en el mismo paraíso de los dioses celestes. Un edecán se le acercó y le condujo hasta el salón de su trono, desde el cual, le dijo, debería gobernar con acierto y honestidad. Al caminar por los corredores del templo-casa, visitar sus jardines, sus caballerizas, sus saunas y sus piscinas, una multitud de sirvientes le acogían jovialmente y le reverenciaban como su amo y señor.

Etana, al fin convencido de la labor para la que había sido escogido por los dioses, se dispuso a gobernar, según el mandato que poseía, y si bien le exigieron aquéllos que lo hiciera, mucho más se esmeró el gobernante, con el temor, el terror, de no defraudar a unos

y a otros en la misión encomendada.

En efecto, la ciudad de Kish obtuvo, entre todas las demás, una preponderancia y una prosperidad como jamás se había conocido en todo el territorio sumerio.

Etana tuvo, como cualquier jerarca de aquellos antiguos pueblos, el beneficio de poseer un excelente harén compuesto por las más bellas mujeres del universo. Gozó de ellas cuanto pudo sin que en su reino hubiese un solo súbdito que le trajese una sola queja de él y de su manera de obrar. Hasta los dioses estaban admirados con el acierto de su elección.

El tiempo pasó por sus tierras, sus gentes, su pueblo y por él mismo, y entonces el propio Etana se dio cuenta de que debía buscar un descendiente para que continuara con su dinastía de felicidad. Y fue entonces, y sólo entonces, cuando el honrado y esciente rey se percató de que no podía engendrar hijo alguno. Ello le desesperó. Hizo pasar por su lecho a todas y cada una de las hetairas del harén real, hizo traer desde los rincones más alejados de su reino toda clase de doncellas de baja y alta ralea, fuertes y débiles, sanas y enfermizas, hasta las más feas del país holgaron con Etana; pero todo resultó vano. Ninguna de ellas quedó embarazada y todas, una a una, fueron regresando a sus lugares de origen. Etana, por ello, cayó en un estado de melancolía extremo, hasta llegar a abandonar el gobierno de su pueblo...

—Si no he de tener descendencia real que imponga y vele por mis leyes, éstas se perderán y todo caerá en el olvido y en la oscuridad en que se encontraban antes de mi... —se lamentaba el rey de Kish.

Un mago de su corte, al verlo en ese estado de postración y desesperación, se enfrascó en el estudio de legajos incomprensibles del firmamento, de oráculos y horóscopos con el fin de llevar tranquilidad y sosiego a su rey. Al cabo de varias semanas de trabajo el sabio se acercó a Etana y le dijo:

—El remedio para tu mal se halla en la planta del Nacimiento.

El rey le ordenó:

—¡Ve en busca del capitán de mis guerreros y que me la traigan de allá donde crezca!

—No puede ser.

—¿Por qué? Soy poderoso y todos en mi reino me aman y me obedecen...

—Sí. Pero allá donde se encuentra la planta no puede ir ninguno de nosotros —opuso el vetusto anciano.

Etana, nervioso pero osado, preguntó:

—¿Pero dónde está?

El mago repuso:

—En el propio cielo de los dioses. En el cielo de Anu.

Etana volvió a su tristeza y a sus negros presentimientos.

El sabio servidor le animó:

—¡Tú puedes obtenerla!

Etana revivió y preguntó:

—¿Cómo puedo hacerlo?

—Eres el mimado de los dioses. Ellos están contentos contigo. Si se lo pides consentirán que alcances su cielo, te apoderes de ella y te la traigas contigo. Estoy seguro.

Ante la palabras del hombre sabio, Etana concibió rápidamente un plan por el cual pretendía alcanzar la Morada del Cielo y conseguir la planta del Nacimiento.

—Necesito un shem. En cuanto lo tenga, mi viaje será un hecho. Pero ¿cómo lo conseguiré?

Debía dirigirse al dios Utu-Shamash, uno de los gemelos que tuvo Nannar-Sinn, el hijo infiel de Enlil que quiso arrebatarse sus poderes y las sagradas insignias. Aquél era el dios encargado del cosmodromo de los shem y las águilas. Se dirigió al santuario donde se retiraba a resolver los graves problemas que se le presentaban a lo largo de su reinado y, ocupando el sitio que le correspondía por su rango, invocó a Shamash. Tras escuchar sobre su cabeza el resoplido agudo y penetrante que le acechaba por todas partes y hería sus tímpanos tomó de una mesa unos tapones enormes que se ajustó a sus orejas, y quedando después tranquilo. En ese estado, lleno de serenidad y paz, reclamó, suplicó al dios diciéndole:

—Shamash, necesito tu protección y tu ayuda.

Etana se mantuvo atento para detectar la presencia o, al menos, la tenue voz del dios. Algo debió escuchar, porque de inmediato solicitó con empeño y sin ninguna clase de recato:

—¡Un shem, señor, necesito una nave espacial!

"¡Oh, señor, que tu boca lo pronuncie!

¡Concédeme la planta del Nacimiento!

¡Muéstrame la planta del Nacimiento!

¡Elimina los impedimentos!

¡Produce para mí un shem!"

Luego Etana tomó de los anexos del santuario el cordero vivo, que llevó para prevenir el holocausto que esperaba realizar en honor del dios y que le guardaban allí, y se lo ofreció a Shamash diciendo:

—¡Te lo ofrezco como sacrificio, dios de los viajes aéreos!

El dios, "halagado por la plegaria y nutrido por el cordero del sacrificio", aprobó la solicitud de Etana y le anunció solemnemente:

—*Un águila te llevará al deseado paraje celestial.*

Shamash desapareció de la vista del asombrado rey por algún quicio muy bien disimulado e invisible y se encaminó hacia el cosmodromo, a su reino, donde era tratado con veneración y respeto, y dirigiéndose a una de las águilas-hombre, le enteró de que se debía preparar una águila-cohete para llevar a cabo una importantísima y urgente misión que debía de realizarse tan pronto como todo estuviera concienzudamente preparado.

"Shamash, el señor, le dijo al águila: Voy a enviarte a un hombre, quien tomará tu mano... Condúcele de aquí... haz todo lo que dice... haz lo que yo digo."

Un águila-cohete fue situada en el foso por las águilas-hombres. Y sólo entonces fue cuando Shamash resolvió ir en busca

de Etana, y conduciéndolo hasta su recinto sagrado. Allí le indicó que acudiera a la montaña que le indicaba con el dedo índice de su mano, que al pie de la misma hallaría la solución a su problema, que desde ese lugar partiría hacia el cielo donde se hallaba la planta del Nacimiento que tanto deseaba.

Al llegar a la montaña "Etana vio el foso". Dentro de él "estaba el águila"; con toda seguridad aquel artefacto era el vehículo aéreo y espacial con el que iba a realizar su inusual viaje, un tipo de nave algo distinta al shem que él solicitara.

Cumpliendo escrupulosamente la orden del propio Shamash, el águila-hombre se acercó al rey de Kish y le saludó reverencialmente, indicándole que siguiendo estrictamente "la orden del valeroso Shamash" se presentara ante él, Etana, para complacerle en sus deseos reales y cumplir su voluntad, conforme lo decretado por el sumo comandante de aquel sagrado y secreto lugar al que tenía el honor de servir con sus conocimientos y su valor.

Etana, una vez más, explicó:

—Es mi deseo el trasladarme a las mansiones celestiales, para lo cual ya estoy autorizado por la Asamblea de los Dioses.

—Lo sé, señor —ratificó el hombre-águila, embutido dentro de sus vestiduras y ornamentos, a los que tenía derecho debido a los oficios que tenía que desempeñar en lugar tan especial.

Pero el rey de Kish, sin hacer caso de sus palabras, le siguió hablando:

—He de llegar a la Morada del Cielo para traerme la planta del Nacimiento —y añadió a continuación, aterrado y medio balbuceante —: Para eso, águila, necesito que me ayudes —y siguió haciendo hincapié—: Me envía aquí el propio Shamash.

El otro le repuso que todo lo hacía por la propia voluntad del dios que ordenaba y mandaba sobre todo el recinto, hombres y máquinas, y que nada tenía que agradecerle a él, porque no hacía más que cumplir con su deber. Y sin decir más condujo al visitante hacia el foso donde se alzaba el águila-nave aérea y *"comenzó a instruir a Etana cómo había de proceder para alzar el águila del foso"*. En seguida el instructor condujo al rey dentro de la nave mostrándole toda clase de instrumentos y manejos para que el artefacto funcionara debidamente. Una vez aprendidas las maniobras

necesarias para que el águila metálica alzase el vuelo correctamente, a instancias del experto, Etana se decidió a poner en práctica los conocimientos teóricos que acababa de aprender. El primer intento de poner en marcha la nave fue fallido, así como la segunda intentona, *"pero al tercero el águila fue debidamente alzada"*. Ambos seres, satisfechos por la respuesta positiva que había dado el artefacto aéreo, descendieron de él y se retiraron a descansar en las instalaciones anejas del cosmodromo, bajo la recomendación del instructor de que lo hiciese profundamente porque las horas o días que habían de llegar desde aquel momento iban a ser muy intensas de trabajo y emociones. A la mañana siguiente, "al romper el día, el águila anunció a Etana":

—Amigo mío... ¡Voy a subirte al cielo de Anu!

"Díjole el águila a él, Etana:

Amigo mío, te llevaré hasta lo más alto del cielo;

coloca tu pecho sobre mi pecho,

pon tus manos sobre las penas de mis alas,

y tus caderas sobre mis flancos."

El rey de Kish y su fiel instructor, debidamente equipados, se dirigieron al foso donde les esperaba la nave y se instalaron cómodamente en ella, no antes de que el experto explicara a Etana la forma de mantenerse erecto dentro de la misma. *"El águila despegó... y ambos se elevaron, ascendiendo rápidamente. "*

Para el gobernante de la ciudad de Kish toda aquella parafernalia le resultaba maravillosa. Aferrado a su trono miraba —a través de la escotilla que le mostraba las nubes del cielo y las montañas, y las ciudades, y los ríos, y los bosques, y los palacios, y los templos de la Tierra— lleno de curiosidad y sorpresa. Satisfactoriamente se reclinó sobre el respaldo muelle de su trono y se relamió pensando con el placer que le iba a proporcionar su inusitada aventura. Cuando ya llevaban navegando la distancia que correspondía al espacio de tiempo de dos horas —que los sumerios conocían como un beru— habían alcanzado una altitud tal que Etana, asomándose a la ventanilla, pudo comprobar cuánto se había

empequeñecido la Tierra...

"Cuando estuvieron a la altura de un beru

el águila dijo a Etana:

¡Mira, amigo mío, cómo aparece el suelo!

Fíjate en el mar, en los flancos de la Casa de la

Montaña:

El terreno se ha convertido verdaderamente en un

simple cerro

y el ancho mar es sólo como una tina."

El águila continuó su viaje y conforme progresaba en él fue elevándose cada vez más, de forma que aún en ese momento, cuando la altura que detentaba correspondía a cuatro horas de vuelo —dos beru— la Tierra seguía empequeñeciéndose más y más. Viendo el águila-hombre-instructor-piloto en el rostro de Etana la preocupación ante tamaño y complicado lance, del que quizá se estaba ya arrepintiendo, le dijo:

"Amigo mío:

¡Lanza una ojeada a ver cómo aparece el suelo!

Se ha convertido ya en un surco...

El ancho mar es como una panera."

Y añadió sugerente:

—¿Deseas continuar con el viaje?

Etana nada repuso y, con un gesto muy expresivo hecho con la cabeza, confirmó las palabras del águila. Y permanecieron callados hasta que ya llevaban en vuelo el tiempo correspondiente a seis horas y con ellas la altitud alcanzada era extraordinaria, ni más ni

menos que la adecuada a la enorme velocidad en que viajaban.

"Cuando le hubo transportado un tercer beru, el águila le dijo a Etana: ¡Mira, amigo mío, lo que ahora parece el suelo! ¡Se ha convertido en el hoyo de un hortelano!"

El terror iba apoderándose poco a poco del rey de Kish, del valeroso señor que por encima de sus temores y miedos, que siempre tuvo ante estas cosas, quiso poner su derecho a tener descendencia y su deber de no dejar abandonada a su suerte la ciudad que tan generosamente le habían confiado los dioses celestiales. Con ese empeño —lo que no suponía que no le embargara cruelmente el terror— decidió cerrar los ojos y continuar viaje respondiendo positivamente a las palabras intimidatorias que le refería el piloto para abandonar el viaje. De modo que la nave espacial continuó ascendiendo en aquel cielo que cada vez se hacía más oscuro, hasta que la Tierra desapareció de su vista. En ese momento fue cuando el propio Etana, lleno de asombro y estupor, verdaderamente aterrado, se aferró a los brazos del trono que le sostenía, sobre el que se sentaba, y llamó al águila-hombre-piloto y le dijo fuera de sí:

"Y cuando miré, todo el suelo había desaparecido.

Y mis ojos no pudieron posarse tampoco sobre el ancho mar."

Etana preguntó, desorbitados sus ojos por el miedo:

—¿Adonde vamos?

—Al cielo de Anu —repuso el otro—. Allí se halla la planta del Nacimiento, que tanto anhelas.

El gobernante de Kish balbució tembloroso:

—¿Restan muchos beru de navegación para alcanzarlo?

—Muchos aún —repuso el águila. Y añadió lleno de inocencia—: Si solamente llevamos algo más de cuatro...

Etana expresó como pudo:

—Más parecen una prolongada eternidad.

El navegante preguntó con indiscreción:

—¿Es qué te sientes mal? ¿Te embarga el miedo?

El rey de Kish nada dijo. Miró a través de la escotilla transparente y nada pudo ver, aparte de la oscuridad.

—No me embarga el miedo sino el desánimo —declaró pensando que con estas palabras quedaba a salvo su valor, o al menos parte de él.

Pero el terror se instaló como dueño y señor en el interior del águila.

Etana aún pudo y quiso disculparse por su actitud inestable:

—¡Es qué ya no veo la Tierra!

—Es que estamos en el espacio libre, el que no pertenece a ningún dios —expresó serenamente el astronauta.

Etana, concentrando dentro de sí todo su valor y sus propias fuerzas, trató de componer una figura justa, recta, equilibrada, llena de tranquilidad y, dirigiéndose al navegante le miró intensamente, con sosiego, aliviado por la orden que le iba a dar:

—Invierte, águila, nuestro rumbo y zambúllete a la Tierra.

"Ya miro, y veo cómo ha desaparecido la Tierra,

y mis ojos no se sacian ya en el ancho mar.

Amiga mía, no quiero subir al cielo;

detente, para que pueda yo volver a la Tierra."

Y así se hizo, quedando olvidado el cielo de Anu, que aguardaba su visita...

... y la planta del Nacimiento creció solitaria entre las nubes azules y rosa, hechas de delicadas y mórbidas gasas que envolvían los rubores y las erubescencias de los apacibles e impávidos, procaces e impúdicos, dioses de la Morada Celestial.

LA REBELIÓN DE LOS DIOS MENORES

La leyenda se inicia cuando sólo los dioses moraban en la Tierra, el hombre no había aparecido aún en ella. Entre aquellos existían algunas castas: los grandes dioses y los anunnaki, los hijos de Anu, los dioses menores, que eran los encargados del trabajo duro y servil, con el cual habían de esquilmar los tesoros naturales del planeta terráqueo.

**"Cuando los dioses, como los hombres,
soportaban el trabajo y padecían el esfuerzo...
el afanarse de los dioses era grande,
pesado el trabajo y muchas las penalidades."**

Los dioses llegaron a la Tierra y, una vez en ella, se repartieron entre unos cuantos, entre los de mayor ralea, los mandos y destinaron a los demás a la legión de ellos que les acompañaron en este viaje para que trabajasen en la explotación de los grandes recursos que guardaba celosamente el planeta impoluto, el astro opaco que había permanecido una eternidad sin haber sido hollado por la presencia de ninguno ser, desde que el propio Marduk lo crease en la titánica lucha que sostuvo con la insidiosa y oscura matrona divina Tiamat. Luego, cuando todo el plan estuvo organizado y en posesión de los dioses del Duodécimo Planeta, Anu ascendió al cielo, a su Morada Celestial, a descansar y, desde semejantes alturas, observar cómo se desarrollaban sus mandatos.

**"Anu, padre de los Anunnaki, era su Rey Celestial.
Su primer ministro era el guerrero Enlil.
Su oficial jefe era Ninurta
y su alguacil mayor era Ennugi."**

**Los dioses se estrecharon las manos
echado a suertes y dividido.
Anu había subido al cielo.
Dejó la Tierra a sus súbditos.
El mar, circunscrito como un lazo,
se lo dieron a Enki, el príncipe."**

Lo primero que tuvieron que organizar para llevar a un buen fin su proyecto fue el construir las siete primeras ciudades y como centro y control de todas ellas construyeron la de Nippur, El Centro de Control de Misión que coordinaba personalmente Enlil.

Estas ocho ciudades que surgieron a lo largo de la región Entre Ríos, al borde mismo de la extensa marisma que comenzaba en la costa escarpada del golfo Pérsico, no eran meros núcleos de población erigidos caprichosamente y según las necesidades primarias de sus habitantes que necesitaban vivir en un lugar fértil, frondoso, productor de buenas y abundantes cosechas con las que alcanzar la prosperidad. Estas ciudades fueron construidas siguiendo un estricto plan divino, ya que habían sido elegidas sus ubicaciones concienzudamente por su propia utilidad en el conjunto del gran proyecto, tanto en su localización como en la función que habían que desempeñar en el futuro propósito de los invasores del planeta deshabitado.

Todas estas ciudades que habían surgido a lo largo de Mesopotamia formaban un impecable complejo aeronáutico, en el cual todo estaba magníficamente dispuesto para que los dioses pudieran salir y entrar en la tierra desde su Morada Celeste situada en los cielos.

La ciudad de Eridu se elevaba al sudoeste mismo de las marismas. Fue el primer asentamiento de los dioses en la Tierra, por lo que ese nombre significa *casa construida en la lejanía*, en aquel lugar lejano y desconocido en el cual hasta el mismo Anu desconocía lo que le aguardaba. En ella se estableció la Estación Tierra I, una apartada posición en un planeta desconocido y semicongelado desde la cual podrían partir las primeras expediciones de reconocimiento.

Eridu con Larsa y Sippar formaban una línea recta, que determinaba el límite sur del campo que estaba reservado a la trayectoria de vuelo que debían usar los dioses para sus salidas y llegadas al espacio; la otra línea que determinaba el límite norte de este campo se podía trazar uniendo la ciudad de Sippar con la de Lagash. Y entre ésta y Larsa, equidistante de cada una de ellas, a seis grados, se levantaba la ciudad de Bad-Tiriba en la propia bisectriz que partía en dos iguales el gran ángulo de doce grados, cuyo vértice lo ocupaba Sippar y que estaba determinado por Bad-Tiriba, Shurupack, Nippur y de nuevo Sippar.

Como se ve, todas las trayectorias se encontraban en la ciudad de Sippar —el ave, el lugar donde las naves irían al nido— que era el verdadero puerto espacial o cosmodromo. Éste era el lugar natural más adecuado para la operatividad espacial, porque la maniobra aérea era mucho más clara allí, ya que los accidentes naturales determinaban la posición del navegante que llegaba o salía del lugar. A la izquierda podía descubrir el curso del río Éufrates y la montañosa altiplanicie se encontraba al oeste, así como a la derecha se alzaba la cordillera del Tigris y el Zagros al oeste. Ello proporcionaba un magnífico ángulo de cuarenta y cinco grados, con el cual los pilotos sabían determinar perfectamente el hueco que quedaba entre la orografía para poder afrontar con éxito sus maniobras aéreas, tanto de ascenso como de descenso. El pasillo de entrada tenía la boca precisamente sobre las aguas del golfo Pérsico y sobrevolándolo las naves se deslizarían perfectamente hacia su destino en Sippar, contando con un amplio campo de visión y una comunicación directa, paso a paso, y preciosa, proporcionada por la Misión de Control de Nippur.

Por otra parte el navegante podría contar con el auxilio de las otras ciudades que en realidad no eran más que centros de auxilio, mantenimiento, defensa y seguimiento de los vehículos espaciales que llegaban a la Tierra.

Larsa —*viendo la luz roja*— debió el centro que determinaba la máxima deriva que podría tener la nave en su vuelo.

Larak —*viendo el resplandeciente halo*— de seguro que fue una base de seguimiento y control de los vuelos en la cual se comprobaba el buen funcionamiento del sistema de proyección de la nave.

Lagash —*viendo el halo a seis*— sin duda fue otro centro de control y seguimiento, complementario de Larak, situado a una distancia de dieciocho beru, en el extremo norte de la trayectoria,

seguramente para confirmar la trayectoria y el vuelo correctos de las naves espaciales.

Los vehículos espaciales para hacer un correcto aterrizaje o despegue debían sobrevolar fielmente la línea recta, la bisectriz, formada por Bad-Tibira, Shurupak, Nippur, Larak y Sippar.

Anu había confiado a cada una de estas ciudades a un dios superior, perteneciente a su suma ralea, pero en realidad lo que verdaderamente servía de ellos era su calidad de verdaderos técnicos e ingenieros aeronáuticos. Debido a esto es por lo que gobernaban las ciudades, y lo que les valió para ser escogidos fue sólo y únicamente su pericia, experiencia y conocimientos profundos y excepcionales en estas ciencias que rigen las leyes del espacio.

Bad-Tiriba se la dio Enlil, en nombre de su padre Anu, a su hijo Nannar-Sin con el nombre de Nu-gig (*el del firmamento de noche*) y se trataba de un gran centro industrial. Quiere decir que el dios escogido era un excelente ingeniero que dirigía una importante instalación fabril para auxiliar al gran complejo aeronáutico.

Eridu le fue dado a Ea-Enki (*cuya casa es agua, señor tierra*), que era un verdadero ingeniero hidráulico que resultó ser el verdadero artífice de todas las grandes obras de canalización y saneamiento de las marismas.

Larsa fue una base espacial construida por Enki para su hermano Enlil, que era el ingeniero jefe que coordinaba todo el proyecto del complejo aeronáutico.

Sippar la gobernó Shamash-Utu, que era el astronauta jefe de las naves y los misiles que en ellas se embarcaban.

Shurupack la concedió Anu a Sud —*Señora del Espacio Aéreo* y esposa de Enlil.

Estos gobernantes, que eran los que en realidad mandaban en la Tierra, eran por su dignidad, su sabiduría y su ciencia los directores insobornables y fieles de la labor que estaban obligados a desarrollar en el planeta los otros dioses menores. La disciplina que les impusieron era estricta y de máxima dureza, ya que estos seres celestiales desafortunados no estaban acostumbrados a soportar tan penosos y severos trabajos como tenían que realizar en un lugar extraño. Por eso los mandatarios debían exigir extrema disciplina y dedicación a sus inferiores.

"Los siete Grandes Anunnaki que estaban haciendo sufrir el trabajo a los dioses menores."

Los duros trabajos a que fueron destinados la legión de dioses menores, los sin nombre que descendieron de los cielos con la misión de dejarse la piel, eran los más indignos y serviles que se consideraron siempre en la Tierra después que el hombre la ocupara. La tarea más dificultosa y pesada que tenían que realizar era la excavación de la tierra, destriparla lenta y odiosamente tanto para profundizar y drenar el lecho de los ríos, para que por ellos pudieran navegar las grandes embarcaciones de transportes de mineral o mercancías, como para abrir canalizaciones con las que construir el sofisticado sistema de riego que debía llegar a todos los rincones de la campiña sumeria; así como también para horadar la dura y seca tierra para penetrar en su seno y construir la infinidad de cámaras y galerías en donde arrancaban tanto los preciosos como los no preciosos, pero siempre muy escondidos, minerales. A pesar de que parece ser que contaban con la ayuda de la más sofisticada maquinaria, como *la piqueta de plata que resplandece como el día*, incluso debajo de la tierra, el trabajo que se les exigía resultaba asaz enojoso, fatigoso.

Estos dioses menores durante un dilatado lapso de tiempo — para ser precisos, durante cuarenta periodos de la contabilidad sumeria— trabajaron como auténticas bestias, en un régimen de esclavitud total en la que, como vulgarmente se dice, *sudaron el hopo*. Pero llegó un momento que ellos, los *anunnaki*, los hijos de Anu, se plantaron y tras varios intentos de liberación, conferencias secretas entre ellos, reuniones clandestinas a espaldas de los grandes dioses, decidieron gritar todos a una:

—iiiBasta!!!

**"Estaban quejándose, murmurando,
refunfuñando en las excavaciones."**

Y se rebelaron.

Para mostrar su descontento y amotinarse, sublevarse contra sus opresores, aprovecharon la circunstancia de que el dios Enlil realizó una visita al territorio minero. Los cabecillas de la sedición

consideraron ese momento como el más adecuado para mostrar su disensión y enfado, se reunieron entre sí furtivamente y convinieron conjurarse con las siguientes palabras:

**"Vamos a enfrentarnos a nuestro... oficial-jefe,
que él nos exonere de nuestro pesado trabajo.
¡Al rey de los dioses, el héroe Enlil,
desazonémosle en su morada!"**

El dirigente de la asonada lanzó su ronca voz decidida y mostró lealmente su pecho arengando a sus fieles:

**"Y ahora, proclamemos la guerra;
combinemos las hostilidades y luchemos."**

Se había erigido como jefe del motín el oficial-jefe del tiempo viejo, que había sido sustituido por otro nuevo quizá más maleable y protegido por los grandes dioses explotadores y con el cual aquél mantenía desde su suplantación un enconado resentimiento.

El levantamiento, incitado personal y locuazmente por el cabecilla veterano de los anunnaki que residían esclavizados en la Tierra, sujetos a ella por la autoridad divina, tuvo lugar de una manera decidida y furiosa. Cumplieron con exactitud y fidedignamente los consejos y órdenes que recibieron del dios menor, que él mismo se había erigido como jefe de la sublevación, y los otros dioses-esclavos lo habían aceptado ciegamente para que llevase a cabo la iniciativa que les conduciría, según él, a su definitiva y anhelada liberación.

Y la sedición tuvo lugar inexorablemente cuando atendieron los dioses menores las seguras palabras del instigador a la rebeldía.

**"Los dioses atendieron a sus palabras,
pegaron fuego a sus herramientas;
fuego a sus piquetas prendieron,
trastornaron al dios del minado en los túneles,
lo retuvieron cuando fueron a la puerta del héroe Enlil."**

La confusión y el caos reinaron junto a las puertas de la casa de Enlil. Reinaba la oscuridad en el cielo y sobre la empedrada plazuela donde se levantaba enhiesto el palacio del favorito de Anu. La comitiva caminaba silenciosa, llena de encono y rabia, porque comprendían que había desdeñado su condición de ser *superior* de la ralea, aunque fuese ínfima, procedente del Duodécimo Planeta; la ira ahogaba sus gritos; por eso estaba todo silencioso, pero dentro de sus corazones ardía la hoguera de la rebeldía, y el orgullo y la soberbia de dioses, aunque fueran menores, que aún conservaban daban alaridos dentro de sus cuerpos. ¿Era aquella manera de tratar a sus congéneres? ¿Sometiéndolos a una exhaustiva humillación y escarnio? Con esa fuerza se presentaron ante la casa del primogénito de Anu, E-Kur, *casa como una montaña*, de grande y solemne, y la rodearon. El silencio atronaba, pero más tarde también atronaron los gritos de protesta, desafío y conminación.

"Era la noche, mediada la vela.

**Su casa estaba rodeada,
pero el dios, Enlil, no lo sabía.**

**Kalkal (entonces) lo observó
y se desazonó.**

**Descorrió el cerrojo
y vigiló...**

Kalkal despertó a Nusku.

Ellos escucharon el ruido de...

**Nusku despertó a su señor,
le sacó de la cama diciendo:
*Mi señor, tu casa está rodeada,
la lucha ha venido a presentarse a tu puerta."***

Sobresaltado, Enlil saltó de la cama. Nusku, su primer ministro y amigo, le sacudió suavemente para que su señor volviera a la realidad de la vida sin turbación alguna. Cuando abrió los ojos y vio ante sí a su fiel ministro le preguntó:

—¿Qué ocurre? —y exigió severamente—: ¿Por qué me despiertas en medio de mi sueño sereno?

Nusku se humilló ante la divinidad y, tomándole del brazo para ayudarlo a incorporarse del lecho, le dijo con preocupación:

—¿Es qué no escuchas? Atiende, Enlil, los rumores que se alzan junto a tu casa.

"¿Es contra mí que esto ha sido hecho?

¿Debo yo ocuparme en hostilidades?"

El primogénito de Anu, sentado todavía sobre el muelle canapé de su cama, aguzó su oído y efectivamente asintió con el asombro pintado en su rostro. Preguntó:

—¿Quiénes son?

El primer ministro repuso lacónico:

—Tus *anunnaki*...

—¿Y qué les pasa? ¿Por qué gritan? —preguntó Enlil, más que colérico, sorprendido.

Nusku le informó con la realidad:

—Se han rebelado.

La cólera del señor invadió todo su cuerpo y preguntó:

—¿Contra mí?

El primer ministro asintió, lo que trajo un nuevo acceso de ira sobre el cerebro privilegiado, de ingeniero, de astronauta, de director de todos, los complejos técnicos que se extendían por el valle del río Éufrates. Y gritó:

—¡Hay que acabar con ellos! ¡Con todos ellos!

Y saltó de la cama raudo, dirigiéndose a la sala adjunta donde guardaba sus preciosas y fulminantes armas con el fin de empuñarlas, salir al exterior y enzarzarse con aquel *populacho* en una batalla cruel hasta el exterminio.

Nusku alzó la voz, entre el vociferante tumulto que llegaba a los aposentos divinos, para que su señor le escuchase y le recomendó:

—¡Ten calma, señor!

—¿Qué me dices?

El primer ministro suavizó sus palabras, abriendo una tenue luz en el horizonte furioso de su señor, diciendo:

—¿Y no crees, Enlil, dios del Cielo y de la Tierra, dispensador de la realeza, que quizá en alguna cosa podrían tener la razón esos *alborotadores*!

Enlil se detuvo perplejo en medio de la sala. También detuvo su perorata de insultos y maldiciones que echaba por su boca. Se acercó al gran ventanal por el que se vislumbraba la calle, contempló un largo rato a los insubordinados...

"¿Qué vieron mis propios ojos?

¡Esta contienda ha venido hasta mi propia puerta!"

Luego, silenciosamente, se volvió hacia su ministro, amigo y consejero, fue hacia él y, clavándose delante de él, le preguntó con voz que envolvía la duda:

—¿Qué tengo, pues, que hacer mi fiel Nusku? —sin esperar la respuesta continuó hablando—: porque si no he de reprimir a los que

desean el mal para mí, a los que se me rebelan...

El ministro le corrigió:

—... quizá sus duelos son justos y tus divinas manos, férreas debido a la responsabilidad ineludible que tienen que cumplir en la Tierra por la anuencia de Anu, han convertido sus vidas en astrosas penalidades...

Enlil, nervioso y deseando no enfrentarse con los reproches que subrepticamente le podía estar haciendo su servidor, le preguntó con voz airada y ronca:

—¿Y qué puedo hacer yo además de exterminarlos?

Nusku le recomendó:

—Ten en cuenta que son de tu misma esencia, aunque de menor ralea...

El Señor del Espacio Aéreo preguntó, furioso esta vez contra su consiliario:

—¿Qué me aconsejas que haga?

Nusku, leal y sincero, le dijo:

—Deberías convocar un Consejo de los Dioses...

-¿Y...?

—... que todos se reúnan frente a ti...

-¿Y...?

—Atender las peticiones de los *anunnakis* y presentárselas ante la *divinidad*, y que sea su sabia y divina determinación quien decida sobre la situación hostil que hoy se extiende ante tu templo y que quizá mañana ose derribar los muros de tu intimidad y pudiera provocar tu decadencia.

"Transmite un mensaje de que descienda Anu.

Haz traer a Enki a tu presencia.

Él transmitió y Anu fue trasladado abajo.

También fue traído Enki a su presencia.

Con el gran anunnaki presente,

Enlil se puso en pie, abrió su boca

y se dirigió a los grandes dioses.

Los dioses del cielo, reunidos en un secreto concilio, discutieron la situación de hostilidad y afrenta a la que tenían que contraponerse. Anu, desde su trono preferente, afable y con gran serenidad, ordenó con gran cordialidad:

—¡Abrid una investigación de los hechos!

Todos acataron la sugerencia con humildad, pero, lejos de determinar alguna acción rápida y decisiva, esperaron a que volviese a hablar el padre de todos ellos, que, imbuido con toda su autoridad y reverencia, se dirigió de nuevo a la Asamblea ordenándoles:

—Enviad a un ministro de vuestra confianza para parlamentar con los rebeldes. ¡Enterémonos de una vez por todas qué es lo que quieren! ¡Qué es lo que nos reprochan con tanta saña!

Enlil mandó llamar a su primer ministro, Nusku, y le ordenó:

—Ve y habla con los rebeldes acampados a la puerta de mi casa.

El servidor obedeció con sumisión. Se acercó hasta los sediciosos encolerizados que llenaban la plazuela empedrada que se abría ante el templo de Enlil y dirigiéndose a uno de ellos le preguntó:

—*¿Quién es el instigador de la lucha?*

Todos callaron.

Nusku volvió a preguntar:

—*¿Quién es el provocador de las hostilidades?*

Igualmente todos callaron. Los dioses menores en turbamulta apenas se miraban entre ellos. Indudablemente no deseaban acusarse unos a otros. Todos estaban en ello y el jefe no debía pagar por la totalidad.

A la tercera pregunta que hiciera el enviado de Enlil un grupo de *anunnakis* se destacaron del tumultuoso grupo, se acercaron al primer ministro y le repusieron:

"Cada uno de nosotros, dioses, ha declarado la guerra.

Tenemos nuestro (jefe) en las excavaciones."

—Te daremos nuestras quejas; las de todos nosotros, porque todos somos uno sólo.

—Decid, hablad —exigió Nusku—, los dioses esperan vuestras reivindicaciones.

Los rebeldes dijeron con claridad:

"El excesivo trabajo nos ha matado,

nuestra tarea era dura, la penalidad mucha."

Nusku abandonó la acampada *anunnaki* con un informe mucho más completo de lo que se expresa en estas palabras, porque habló larga y confiadamente con ellos. Cuando terminó, se dirigió con su embajada al edificio donde se reunía el consejo de los dioses, buscó a su señor Enlil y depositó en sus oídos todo lo que había escuchado con tanta atención y comprensión.

Cuando el primogénito de Anu oyó de labios de su primer ministro el informe de la realidad en que se fundaba la rebeldía de los *anunnaki*, le *afluyeron las lágrimas* a sus ojos, que quedaron anegados por ellas. De todas formas, un raptó de soberbia e ira le invadió su corazón, que se negaba a admitir que aquellos dioses menores, sus inferiores aunque fuese en el Duodécimo Planeta, se atrevieran a rectificar con tanto descaro y decisión su voluntad, la que había recibido de su padre Anu y la que debía él de imponer con mano dura para el bien de todos conjuntamente.

Anu, su padre, al escuchar sus lamentos y el informe que llevábales Nusku, miró a su primogénito, nada dijo y quedó esperando la reacción de Enlil lleno de curiosidad. Éste, lleno de rencor y saliéndosele la soberbia por cada uno de los poros de su piel, se enfrentó al padre de todos los dioses y le espetó el ultimátum siguiente:

—¡O ejecutas de inmediato al jefe de los amotinados o dimito de mi cargo como primer dios de tu Morada!

Y arrancó de su pecho la Tabla de los Destinos, la retuvo entre sus manos, pero se cuidó mucho de no arrojarla ante los pies de Anu. Y viendo que su padre no reaccionaba ante sus amenazas, se dirigió nuevamente a él y le conminó:

—Deja el cargo, devuelve tu poder... y te ascenderé al cielo.

Pero Anu, que había descendido del cielo para ejercer de juez en aquel evento tan trascendental, se dirigió a su hijo y le demostró claramente que, en su justicia, se ponía al lado de los *anunnaki*. Ante el sorprendido Enlil dijo:

"¿De qué les estamos acusando?

¡Su trabajo era duro,

mucha su calamidad!

Cada día...

la lamentación era triste,

podíamos oír su queja."

Y se dijo por primera vez en aquel consejo de los dioses lo que nadie se atrevió a decir ni, por supuesto, el propio Enlil. Se dijo lo que todos en el cielo y la Tierra sabían, se nombró la esclavitud que sufrían los dioses menores; situación que no convenía airearla para que su autoridad no se resintiera, para que los planes tecnológicos, de suministro y de subsistencias siguieran inexorablemente adelante pese a quien fuera el que sufriera.

Enki, el dios de todas las aguas, el hijo díscolo, ingenioso e

intensamente rebelde de Anu, que odiaba a Enlil, al verse alentado por las palabras de su padre, *abrió su boca* delante del Consejo de los Dioses e hizo idéntica advertencia sobre los *anunnaki* que hiciera su progenitor. Luego, frente a toda la congregación, expresó:

—Ante este excepcional evento tengo una solución que ofrecer.

Ea-Enki, todos lo sabían en el cielo y en la Tierra, era el dios de las genialidades, de las ideas.

Enlil le apremió para que hablara.

—¡Di lo que tengas que decir o calla!

El segundogénito, ligeramente mordaz, contestó al hermano:

—Es una muy buena idea. Ya lo verás....

Y sonreía.

—¡Habla de una vez! —rivalizó Enlil.

Enki miró a Anu con intensidad y clavando sus ojos en él expresó:

—Señor, es una idea que creo que resolvería para siempre este asunto amargo que tanto sufrimiento proporciona a tus hijos.

El padre, sin articular palabra alguna, hizo un gesto de condescendencia para que su segundo hijo abriera sus labios y su corazón.

Ea expresó:

—Que se cree un *lulu* y que sea su linaje quien tenga que soportar el peso y la dureza del trabajo de los *anunnaki*.

Los sumerios llamaban *lulu* a aquellos seres no divinos capaces de trabajar, al denominado Obrero Primitivo.

Enki, sin pararse a ver el efecto que había hecho su declaración en el seno del Consejo de los Dioses añadió:

***"Puesto que la diosa del Nacimiento está presente,
que cree ella un Obrero Primitivo,***

y que él porte el yugo...

ique él cargue con la tarea de los dioses."

Comenzaron las discusiones entre los dioses. Cada uno daba su opinión más sincera y que creía la más adecuada y buena para la comunidad divina. Tras largo conciliábulo se pasó a la votación y "unánimemente votaron los dioses por la creación del *Obrero*".

Como botón de oro a su labor, decidieron:

—*Será llamado Hombre.*

Y se pusieron manos a la obra para que cristalizaran en positivo los acuerdos alcanzados por consenso entre todos los dioses y que eran bien vistos por el jefe de todos ellos, Anu.

"Convocaron y pidieron a la diosa,

la partera de los dioses,

la sapiente Mami

(y le dijeron):

¡Tú eres la diosa del Nacimiento:

crea Obreros!

Crea un Obrero Primitivo,

ique pueda portar el yugo !

que él cargue con el yugo asignado por Enlil.

¡Que el Obrero asuma la fatigosa labor de los dioses!"

La madre de los dioses, la aludida Mami, dio un paso al frente y dirigiéndose a toda la Asamblea expresó:

—Para llevar a cabo mi misión necesito la ayuda de Enki, *en quien reside la destreza.*

Le fue concedida.

Mami, Mammu o Ninhursag, y Enki quedaron solos, conscientes de su misión. Los otros dioses se marcharon y les aguardaron en la Casa de Shunti, una especie de gran y especial hospital donde deberían realizarse las creaciones humanas.

*La fabricación del nuevo ser no fue sencilla. Encerrados ambos dioses en los laboratorios biológicos de que disponían para sus experiencias, comenzaron por tratar de conseguir una imitación del hombre híbrido. En los propios murales de sus templos y casas quedaron impresas para su memoria las diferentes figuras de los *hombres-leones*, muy características de esta civilización y que no eran más que el remedo de unos resultados obtenidos en las investigaciones biológicas con las que pretendían alcanzar el ser vivo que satisficiera el deseo de Anu y los suyos para sustituir a los *anunnaki* con la mayor fidelidad posible. Estos híbridos de hombre-animal tan llenos de artificialidad sobrevivieron durante algún tiempo, en el cual los ingenieros genéticos trataron de hacerlos reproducir entre ellos con la idea de ir poco a poco purificando su preciada *invención*. Pero todo fue inútil. Compusieron verdaderas aberraciones. Cruzaron unos seres con otros obteniendo, en medio de su labor científica, auténticos monstruos; dieron nacimiento a varios seres espantosos, que fueron producidos de un doble principio...*

"Aparecieron hombres con dos alas, alguno con cuatro y dos caras. Tenían un cuerpo pero dos cabezas, la una de hombre y la otra de mujer. E igualmente eran macho y hembra en sus diversos órganos.

Habían de ser vistas otras figuras humanas con patas y cuernos de cabras. Algunas tenían patas de caballo; otras sus cuartos traseros, pero formados como hombres en los delanteros, semejantes a los hipocentauros. Toros y yeguas con cabeza de hombre, y perros con cuádruples cuerpos y colas de peces. También caballos con cabezas de perros...

... en una palabra, había criaturas con miembros de todo género de animales."

Por eso fueron abandonados estos propósitos y se introdujeron en una nueva labor que consistía en crear al hombre pensante.

En este nuevo ciclo de *fabricación*, tanto Enki como Ninhursag obtuvieron seres humanos deformes, como se ha indicado. Seis

fabricó la diosa, entre los que se contaron el hombre que no podía contener su orina, la mujer que no podía dar hijos y el ser que no tenía órganos ni masculinos ni femeninos. Enki, por su parte, fue responsable de la formación del hombre con los ojos enfermos, las manos temblorosas, el hígado deteriorado y el corazón defectuoso, y de un segundo espécimen en el que convergían todas las enfermedades propias de la vejez.

El segundogénito hijo de Anu, conforme lo aprobado por asamblea divina, colaboró con la diosa del Nacimiento para la creación del primer hombre, le tenía que ayudar a preparar la mixtura con la que la propia Ninhursag se disponía a fabricar al nuevo ser.

Después de mucho investigar y trabajar en el proyecto tanto Enki como Ninhursag llegaron a la conclusión de que el *hombre* debería estar compuesto por mezcla de la sangre de dios, su esencia viva, y la arcilla de la Tierra; no en balde, cuando los dioses superiores determinaron su creación, le llamaron *lulu*, que literalmente en su lenguaje divino significaba *el que ha sido mezclado*.

La trascendente misión que Ninhursag se había comprometido a realizar la hizo realidad delante de las demás diosas del Nacimiento, sus colaboradoras enfermeras. La diosa madre, en medio de todas ellas, estaba completamente sumida en un estado letárgico, ensimismada, en la elaboración mientras, inconscientemente quizá, recitaba unos encantamientos de contenido mágico y esotérico sin detenerse un momento. Invocaba con ello a todos los poderes del dios Anu, a sus conocimientos genéticos, para que acudieran en su auxilio: *Esencia y arcilla*. La diosa iluminó su rostro, *se lavó sus manos*, en una labor minuciosa de esterilización y limpieza clínica; *tomó un pellizco de arcilla, la mezcló en la estepa*. Luego, dirigiéndose a Ea-Enki, en su acepción de Nin-ti —*señora que da la vida*—, le demandó algunos requisitos, entre los cuales aparecían varios productos químicos, *betunes de Abzu, arcilla de Abzu*, para que dispusiese de ellos e iniciara la ceremonia de la *purificación*. El segundogénito de Anu, mientras la diosa sudaba tensa en el último tramo de su creación, preparó el elemento divino para llevar a cabo el rito solicitado.

"Prepararé un baño purificante.

Sea un dios sangrado...

Que de su carne y su sangre

mezcle Nin-ti la arcilla."

La diosa madre del Nacimiento seguía trabajando. Sus ayudantes se movían ágilmente, siguiendo quizá sus recomendaciones. De pronto a Ninhursag se le encendió el rostro, levantó los ojos al cielo y, esbozando una amplia sonrisa de satisfacción, declaró victoriosamente:

"¡He creado!

¡Mis manos lo han creado!"

Y mostró al fruto de su autoría con todo orgullo. Luego convocó a los grandes dioses y ante ellos dijo:

"Me encomendasteis una tarea; la he completado."

Ellos quedaron admirados y satisfechos.

Seguidamente, Ninhursag llamó ante su presencia a los *anunnaki* y les dijo mostrándoles su creación, que portaba entre sus brazos:

"He eliminado vuestro pesado trabajo,

he impuesto vuestra fatigosa faena al Obrero,

Hombre

clamasteis pidiendo una especie de Obrero

(y con él) yo he liberado el yugo,

yo he proporcionado vuestra libertad."

Los dioses menores recibieron la noticia con gran alborozo y entusiasmo. *Corrieron juntos y besaron sus pies.* Acabó por fin su larga y penosa labor terrenal. Terminó su condenación, por mandato inapelable de los dioses superiores, que *durante cuarenta periodos*

sufrieron el trabajo, de día y de noche.

"Durante diez periodos sufrieron la pesada labor.

Durante veinte periodos sufrieron la pesada labor.

Durante treinta periodos sufrieron la pesada labor.

Durante cuarenta periodos sufrieron la pesada labor."

Y teniendo en cuenta que cada periodo de tiempo aludido correspondía a un *shar*, equivalente a 3.600 años terrestres, que era lo que tardaba el Duodécimo Planeta en completar una órbita alrededor del Sol, los *anunnaki* tuvieron que soportar 144.000 años de sufrimiento y esclavitud hasta que el Consejo de los Dioses encargara a Ninhursag la creación de su *sustituto*, el Obrero Primitivo, que desde aquel instante debía ser *quien portaría el yugo*.

Según la mitología sumeria, el hombre fue creado a causa de una rebelión...

... la rebelión de los dioses menores.

MUERAN KINGU Y SU MADRE, VIVA POR LOS SIGLOS LA TIERRA

En un principio fue el dios Apsu —el que existió desde el comienzo— rodeado de una serie de "cortesanos" que pululaban a su alrededor sin orden ni concierto, incomodándose los unos a los otros en una especie de caos siniestro en el cual no existían las leyes ni los mandatos. La familia que creó Apsu estaba muy lejos de ser estable, convergiendo todos en sus actos sobre Tiamat, la doncella que dio la vida, perturbándola y deteriorando su propia morada.

"Los divinos hermanos en pandilla

incomodaron a Tiamat con sus andanzas.

Estaban trastornando el vientre de Tiamat

con sus extravagancias en las moradas del cielo.

Apsu no podía menguar su alboroto;

Tiamat estaba muda y estupefacta ante sus maneras,

sus actos detestables...

Perturbadoras sus costumbres."

Disgustado el padre-dios Apsu por aquellas nefastas conductas que seguían sus propios hijos, se reunió en secreto con Mummu, su consejero y emisario, y le anunció sus intenciones diciéndole:

—Estoy muy enojado con el comportamiento de todos ellos, por lo cual me veo obligado a "*destruir, desbaratar aquellos nefastos caminos* " que, irresponsablemente y sin ninguna clase de pudor, están siguiendo.

Y diseñaron entrambos un plan o estrategia para llevar a cabo la voluntad del padre-dios Apsu. Pero fuera como fuese, el resto de los dioses se enteraron de esta maquinación, quedando profundamente asombrados ante tamaña desfachatez y desconsideración a sus propias personas. Se indignaron, gritaron, agredieron de palabra y escandalizaron grandemente ante ellos por la

vileza a la que habían sido sometidos. De entre todos ellos solamente el dios Ea-Enki, el segundogénito de Apu, fue el único que no perdió la calma y serenamente dijo a sus compañeros de Asamblea:

—¡Callaos un momento!

Todos les miraron atónitos.

—Algo se me está ocurriendo. Una idea —añadió ante el consejo divino cuando en él reino el silencio.

Los otros preguntaron:

—¿De qué se trata?

—¿Es que ello no va a reivindicar en nuestra ascendencia?

Ea repuso tranquilamente:

—Volveremos, con ello, a recobrar nuestro linaje.

Todos acosaron al dios que hablaba, al de las ideas y ocurrencias, y le apremiaron para que hablase. Él dijo con cierta pompa:

—Sólo hay que "verter sueño sobre Apsu" y mientras duerme será vencido.

Los demás dioses celestiales estuvieron de acuerdo en llevar a la práctica los planes que propuso Ea. Entonces fue cuando aquél lanzó un sortilegio sobre el dios-padre Apsu, el Sol, y una *"pasión de Juego, un efecto calmante"*, invadió a aquél, que lo postró de tal manera que hasta *"Mummu el Consejero, fue incapaz de agitarse"*.

El dios vencido por el sueño podía ser desposeído fácilmente de sus atributos divinos por mano del taimado Ea, que se *"movió prestamente para despojar a Apsu de su papel creador"*.

El dios Ea arrancó la tiara de Apsu y le despojó de su capa de aura. Apsu fue vencido irremisiblemente y Mummu, su consejero fiel y permanente, fue apartado y dejado atrás, quedó sin vida, al lado de su amo.

De este modo los dioses aportaron un periodo de paz provisional en aquella morada de dioses inquietos y rebeldes. Pero había ahora que alcanzar el punto donde se debía poner a cada uno de ellos en su lugar, el camino adecuado en el cual todos y cada uno

de ellos debían convivir sin dañarse ni molestarse lo más mínimo. Había que disponer de un dios joven y con empuje para que llevase a cabo dicha misión, y éste iba a ser Marduk.

**"En la Cámara de los Hados, el lugar de los destinos,
fue engendrado un dios, el más capaz y sabio de los
dioses;
en el seno de lo Profundo fue creado Marduk."**

Fue un ser extraordinario y perfecto y su vista *"era todo un espectáculo a contemplar"*:

**"Atractiva era su figura, destellante el brillo de sus
ojos;
señorial su continente, imperioso como de antiguos
tiempos...
Enaltecido en grado sumo por los dioses, descollante
en todo...
Era el más elevado de los dioses, sobresaliente
en estatura,
sus miembros eran enormes, y de superior
corpulencia."**

Marduk, aun recién nacido, vomitaba fuego y energía, y cuando movía sus labios, despedía llamas. Los diez dioses celestes le esperaban dentro de su morada y cuando él llegó fue acogido por todos ellos, que congregaron sobre él sus imponentes centelleos, pero Marduk, en su inmensidad, resplandeció en medio de los nefilim.

De ellos partió toda esta aventura que cubre la Tierra.

Hace unos cuatrocientos cincuenta mil años los habitantes del extraño planeta número doce se decidieron a invadir a la Tierra y para ello aterrizaron en ella. Su propósito era el dominar a sus habitantes, a los que, en realidad, aún tenían que crear. Y al hacerlo se instituyeron como dioses. En realidad lo que los nuevos señores de la Tierra deseaban era explotar sus recursos. Para conseguirlo ellos pusieron su técnica y su sabiduría a dicha reunión con un fulgor irresistible. Pues iba vestido con el halo de diez dioses.

Ea le comunicó la misión que debía cumplir, aquella para la que había sido creado, y tras recibir de él las armas correspondientes para lanzarse en tamaña aventura bélica, Marduk comenzó su largo itinerario, que le habría de llevar al campo de batalla donde se iba a cumplir el designio de su creador.

Al héroe, en el primero de los tramos del camino que debía recorrer, le creció como una segunda cabeza que mantuvo sobre él hasta que se alejó de la casa de Ea, sin que el poder de éste le exigiese que dejase parte de sí en prenda de su destino incierto. Pero, cuando pasó raudo como una flecha, por los territorios de Anu comenzaron a desprenderse de su cuerpo trozos de él...

Anu produjo y formó los cuatro lados, y consignó su poder al jefe de la hueste. A ellos se les llamó vientos y los cuatro rodearon a su jefe, Marduk, defendiéndole en su peregrinación celeste en busca de su enemigo, y los cuatro se colocaron a su alrededor remolineando como un torbellino.

Al pasar junto Anshar penetró en su casa y el gigantesco dios le recomendó el camino que debía seguir para alcanzar su meta. Pero aún tuvo que pasar por la morada de Kishar y, pidiéndole éste sus instrucciones de viaje, las estudió y corrigió todavía más su camino, abocándolo directamente sobre el lugar del enemigo al que iba a buscar y que en este caso era la diosa Tiamat, la doncella que dio la vida.

Conforme se acercaba el dios Marduk a su estancia, la diosa se trastornaba más y más y su acercamiento produjo corrientes, perturbó a Tiamat; los dioses no descansaban, como metidos en una tempestad.

La diosa, desconcertada, anduvo confundida y trató de huir, pero solamente con la presencia percibida de Marduk, que se

acercaba velozmente a ella, hizo que de su centro, de sus entrañas, surgieran once monstruos gruñidores y furiosos, que, tras ser paridos por la doncella por sí mismos, rebeldes e independientes, se apartaron de su cuerpo, de su contacto íntimo, y la acompañaron en su huida, preparándose para el feroz combate en el que habían de enfrentarse con el arrojado Marduk; por lo que Tiamat, la diosa, los coronó con halos refulgentes e ígneos, confiriéndoles a todos ellos el aspecto de dioses.

Uno de estos hijos, monstruos gruñidores, el principal de los once, el primer nacido entre los dioses que formaron su asamblea, fue Kingu. Fue el preferido de la diosa y el elegido para enfrentarse a su enemigo cerval, Marduk.

**"Ella (Tiamat) exaltó a Kingu,
en su medio lo hizo grande...
Y confió en su mano
el alto mando de la batalla."**

El leal Kingu dejó la compañía de la diosa y se dirigió al encuentro de Marduk. Pero para realizar esta delicada y peligrosa misión tenía antes Tiamat que dotar a su hijo de una Tabla de Destinos, y así lo hizo. Cuando el resto de los dioses de la Asamblea se enteraron de ello, se soliviantaron y quedaron muy confundidos y disgustados.

—¿Quién ha concedido a la diosa Tiamat el derecho de procrear nuevos dioses? —preguntó lleno de ira Ea.

Y fue en busca del dios Anshar para hacerle partícipe de su queja, de la desazón que le embargaba y de su suma contrariedad:

**"Todo esto lo ha urdido Tiamat, repitió:
Ella ha formado una asamblea y está furiosa
de rabia.
Ha juntado armas sin par, ha parido dioses**

monstruos.

También quince de esta clase ha producido.

De entre los dioses que formaban su Asamblea,

Ella ha elevado a Kingu, su primogénito, lo ha hecho jefe...

Le ha dado la Tabla de los Destinos, sujetándola a su pecho."

Anshar, viendo el estado de desesperación en que se hallaba Ea por la provocación de la doncella que dio vida, le preguntó:

—¿Puedo yo mismo ir a matar a Kingu?

Ea, ciego de ira, ni reparó siquiera en él ni en sus palabras. Y echando una mirada refulgente y despectiva sobre los presentes, se marchó refunfuñando perversamente. Todos los dioses quedaron dubitativos con respecto a la conducta que debían seguir y, después de mucho pensar y considerar su situación, fue precisamente el dios Anshar quien se dirigió a su compañero Anu y le propuso:

—¿Por qué no vas tú, con tu poder y tus armas fulgurantes, a hacer frente resueltamente a Tiamat? Claramente se vislumbra que el dios Ea no desea que sea yo el que presente la pelea a Kingu.

El aludido quedó sorprendido ante tan protervo y comprometido encargo y quiso desaparecer de la reunión de dioses, pero asediado de nuevo por Anshar se vio obligado a tener que responder de alguna forma, y contestó de esta manera:

—Yo soy pequeño, apenas si tengo fuerzas para enfrentarme con esa maligna diosa. Con un solo soplo ella me puede derribar...

Y continuó hablando y hablando ante los dioses, escondiéndose en sus palabras el temor y la cobardía, de modo que al final este taimado dios fue incapaz de enfrentársela y retrocedió.

Ante tal contrariedad, Ea retornó al conciliábulo y fue preguntando dios por dios sobre su arrojamiento y valentía para encararse en cruel lucha sin condiciones a la diosa maldita, y todos

fueron declinando el combate. Ante tanta negativa, Ea, lleno de ira y de furor, se dirigió a la Asamblea retumbando sus palabras dentro ella con el más audaz y mayor reproche e indignación que podía arrojar por su boca:

—¿Es qué nadie quiere combatir contra la furiosa Tiamat?

Nadie responde.

Anshar, por cuya casa acaba de pasar fugazmente la visita de Marduk, se le ocurre una idea muy acertada con la que piensa que va a quedar resuelto con bien para todos el problema de cobardía que sobrevolaba sus cabezas.

—Él, Marduk; él puede ser el guerrero que necesitamos.

Todos quedaron maravillados. Osaron entonces elevar sus miradas hacia el dios Ea, que les había humillado. Todos estaban contentos, todo estaba resuelto. Que el joven dios Marduk se enfrentara a la insidiosa Tiamat.

Anshar añadió:

—¡Él, que es poderoso, será nuestro vengador; él, que es astuto en la batalla: Marduk, el héroe!

Y le envió un emisario para que retornara a su casa, que quería y debía hablarle.

Cuando Marduk estuvo ante el dios que reclamaba su presencia, él besó los labios de Anshar. Éste le propone la misión bélica y Marduk, ladinamente, aprovechándose de la propuesta que le hace, le responde:

**"Si yo, como vuestro vengador,
he de vencer a Tiamat y salvar vuestras vidas...
convocad una asamblea para proclamar mi destino
supremo."**

El requisito que solicitaba Marduk era audaz pero sencillo:

Él y su destino debían ser supremos, superiores a los que detentaban todos los dioses celestiales.

Anshar escuchó su petición en silencio y permaneció en silencio un buen rato. Tras una larga pausa en que parecía dubitativo, se dirigió a uno de sus servidores y le encargó que buscaran a su consejero y emisario Gaga y que se personase ante él con presteza. Cuando lo tuvo frente a sí, le mandó que se acercara y le habló:

**"Anshar abrió la boca,
y a Gaga, su consejero, dirigió la palabra:
Ponte en camino, Gaga,
preséntate ante los dioses,
y lo que yo voy a decirte
repítelo a ellos."**

Escrupulosamente y con precisión fue Gaga pasando por las mansiones de todos los dioses y, a la vez que les sonreía y adulaba como buen diplomático, les instaba para que se decantasen en favor de la idea de su señor Anshar o simplemente en contra, que dieran en uno u otro sentido su sentencia.

—Fijad vuestros decretos para Marduk.

Después de la ronda de consultas que hiciera el consejero del principal del cielo, Anshar, Gaga retornó a la mansión celestial que detentaba su señor y, presentándose a él, dio cuenta de los resultados obtenidos en la encuesta divina. Después de ello su dueño le preguntó con cierto y relativo interés:

—¿Y a ti qué te ha parecido, así de una manera conjunta, la opinión que tienen los otros dioses sobre mi propuesta, sobre el echar encima de los poderosos hombros de Marduk la responsabilidad de la batalla final contra la pérfida Tiamat?

El consejero y emisario divino, que jamás osó permanecer de pie delante de su señor, se alzó del suelo donde se hallaba arrodillado y respetuosamente, aunque de una manera astuta e irónica contestó:

—Los dioses están demasiado ansiosos para que sea quien sea les saque las castañas del fuego. Por eso, ninguno ha dudado y todos han aceptado tu propuesta sin discutir ni un término mínimamente.

Anshar le ordenó a Gaga que buscara a Marduk y que le rogase que acudiera a su morada, donde él le comunicaría las voluntades de la Asamblea de los Dioses. El consejero obedeció puntualmente y no pasó mucho tiempo antes de que llegase al palacio el gentil y poderoso Marduk.

En la sala del trono le estaban esperando todas las divinidades en pleno, convocadas por el gigantesco Anshar, que lo recibieron con mucha alegría y jovialidad, vitoreándole por doquier y aclamándole como superior; dignidad que es la que deseaba adquirir el joven creado por Ea-Enki.

—¡Marduk es el rey!

Él sonreía satisfecho. Sin lugar a dudas su petición había sido aceptada por unanimidad, petición que hizo a cambio de vencer a Tiamat. Efectivamente, en cuanto acabaron los saludos, los aplausos y los vítores, el propio Anshar le dijo que, por acuerdo entre todos los dioses, se le había concedido la "proclamación de su destino supremo".

En seguida se comenzaron a escuchar voces, apremiándole para que saliese en busca de la nefanda diosa con el fin de derrotarla y destruirla.

—¡No pierdas más tiempo, sal al encuentro de esa arpía...!

—¡... de la diosa que nos ha humillado!

—¡Que ha menospreciado nuestro poder y nuestra dignidad! — dijo Anu. Y luego añadió, dirigiéndose a Ea para congratularse con él —: ¿Quién es ella para poder parir nuevos dioses monstruosos que puedan penetrar en nuestros dominios y acaben, con la fuerza que ella les confiere, con nosotros?

Ea-Enki le miró con cierto desprecio y una tenue sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro.

—¡Ve y no pierdas más el tiempo en nuestra compañía! — expresó uno de los presentes.

Otro dijo con palabras preñadas de ira:

—¡Ve y acaba con la vida de Tiamat!

A partir de este momento, Marduk no pudo resistirse más a la predestinación a la que le había abocado la Asamblea de los Dioses. Tenía que caminar sólo hacia Tiamat y no podía, aunque quisiera, desviarse ni un solo ápice de este camino que se había convertido en su único sino, en el único acto que podía hacer mientras no triunfase en su misión o muriese en ella. Su destino era una línea recta que le llevaba hasta Tiamat y en su existencia ya nada más podía coexistir. Ni sexo, ni diversión, ni otras luchas ajenas a aquella batalla que tenía que confrontarle con la doncella que dio vida.

Como guerrero que era, Marduk se preparó para la batalla y para ello se proveyó de todas las mejores y más sofisticadas armas que le pudieran ayudar en la consecución de su propósito. *"Llenó su cuerpo con una fulgurante llama; construyó un arco... enganchó a él una flecha... puso frente a él al rayo, y luego hizo una red para envolver a Tiamat con ella."*

Los dioses que le observaban quedaron sorprendidos y admirados por la gran disposición que tenía el joven dios guerrero y por la calidad de las armas que estaba preparando para la batalla. Se dijeron entre ellos que efectivamente él era digno de poseer un *"destino supremo"*, y no se arrepintieron de habérselo concedido.

Marduk departió con los dioses que le rodeaban diciéndoles:

—Estas armas que tanta admiración os causan no son las mejores armas que poseo y que he aprendido a usar.

—Cuáles son ellas, pues —le preguntaron—, porque tu brazo se vuelve poderoso con todas esas maravillas mortíferas que te has buscado.

Marduk repuso seguro de sí mismo y firme en su maquinación:

—Mis principales armas son los cuatro vientos. Son los que me concedió Anu al pasar por su morada a visitarle.

—Te los merecías y te han de servir —contestó el aludido.

—¿Cuáles son ellos?

El joven guerrero explicó:

—Son los vientos del Sur, Norte, Este y Oeste, y me han de

servir con eficacia y determinación en la batalla.

El dios Kishar, principal en tierras firmes, escuchó estas palabras y se sintió ofendido, porque él no le había hecho ninguna ofrenda a Marduk, al que iba a ser el vengador de todos ellos. Se acercó al joven dios guerrero, que permanecía rodeado por los dioses curiosos y, abriéndose un camino hasta él, se le acercó y le dijo con la voz tomada un poco por el desdén a que fue sometido:

—Oh, Marduk, has de venir a mi casa, donde se esconde el mejor regalo que te puedo ofrecer para que alcances la victoria sobre la procaz Tiamat —calló un momento y seguidamente, con atropello, añadió—: No dudes ni por un momento de acudir a mi morada donde te he obsequiar con otros vientos distintos y de mayor poder que los que tú ya posees.

El guerrero le miró cariacontecido y agradecido por preocuparse de tal manera de que fuese él quien obtuviese el triunfo en la gran batalla final, sin percatarse de que con ello todos estos dioses salían ganando porque, a cambio de nada o casi nada, se les aseguraba a ellos una vida casi eterna.

—¿Qué vientos son éstos de los que me hablas, que pueden superar a todo el arsenal que guardo para mi defensa?

El dios aludido le contestó:

—Son el Viento Maligno, el Torbellino y el Viento sin Par. Yo los produciré especialmente para ti.

En efecto, acompañó Marduk a Kishar a su morada y allí obtuvo del señor el regalo prometido.

Al fin Marduk, usando como carro de asalto los vientos a los que dominaba, inició su aventura convencido de su victoria. *"Los adversarios estaban prestos para la batalla."* Por eso, el guerrero divino expidió a los vientos que había producido, a siete de ellos, para que le trasladasen al campo de batalla.

"El señor partió, siguió su trayectoria

hacia la colérica Tiamat plantó su cara...

El señor se aproximó para escudriñar el interior de

Tiamat...

Para columbrar el plan de Kingu, su consorte."

Conforme se iba acercando hacia su destino, su camino se hacía errático. Marduk comenzó a considerar el poder de Tiamat y sus hijos, que le hacían desviarse considerablemente de su trayectoria tan sólo con mirarlos.

**"Al mirar, su curso se trastorna,
su dirección se falsea,
sus acciones se desordenan."**

Hasta los propios vientos que le transportan por el espacio comienzan a mudar su rumbo. Aquellos que le acompañaban, que navegaban junto a él por el éter, quedaron perplejos y aterrados al comprobar el poder de la diosa y su hijo primogénito.

**"Cuando los dioses, sus ayudantes,
que iban marchando a su lado,
vieron al valiente Kingu, su visión se empañó."**

La bíblica y ancestral batalla estaba a punto de comenzar. Conforme Marduk se colocó, al fin, en la línea de ataque que mantuviera firme a la pérfida diosa, su ira iba alcanzando cotas imprevisibles y horrorosas. Al ver al inmenso guerrero que se le venía encima, Tiamat lanzó un rugido tremebundo, de dolor y de rabia infinita. El señor alzó la anegadora tempestad, su poderosa arma contra la morada de Tiamat; y seguía inexorable su camino firme y directo que le llevaba hacia ella. "Al acercarse aún más Marduk, aumentó la furia de Tiamat; las raíces de sus piernas se sacudieron y comenzó a lanzar sortilegios contra Marduk...", aquellos mismos que mucho antes lanzara Ea contra Apsu y Mummu. Pero ellos de nada

valían, su acción era completamente inocua y el joven dios, dispuesto para la gran batalla final, seguía avanzando, yendo hacia ella.

**"Tiamat y Marduk, los más sabios de los dioses,
avanzaron uno contra otro;
aprestándose para un combate singular,
se aproximaron para la batalla."**

Y Marduk, armado hasta los dientes con sus maravillosas y decisivas armas, se lanzó a la lucha final en la cual había de subsistir el mejor, el más fuerte. Él lanzó su red para envolver a la diosa y sus ayudantes; los vientos le abrieron camino, "ellos distendieron el cuerpo de Tiamat, causándole una amplia hendidura, a través del cual Marduk disparó su flecha, un rayo divino", que fue letal.

**"El señor tendió su red para envolverla.
El Viento Maligno, el de más atrás, desató su cara.
Al abrir su boca Tiamat, para devorarlo...
él encajó el Viento Maligno,
de manera que ella no pudo cerrar sus labios.
Los rápidos vientos de la tormenta
hincharon entonces el vientre de ella
y su cuerpo se distendió;
tenía la boca de par en par.
Él disparó allí a través una flecha,
que traspasó su vientre
y también sus entrañas, y penetró hasta su seno."**

**Y habiéndola así domeñado,
el aliento de la vida de ella se extinguió."**

El primer asalto por el que compitieron los dos dioses dejó quebrantada, rota y exánime a Tiamat, pero no todo estaba aún decidido: el destino de ella aún tenía que ser resuelto en futuros encuentros en los que se verían inmersos los dos dioses. Sin embargo, la suerte de sus diez hijos se determinó de inmediato.

**"Después de que él hubiese matado a Tiamat, el jefe,
su banda fue destrozada, su hueste desbaratada.
Los dioses, sus ayudantes que marchaban a su lado,
temblando de miedo
volvieron grupas a fin de salvar y conservar sus vidas."**

Marduk quiso terminar bien su batalla no dejando libre a ninguno de la facción rebelde de Tiamat. Con gran precisión y decisión se precipitó en dirección opuesta y lanzó su red para agarrar en ella a los "*miembros rebeldes*" que huían despavoridos por todas partes, sin respetar plan alguno preconcebido.

**"Arrojados dentro de la red, se encontraron atrapados...
Toda la banda de demonios que habían marchado
a su lado.
Él les puso grilletes, les ató las manos...
Estrechamente rodeados no pudieron escapar."**

Cuando terminó la gran batalla Marduk, personalmente, arrancó de manos de Kingu la Tabla de los Destinos y se la colgó de su propio

pecho, con lo cual quedaba ligado eternamente al lugar de la lid celestial. Se convertiría en el artífice del ordenamiento de los cielos, hizo realidad las palabras que pronunciara ante los dioses de la Asamblea cuando se jactó ante ellos diciendo:

—Voy a alterar artificiosamente los caminos de los dioses celestiales... Ellos deben ser divididos en dos grupos.

Cuando Marduk volvió por primera vez después de vencer a Tiamat, decretó el destino de Kingu, excluyéndolo de la hueste de la diosa que en su momento fue destrozada y dispersada, y condenada a vagar sin rumbo por los oscuros e infinitos caminos de las estrellas.

**"Y a Kingu, que había sido jefe entre ellos,
lo redujo;
como dios Dug-Ga-E considerado.
Le quitó la Tabla de los Destinos,
no legítimamente suya."**

Marduk no destruyó a Kingu, simplemente le castigó. Fue reducido a un tamaño inferior, a un destino menor, pero siguió siendo un dios, una divinidad de inferior categoría.

Una vez Marduk venció a Tiamat, navegó libremente por el cielo poseído de su propia vanidad y de su inmenso poder. Se internó en el espacio y circundó en su insólito viaje al Sol. De nuevo visitó a Ea-Enki en su mansión celestial, cuyo deseo colmó Marduk. Seguidamente, por segunda vez cumplimentó al gigantesco dios Anshar, cuyo triunfo estableció Marduk. Continuando su itinerario de triunfo, llegó nuevamente al escenario de su gran victoria a reforzar su dominio sobre los dioses vencidos: Tiamat y Kingu.

... volvió entonces a Tiamat, a quien había sojuzgado.

Marduk se detuvo ante el exánime cuerpo de la astuta diosa y quedose ante él contemplándola. En ese momento pasó por su privilegiada mente la idea trascendental por la que iba a nacer un nuevo ser, unos nuevos lugares, que dependerían de su fortaleza y

valor.

**"El señor hizo una pausa para contemplar el cuerpo
sin vida.**

Dividir el monstruo planeó ladinamente.

Y al igual que un mejillón lo hendió en dos partes."

El propio Marduk atropello furibundamente a Tiamat, partiéndola en dos partes, arrancando su cráneo o parte superior.

Luego uno de los dioses ayudantes que le acompañaban —el viento del Norte— colisionó con gran estrépito contra la parte separada. El colosal trompazo llevó a esta parte cercenada de Tiamat muy lejos de donde descansaba en su eterno sueño.

**"El señor pisoteó la parte posterior de Tiamat;
con su arma cortó, separándola, la cabeza conectada,
segó los canales de su sangre;
e hizo que el viento del Norte la transportara
a lugares que habían sido desconocidos."**

iLa Tierra había sido creada!

La otra mitad de Tiamat fue embestida por el propio Marduk, despedazándola, convirtiéndola en multitud de trozos desperdigados alrededor de la Tierra. Pero el joven dios guerrero y ordenador del mundo celestial terminó su obra:

**"La (otra) mitad de ella la puso como estrella para el
cielo:**

Agrupando los trozos, los apostó como vigías...

**Dobló la cola de Tiamat para formar la Gran Banda
como un brazalete."**

Y dio a la Tierra el cielo y el cinturón de asteroides como efectiva defensa contra los poderes de los dioses malignos exteriores.

Un nuevo mundo había emergido de la maldad y la rebeldía; un nuevo mundo en el que Marduk y sus compañeros, los dioses de la Morada Celestial, iban a ser dueños y señores.

¡La Tierra ha sido creada! ¡Que viva por los siglos la Tierra!

Mont i Mar. Alcocebre. 1996-1997.

Bibliografía

- El mundo oriental*, Tomo I, de Dietrich Hans Teuffen. Barcelona, 1973.
- El mundo oriental*, Tomo II, de Dietrich Hans Teuffen Barcelona, 1973.
- El 12 planeta*, de Zecharia Sitchin. Barcelona, 1981.
- Enciclopedia Universal Sopeña*. Barcelona, 1969.
- La realeza y los dioses*, de Henri Frankfurt, 1948.
- Las inscripciones reales de Sumer y Akad*, de George A. Barton.
- Dioses, Tumbas y Sabios*, de C. W. Ceram. Barcelona, 1970.
- Mesopotamia* (de *La aventura intelectual del hombre antiguo*), de Thorkild Jacobsen. 1946.
- Los sumerios*, de Samuel N. Kramer. 1963.
- Historias mágicas del ulterior*, de R. Benito Vidal. Madrid, 1997.
- Mitologías del mundo antiguo*, de Samuel N. Kramer. 1961.
- La historia comienza en Sumer*, de Samuel N. Kramer. 1959.
- Mitología sumeria*, de Samuel N. Kramer. 1961.
- Mitología hitita* (en *Mitologías del mundo antiguo*) de Hans G. Güterbock. 1961.
- Los hititas*, de M.^a M. Marti Brugueras. Barcelona, 1976.
- Las inscripciones de Sumer y Acad*, de Francoise Thureau-Daugin. 1905.
- La astronomía caldea*, de Charles Virolleaud. 1908.
- Los informes de los magos y astrólogos de Nínive y Babilonia*, de R. Campbell Thomsom. 1800.
- La arqueología misteriosa*, de Michel Claude Touchard. Barcelona, 1979.
- La cosmología de los babilonios*, de R Jensen. 1890.
- Salmo sumerios y babilonios*, de Stephen Langdon. 1970.
- Mitología semítica* (en *La mitología de todas las razas*), de Stephen Langdon. 1964.

El enigma del disco de Phaestos, de R. Benito Vidal. Barcelona, 1983.

Mitología canaanita (en *Mitologías del mundo antiguo*), de Cyrus H. Gordon. 1961.

Los canaanitas, de John Gray. 1964.

El enigma de las ciudades del diluvio, de Jean Claude Perpere, Barcelona, 1980.

La religión sumeria, de Charles F. Jean. 1931.

La tierra ¿planeta experimental?, de Juan José Abad. Madrid, 1977.

Mensajes de otros mundos, de Juan José Abad. Madrid, 1977.

Atra-Hasis, la historia babilónica del diluvio, de W. G. Lambert y A. R. Millard. 1970.

La religión de los babilonios, de A. H. Sayce. 1988.

La historia empieza en Bimini, de Pierre Carnac. Barcelona, 1977.

Los secretos de la Atlántida, de Andrew Tomas. Barcelona, 1971.

El mensaje de los dioses, de Erich von Daniken. Barcelona, 1979.